

# *Revista de Soria*





# Revista de Soria

**Soria**  
**Revista Cultural**  
**e informativa**  
**de la**  
**Diputación Provincial**

**N.º 95 – SEGUNDA ÉPOCA**

## Fotografías e ilustraciones

PORTADA

OBRA DE MANUEL VILLAR RASO

CONTRAPORTADA:  
CAR

....  
M

### Correspondencia:

Revista de Soria  
C/. Caballeros, 17 — 42071-Soria (España)  
Tfno.: 975 10 10 46-47 Fax: 975 10 10 91  
e-mail: cultura@dipsoria.es  
http:www.dipsoria.es

### Maqueta e imprime:

IMPRENTA PROVINCIAL

### Edita:

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SORIA  
La Editora y el Director no se identifican  
necesariamente con todas las opiniones de los  
colaboradores

© Diputación Provincial y autores de los  
artículos

Revista incluida en base de datos isOc

Dep. Legal: SO-39/93

I.S.B.N.: 84-86790-59-X

**Precio: 5,95 €, IVA incluido**  
**Precio nº atrasado: 6,40 €, IVA incluido**



## Sumario

### INTRODUCCIÓN

«BREVE APUNTE BIO-BIBLIOGRÁFICO DE MANUEL VILLAR RASO».....0

**Eloy Villar Argáiz**

AGRADECIMIENTOS .....0

### SEMBLANZAS

«UN MUNDO MÁS PEQUEÑO».....0

**Rafael Guillén**

«DE LA CASTILLA ANCESTRAL AL ÁFRICA INSONDABLE» .....0

**Antonio Enrique**

«RECUERDO DE UN AMIGO» .....0

**Jorge Aranguren**

«UN ADICTO A LA ESCRITURA».....0

**Andrés Cárdenas**

«A VILLAR RASO» .....0

**Fernando de Villena**

«MANUEL VILLAR RASO» .....0

**Enrique Morón**

«RECUERDO DE MANUEL VILLAR RASO. ETERNO VIAJERO» .....0

**José G. Ladrón de Guevara**

«A MANUEL VILLAR RASO» .....0

**José Manuel Martín Morillas**

«EL CAMINANTE PÓSTUMO» .....	0
<b>Andrés Neuman</b>	
«BOCETO PARA UN RETRATO DE MANUEL VILLAR RASO».....	0
<b>Rafael Guillén</b>	
«LA TUMBA DE MANUEL VILLAR RASO» .....	0
<b>Ismael Diadié Haidara</b>	
«UN RELATO CON ESTRAMBOTE PARA ELOY VILLAR ARGÁIZ» .....	0
<b>Antonio Carvajal</b>	
«A MANUEL VILLAR RASO» .....	0
<b>Pedro Enríquez</b>	
«PALABRA. PARA MANUEL VILLAR RASO. IN MEMORIAM» .....	0
<b>Rosaura Álvarez</b>	
«ARPONEANDO SUEÑOS» .....	0
<b>Ángel Olgoso</b>	
<b>APROXIMACIONES CRÍTICAS A LA OBRA DE MANUEL VILLAR RASO</b>	
«EL HOMBRE QUE CONQUISTÓ UN IMPERIO» .....	0
<b>Jose Abad</b>	
«MANUEL VILLAR RASO: ÓLVEGA EN EL CORAZÓN».....	0
<b>Andrés Calavia</b>	
«MANUEL VILLAR RASO. A CORAZÓN ABIERTO».....	0
<b>Rafael Calero</b>	
«EL ZULO DE LOS ELEGIDOS».....	0
<b>Victor Corcoba</b>	
«MANUEL VILLAR RASO O LA NARRACIÓN ENTRE SORIA Y GRANADA».....	0
<b>Antonio Chicharro</b>	
«A MANUEL VILLAR RASO. IN MEMORIAM».....	0
<b>Francisco del Valle</b>	
«EN TORNO A LA CASA DEL CORAZÓN».....	0
<b>Julio Alfredo Egea</b>	
«IN MEMORIAM MANUEL VILLAR RASO».....	0
<b>Manuel Galeote</b>	
«LAS SEÑORAS DE PARANÁ».....	0
<b>Francisco Gil Craviotto</b>	
«EL COLOR DE LOS RECUERDOS: HOMENAJE A MANUEL VILLAR RASO».....	0
<b>María Herrera-Sobek</b>	
«APORTACIONES DE MANUEL VILLAR RASO» .....	0
<b>Ángel Jiménez</b>	
«EL ALMA GRANDE Y FUERTE».....	0
<b>Julián Jiménez Heffernan</b>	
«SOLA EN LA OSCURIDAD» .....	0
<b>Juan Ángel Juristo</b>	
«ÁFRICA O LA ENFERMEDAD DE VILLAR RASO» .....	0
<b>Encarna León</b>	

«MI CELEBRACIÓN DE MANUEL VILLAR RASO».....0	0
<b>José María Martínez Laseca</b>	
«RECUERDO DE UNA TARDE DE JULIO CON MANUEL VILLAR RASO».....0	0
<b>Antonio Maura</b>	
«VILLAR RASO Y ÁFRICA».....0	0
<b>Francisco Morales Lomas</b>	
«MAESTROS Y APRENDICES».....0	0
<b>José Vicente Pascual</b>	
«DE EDITOR A ESCRITOR».....0	0
<b>Manuel Pimentel Siles</b>	
«MANUEL VILLAR RASO, UNO DE LOS NUESTROS» .....0	0
<b>Antonio Ruiz Vega</b>	
«LA CASA DE NUESTRO CORAZÓN» .....0	0
<b>Álvaro Salvador</b>	
«LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA NOVELA DE MANUEL VILLAR (IN MEMORIAM)» .....0	0
<b>Aquilino Sánchez</b>	
«VIDAS CRUZADAS» .....0	0
<b>Fernando Sánchez Dragó</b>	
«INTERVENCIÓN EN EL INGRESO DE MANUEL VILLAR RASO EN LA ACADE- MIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA» .....0	0
<b>Antonio Sánchez Trigueros</b>	
«INFANCIA Y POESÍA EN LA VIDA DE MANUEL VILLAR RASO. REFLEXIONES EN TORNO A DOS DE SUS LIBROS».....0	0
<b>Ayes Tortosa</b>	
«LA DIMENSIÓN AFECTIVA DE MANUEL VILLAR RASO EN SUS OBRAS AFRI- CANAS».....0	0
<b>Eloy Villar Argáiz</b>	

# agenda

## Diputación Provincial de Soria



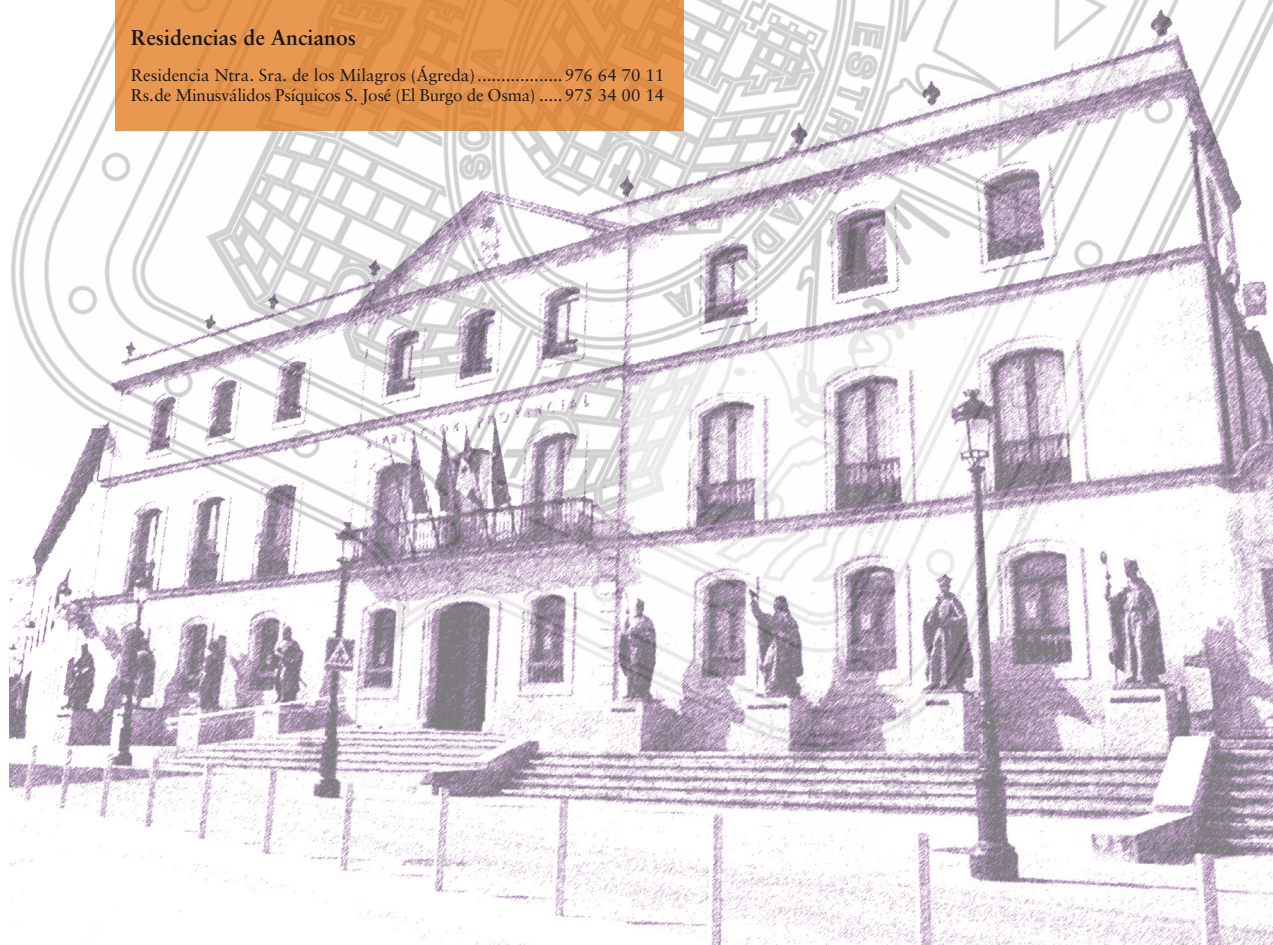
Centralita .....	975 10 10 00
Fax.....	975 10 10 91
Presidencia .....	975 10 10 90
Gabinete de Prensa.....	975 10 10 21
Aula Magna "Tirso de Molina" .....	975 21 10 00
Revista de Soria.....	975 10 10 46
Centro de Coordinador de Bibliotecas.....	975 22 43 53
Imprenta Provincial.....	975 21 39 48
Parque Maquinaria .....	975 21 49 70

## Centros de Acción Social

Servicios Sociales.....	975 10 10 70
CEAS Moncayo	
Ágreda .....	976 19 72 14
Ólvega.....	976 19 25 25
Zona Almazán (Ayuntamiento) .....	975 30 04 23
Zona Berlanga de Duero (Ayuntamiento).....	975 34 30 71
Zona Campo de Gómara (Ayuntamiento).....	975 38 00 12
Zona Pinar Norte (Ayuntamiento Covaleda).....	975 37 06 94
Zona Pinar Sur (Ayto. de Navaleno) .....	975 37 43 71
Zona Pinar Sur (Ayto. de San Leonardo de Yagüe).....	975 37 67 40
Zona Ribera del Duero	
El Burgo de Osma-Ciudad de Osma.....	975 36 02 02
San Esteban de Gormaz.....	975 35 00 02
Soria Rural.....	975 10 11 05
.....	975 10 11 04
Soria Rural Garray.....	975 25 20 01
Zona Sur Ayuntamiento Arcos de Jalón .....	975 32 05 59
Zona Tierras Altas	
San Pedro Manrique.....	975 38 10 01
Almarza .....	975 25 00 50

## Residencias de Ancianos

Residencia Ntra. Sra. de los Milagros (Ágreda).....	976 64 70 11
Rs.de Minusválidos Psíquicos S. José (El Burgo de Osma) .....	975 34 00 14



# BREVE APUNTE BIO-BIBLIOGRÁFICO DE MANUEL VILLAR RASO

Eloy Villar Argáiz

MANUEL VILLAR RASO. ÓLVEGA (SORIA), 1936. GRANADA, 2015.

Escritor, profesor, columnista y académico de las Buenas Letras, Manuel Villar Raso fue pastor durante los primeros años de su vida. Entró en el seminario de Tarazona y en el seminario de Misiones extranjeras de Burgos, en el que permaneció hasta los 22 años. Después estudió Filosofía y Letras, y se doctoró por la Universidad Complutense de Madrid. Hizo un máster en la Universidad de Nueva York (1970-1971) y fue profesor de la Autónoma de Barcelona antes de llegar a Granada en 1977, donde ejerció en la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad como profesor de Literatura Norteamericana hasta su jubilación. Su compromiso con Granada con la que se intengró desde 1977 ha sido grande como lo muestran sus numerosos artículos escritos sobre la ciudad en periódicos locales y nacionales. El discurso inaugural de la Academia de las Buenas Letras a cargo de Antonio Enrique, el homenaje que le brindó el Aula de Cultura de la Facultad de Derecho y el ciclo de conferencias realizados en el Centro Artístico con motivo del primer aniversario de su fallecimiento reconocen en Manuel Villar Raso no sólo un gran profesional de las letras sino también una gran persona.

Fue Profesor Visitante en las universidades de Temple, Filadelfia, Harvard, California, Nueva Orleans... Villar Raso fue uno de los impulsores y primeros integrantes de la comisión gestora de la Academia de las Buenas Letras de Granada, junto con otros reconocidos artistas e intelectuales como Rafael Guillén, Antonio Sánchez Trigueros, Elena Mar-

tín Vivaldi y Francisco Izquierdo. Ha sido un hombre que amaba la literatura y que dedicó la mayor parte de su vida a escribir y a enseñar literatura en lengua inglesa, no sólo norteamericana, sino también chicana, área en la que se especializó.

En 1995 presidió la Conferencia de Escritores, celebrada en Granada, con la participación excepcional de Scott Momaday y Miguel Méndez de los Estados Unidos. Entre los congresos internacionales por él dirigidos, figuran el de Whitman Centennial (1992), y el Primer Congreso Internacional de Literatura Chicana en Europa, con la participación de veintidós escritores chicanos de Estados Unidos (1998).

Desde su incursión en el mundo narrativo con *'Mar ligeramente sur'*, novela con la que quedó finalista del Premio Nadal en 1975, ha escrito más de veinte dos libros, muchos relacionados con su pasión por África y ha dirigido expediciones universitarias al continente negro relacionadas con la herencia andalusí en países como Mauritania, Malí, Níger, Burkina Faso, Libia y Sudán.

El tema que se manifiesta como impulsor determinante en sus primeras novelas, tanto en la abstracción como en el planteamiento racional de los argumentos, es la búsqueda de sí mismo para entenderse y explorar la realidad y el país que le rodea. *Mar ligeramente sur* (Ed. Destino) trata del amor, expresado como una experiencia violenta y brutal, pero a la vez llena de lirismo. El tema de *Hacia el corazón de mi país* (Ed. Destino, 1977) gira alrede-

dor de un perseguido que lucha por sobrevivir en un ambiente que se le manifiesta adverso y, desde sus principios éticos y percepción de lo real, incomprensible. En su novela *Una república sin republicanos* (Ed. Albia, 1977), Villar Raso ofrece un estudio sobre la Guerra Civil y la imposibilidad de entendimiento nacional. *La pastora, el maqui hermafrodita* (Ed. Albia, 1978, reeditado por Ariel, 2003, con el título *La Bella Hermafrodita* y por Almuzara, 2011, con el título *La Pastora*) es otro personaje fuera de la ley; un maqui, ¿hombre o mujer?, es el problema que la novela trata de solventar. *Comandos vascos* (Ed. Noguer, 1980) aborda el siempre espinoso asunto del terrorismo e intenta entender quiénes son los terroristas y qué quieren. Una novela en aquella época de máxima actualidad. *El laberinto de los impíos* (Ed. Noguer, 1981), es una novela que en palabras del escritor Gonzalo Torrente Ballester destaca por la excepcionalidad en lengua castellana y en la originalidad de su tema. Está considerada por algunos críticos como una de las cien mejores novelas hispanas del siglo xx. Esta obra es una interrogación literaria de hondo calado sobre la propia identidad del autor, su última razón de ser quien es y el porqué de ello, todo en relación al entorno social de su época y ámbitos “externos”, como la religión, la fe, y Dios.

*Las Españas perdidas* (Ed. Andaluzas Unidas, 1984, reeditada por el Excmo. Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora, 1991 con el título *Las Españas Perdidas, Odisea africana de Yuder Pachá y los moriscos andaluces*, por la editorial Comares, 1999, y por la editorial Almed, 2010) gira en torno a un tema histórico: la expulsión de los moriscos de España a finales del siglo XVI, la primera travesía del gran desierto del Sahara por un ejército compuesto en su mayoría por estos exiliados y el asentamiento español en Tombuctú. *Últimos paraísos* (Ed. Planeta, 1986) es una historia de amor donde el autor indaga en la ternura y la tragedia, dos elementos siempre presentes en su contemplación literaria. *El último conquistador* (Ed. Caralt, 1992) es una novela sobre el sueño del oro y la conquista española de la California Alta por un visionario enloquecido llamado Gálvez.

A raíz de su viaje a Tombuctú en 1982, África estará ya presente con soberana influencia en sus novelas siguientes. *Donde ríen las arenas* (Ed. Algaida, 1994) describe la penosa situación de la mujer africana, centrándose en la vida de una muchacha nativa, Assiata. Este personaje está considerado por los comentaristas de la obra como uno de los más logrados por el autor a lo largo de su trayectoria. *El color de los sueños* (Ed. Planeta, 1999) desarrolla su argumento en torno a la vida de un pintor genial y enloquecido que marcha a África, a refugiarse en soledad, con el fin de descubrir la pintura del siglo XXI. Con *La mujer de Burkina* (Ed. KRK, 2001) Villar Raso obtuvo el premio Casino de Mieres. Otras novelas son *La casa del corazón* (Centro Soriano de estudios tradicionales, 2001,

reeditada por Dauro, 2002) obra que ha recibido la admiración unánime de la crítica, *Encuentros en Marbella* (Ed. Alhulia, 2001), *La larga noche de Ángela* (Ed. Alhulia, 2004), *Ser mujer en África* (Edit. Mirto Academia, 2005), *África en silencio* (Edit. Almuzara, 2005, reeditado por Alianza Editorial, 2007) que combina episodios históricos con experiencias de sus múltiples viajes a lo largo del Sáhara y el Sahel, *Desnuda en lo real* (Edit. Mirto Academia, 2008) y *Las montañas de la luna* (Edit. Alhulia, 2008). En su penúltimo libro publicado *Las señoras de Paraná* (Ed. Autores Premia-dos, 2013), Villar Raso vuelve la vista hacia América y nos adentra en una saga de mujeres emprendedoras y apasionadas a lo largo de 200 años de la historia de Brasil. La novela se la presentó en Granada la escritora María Dueñas en marzo del 2014. Recientemente ha salido a la luz *La Soria de los Sueños Rotos* (Edit. Millán y las Heras Ediciones, 2016), novela que amplía y completa su extensa bibliografía y que constituye de alguna manera la vuelta de Villar Raso a sus orígenes. Dicha novela, publicada de forma póstuma, versa sobre una historia de amor en un pueblo soriano entre 1931 – cuando se instaura la Segunda República – y 1939, cuando finaliza la Guerra Civil.

La obra de Manuel Villar Raso refleja una incesante consagración hacia dos dedicaciones excepcionales: la pasión por los grandes viajes y la transformación de estas experiencias en obras literarias. Sus ficción refleja a su vez su pasión por Nathanael West, Faulkner, Hemingway, entre otros escritores norteamericanos pero también Paul Bowles y Joseph Conrad. Todo esto, unido a sus numerosos trabajos como traductor, editor de poetas clásicos anglosajones, colaboraciones de prensa y participación en la vida cultural de su ciudad, desvelan indudablemente un gran amor hacia la creación literaria y una inusual capacidad de trabajo.

Manuel Villar Raso ha escrito numerosos ensayos, principalmente sobre autores experimentales norteamericanos como Thomas Pynchon y John Irving y sobre poetas norteamericanos del siglo XIX como Walt Whitman y Emily Dickinson a los que ha traducido en tres elegantes antologías: *Emily Dickinson, Crónica de plata, antología* (Ed. Hiperión, 2001, tercera edición 2008); *Walt Whitman Redobles de tambor* (Ed. Hiperión, 2005), y *Walt Whitman Hojas de hierba* (Edit. Alianza, 1995 quinta reimpresión 2016). Es, asimismo, autor de *Historia de la literatura sudamericana* (Edit. Edi-6, 1987), *Walt Whitman Centennial* (Edit. Instituto de Ciencias de la Educación, 1992), *Literatura chicana, reflexiones y ensayos críticos* (Edit. Comares, 2000), y *A glimpse of Chicano Literature: An Anthology* (Edit. Universidad de Granada, 2007). Sus ensayos han aparecido en diversas revistas literarias como *Camp de L'Arpa*, *Hora de Poesía*, *Journal of Modern Literature*, y *República de las Letras* así como en suplementos literarios de distintos periódicos locales y nacionales.



Manuel Villar con su hermano David

En el ámbito académico, y como actividad vinculada a la literatura, ha dirigido numerosas tesis doctorales y ha sido director del aula narrativa de la Universidad de Granada; asimismo, ha sido director de las expediciones de la Universidad de Granada a África. La primera expedición africana a Tombuctú, en 1982, la hizo Manuel Villar Raso acompañado de los profesores Torcuato Pérez de Guzmán y Leocadio Mingorance. Iban en busca de información sobre los Arma, grupo étnico descendiente de los moriscos granadinos, afincados en la Curva del Níger.

La segunda expedición, en 1986, patrocinada por la Universidad de Granada, la realizó un grupo de veinte profesores de las Universidades de Granada, Jaén y Sevilla. Esta expedición, una vez más capitaneada por Villar Raso, pretendía estudiar las repercusiones sociales, políticas y económicas de la conquista del imperio Songhay, convertido a la llegada de los moriscos en un gran emporio territorial y de riqueza en el centro de África, con un sistema administrativo y económico, cuyo centro eran las ciudades, ya burguesas, de Tombuctú, Yenné y Mopti. Fruto de aquella expedición fue el libro, del que Villar Raso es coautor, *Andalucía en la Curva del Níger* (1987) publicado por la Universidad de Granada y magníficamente ilustrado.

La tercera expedición, igualmente a la Curva del Níger, se realizó en 1988 y su objetivo consistía

en profundizar en los aspectos relacionados con la historia, etnología, arte y lengua de los Arma. Esta expedición contaba con un equipo de TVE que realizó el documental: "Los Arma en la Curva del Níger". La Universidad de Granada publicó un nuevo libro titulado como resultado de esta hazaña: *Españoles en la Curva del Río Níger* (1991).

En 1989, la Junta de Andalucía financió cuatro documentales, realizados por José Manuel Núñez, y bajo el guión de Manuel Villar Raso, con el título: *Los Arma del Níger*. Dichos documentales, comprados por Canal Sur, han sido retransmitidos en este canal de televisión en tres ocasiones.

En 1993, con motivo del gran acontecimiento de los mundiales del esquí en Sierra Nevada, el Legado Andalusi patrocinó una nueva expedición de la Universidad de Granada a la cuna de los Almorávides, en el centro de Mauritania. Dicha expedición, compuesta de 22 profesores, viajó a Mauritania a través de Argelia y el resultado de la misma fue un libro de lujo con 200 fotografías y magníficos textos, del que Villar Raso es coautor, publicado por Sierra Nevada 95 con el título: *Las Ciudades Perdidas de Mauritania*. Se hicieron igualmente, a cargo de Alfonso Domingo, cinco documentales que fueron exhibidos por TV2 y otros canales de televisión autonómicos españoles.



En 1996 la Universidad de Granada realizó una nueva Expedición al Malí, compuesta por doce profesores dirigidos por Manuel Villar Raso. El fin era estudiar la situación de la mujer africana. Fruto de la misma fueron cinco documentales, que llevaban por título *El Color de África*. Estos documentales fueron emitidos por distintas cadenas televisivas españolas así como por la Cinquiém francesa, y fueron galardonados con una mención especial al Mejor Trabajo de Sensibilización del festival de cine documental de Gavá (Barcelona) en 1997. Resultado de la misma es también el libro publicado en la Universidad de Granada con el título *La mujer subsahariana entre la tradición y la modernidad: Malí* (2001).

En 1999 se realizó la expedición de la Universidad de Granada a Burkina Faso, con el mismo equipo de profesores. Fruto de ésta fue la producción de una serie de pinturas y fotografías, a cargo de los expedicionarios Jesús Conde y Manuel Villar Argáiz, presentadas en una Exposición patrocinada por la Delegación de Cultura de la Junta de Andalucía que tuvo lugar durante los días 6 al 28 de Noviembre de 1998 en la Casa de los Tiros de Grana-

da y que despertó gran interés en los medios de comunicación como entre el público con un total de 6000 visitantes. Posteriormente esta exposición visitó numerosas ciudades españolas de la mano de *Médecus Mundi*, participante en la misma. Los cinco documentales, que llevan el título de *El vientre de la tierra*, han sido emitidos tanto en Canal Digital y Canal Sur.

Las posteriores expediciones multidisciplinares de la Universidad de Granada a Níger (2001), Sudán (2003) y Libia (2005) continuaron la línea de trabajo e investigación sobre la problemática de las mujeres africanas y sus luchas por lograr un estatus social diferente, lo que inevitablemente obligaba al análisis de otras muchas temáticas específicas y relacionadas con aquella, como las económicas, sociales, ideológicas o religiosas. La intervención de Manuel Villar Raso en mesas redondas, conferencias y congresos, en España, Holanda, Grecia, Inglaterra y los Estados Unidos dan cuenta de su implicación en el entorno social que vivía y de su interés por seguir investigando y dando a conocer a estos países la realidad del África subsahariana.

## AGRADECIMIENTOS

---

Eloy Villar Argáiz

*M*e gustaría agradecer a la Diputación de Soria el reconocimiento hacia la figura de mi padre Manuel Villar Raso, olvegüeño y soriano de pro, dedicándole esta revista monográfica que honra su memoria.

También deseo agradecer a todos y cada uno de los autores que han colaborado con sus contribuciones (artículos, poemas, cuentos, fotos y cuadros) en este volumen. Entre los autores que se dan cita aquí están Rafael Guillén, Antonio Enrique, Jorge Aranguren, Andrés Cárdenas, Fernando de Villena, Enrique Morón, José G. Ladrón de Guevara, José Manuel Martín Morillas, Andrés Neuman, Ismael Diadé Haidara, Antonio Carvajal, Pedro Enríquez, Rosaura Álvarez, Ángel Olgoso, José Abad, Andrés Calavia, Rafael Calero, Víctor Corcoba, Antonio Chicharro, Francisco del Valle, Julio Alfredo Egea, Manuel Galeote, Francisco Gil Craviotto, María Herrera-Sobek, Ángel Jiménez, Julián Jiménez Heffernan, Juan Ángel

Juristo, Encarna León, José María Martínez Laseca, Antonio Maura, Francisco Morales Lomas, José Vicente Pascual, Manuel Pimentel Siles, Antonio Ruiz Vega, Álvaro Salvador, Aquilino Sánchez Pérez, Antonio Sánchez Trigueros, Ayes Tortosa, Andrés Villar, Jesús Conde y Manuel Villar Argáiz.

También expresar mi más sincera gratitud al Ayuntamiento de Ólvega por reconocer la trayectoria de mi padre Manuel Villar Raso poniéndole su nombre a la biblioteca del pueblo "Biblioteca Municipal D. Manuel Villar Raso" como hijo predilecto del pueblo de Ólvega y Soriano ilustre.

Mi padre fue una persona llana, sencilla, humilde y a la vez amigo de los humildes y termino con esta frase que figura bajo su nombre en la biblioteca del pueblo y que define el sentimiento que profesaba hacia su tierra.

"Sueño a diario con la tierra que me vio nacer"



*Manuel Villar Raso, Miguel Méndez y Camilo José Cela en el Ateneo de Madrid 1997*

# UN MUNDO MÁS PEQUEÑO

---

Rafael Guillén

*En memoria de Manuel Villar Raso*

No recuerdo cuándo dije, ni siquiera si lo dije, que a aquellos con los que la vida se he mostrado generosa, nos llega un momento en que medimos los años por amigos muertos. Yo tengo ya muchos con los que medir en años esa muerte, que es también la mía, y hoy he que añadir un peldaño más a tan oscuro e inevitable descenso. Porque se me ha muerto uno de esos amigos cuya diaria compañía hace más llevadero este tránsito, esta cuerda floja por la que tan precariamente vamos avanzando; floja y tendida desde un extremo al otro de la nada.

Se me ha muerto, se nos ha muerto, Manuel Villar Raso, el compañero en la Academia de Buenas Letras de Granada y uno de los partícipes, hace ya veinte años, en la gestión de su fundación, el que supo acercarnos con sus relatos y novelas el paisaje y las costumbres y, tantas veces, el dolor y la miseria del mundo: desde la desolación de los más recónditos y primitivos pueblos africanos, hasta la tragedia de la guerrilla colombiana o las venturas y desventuras familiares de una saga brasileña. Ya dije en una ocasión que pusiera donde pusiera el pie en la tierra, de allí surgía la palabra.

Era noble, transparente, despistado, fiel. Un castellano cabal de las extensas tierras de Soria trasplantado a los huertos y enclaustrados cármenes de la literatura granadina. Y un impaciente y empedernido viajero. Ante los recientes y trágicos acontecimientos en Bamako, Malí, ¡cuántas veces conversamos sobre sus numerosos viajes a aquella ciudad, que para él era objeto de un entusiasmado interés!

Su prosa era limpia. Dotando a sus personajes de unos rasgos sumamente acentuados, los hacía visibles. Como profesor de inglés, también supo traducir espléndidamente a algunos de los más importantes autores en esta lengua.

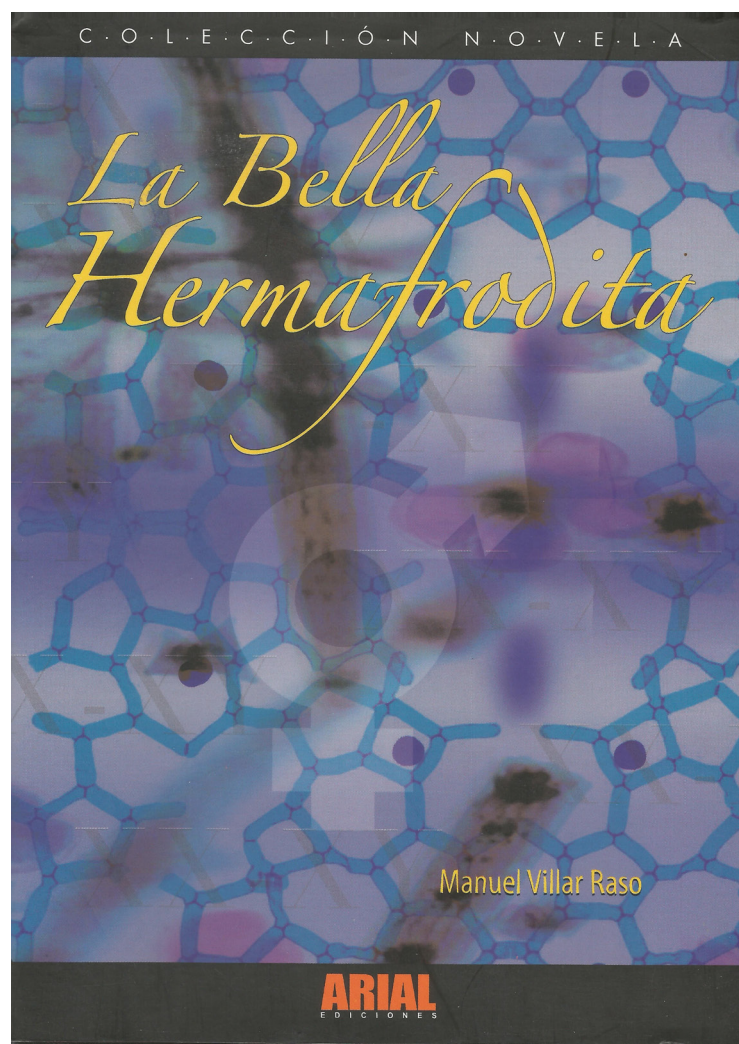
Se me agolpan los recuerdos y, si dejo aquí constancia de algunos, es por reflejar pobremente algo de esa pasión suya por desentrañar los entresijos de la conciencia humana en las más diversas situaciones y formas de vida, por asomarse a los misterios terribles o esplendorosos de la tierra en sus más apartadas regiones.

Sin su compañía, el mundo se me ha quedado más pequeño. Difícil me sería enumerar los países que recorrimos juntos. ¿Hablo de Vietnam; de

la navegación por la misteriosa bahía d`Halong; de los inverosímiles túneles de Cuchí, desde donde el Vietkong, todo un ejército bajo tierra, hostigaba a las fuerzas invasoras? ¿Hablo de los glaciares chilenos cuando, rodeando el cono sur de América, dimos la vuelta al cabo de Hornos; del turbión que escoró peligrosamente el barco y de su ayuda para ponerme a salvo cuando el huracán me arrastró hasta la barandilla de cubierta? ¿De la travesía del desierto del Sahara y de la salvadora aparición del Frente Polisario, sin cuya protección y ayuda hubiésemos perecido en el intento? ¿De los templos destruidos por las gigantescas raíces de la jungla camboyana en Angkor; de los bajorrelieves esculpidos en los sillares derrumbados? ¿De la fiesta popular brasileña en Salvador

de Bahía; de Ilhéus y la casa de Jorge Amado; de Copacabana y Río de Janeiro? ¿Hablo de Birmania y el lago Inle? ¿De Argentina? ¡Ay, amigo Manuel! ¡Tanta pérdida! ¿No será que la misión de los recuerdos es sólo la de incitarnos a no desear nada, a no poseer nada ante el temor y la certeza de perderlo?

Mucho se hablará del novelista Manuel Villar Raso, indagador de los más recónditos misterios de la naturaleza humana. Hoy, con una tristeza que conozco de antiguo por desgracia, sólo me toca hablar del amigo muerto. Y, con la confianza que me dan tantos años y tantos vasos de vinos compartidos, reprocharle que así, porque sí, sin más, nos haya dejado para siempre.



"La bella hermafrodita", 2ª Edición

## DE LA CASTILLA ANCESTRAL AL ÁFRICA INSONDABLE

Antonio Enrique

Cuando a finales de los 70, Manuel Villar Raso alcanzó a leer la nota que en el capítulo 8 de *Los moriscos del reino de Granada* (1976) inserta Julio Caro Baroja sobre el pachá Yawdar y la conquista de Tombuctú en 1591, año 999 de la Hégira, por los descendientes de exiliados granadinos, no pudo imaginar, ni siquiera presentir, adónde le llevaría tal noticia, cuál sería la consecuencia de tan sucinta alusión. Hasta ese momento, Manuel Villar Raso, soriano de Ólvega, nacido en 1936, era un recién llegado a Granada con el fin de impartir clases de literatura anglosajona en su Facultad de Letras, tras un periplo por otras universidades de Norteamérica (Temple, Filadelfia) y Canadá (Edmonton). Había publicado una novela entre culturalista y experimental al uso de aquellos años, *Mar ligeramente sur* (1975), que había resultado finalista en el Nadal, a la que siguieron otros libros: *Hacia el corazón de mi país* (1976) y *Una república sin republicanos* (1978). Pero era un escritor apenas conocido, uno de tantísimos autores llegados a Granada con fines profesionales y a su mismo departamento, como Carlos Benito Cardenal creo recordar, Leocadio Marín y Juan Antonio Díaz, o el propio Tomás Ramos Orea, que fue quien a todos me presentó. Hubo de aguardar a la publicación de *La Pastora, el maqui hermafrodita* (1978) y *Comandos vascos* (1980), amén de *El laberinto de los impíos* (1981), para adquirir una cierta notoriedad, y en Granada, más por sus colaboraciones en prensa y su carácter dinámico y emprendedor hacia todo lo literario que por su estricta obra literaria. Pero la publicación de *Las Españas perdidas* en 1984 todo lo trastocó para bien, logrando una aquiescencia pública y una notoriedad literaria como antes no había adquirido.

*Las Españas perdidas* narra la égida, la insólita aventura de cuatro mil descendientes de moriscos granadinos que, bajo el mando de Yuder Pachá, morisco oriundo de Cuevas de Almanzora, atraviesan, en tiempos de Felipe II, el Gran Sahal por el Tanezrouft, la ruta de las lágrimas, y a costa de incontables penalidades logran tomar la ciudad prohibida de Tombuctú, cabeza de un imperio en la curva del Níger, y de cómo allí se asentaron, erigieron una mezquita y dejaron un testimonio de heroísmo y virtud hasta nuestros días. Una biblioteca con miles de manuscritos, milagrosamente conservada, el llamado “fondo Kati”, da fe de la vida de aquellos granadinos ex illis y sus descendientes, quienes en Tombuctú izaron ese ensueño de su Mezquita, donde la Alhambra resuena con eco de invencible nostalgia; siglos después, sería el mismo Antoni Gaudí quien, sirviéndose de reproducciones en estampas diversas, basaría la sublime fantasmagoría de sus arquitecturas. Estaba, por entonces de la elaboración de *Las Españas perdidas*, quien esto escribe terminando de fijar *La Armónica Montaña* (1986), donde se narra esta gesta en uno de sus episodios, sin saber aún el empeño simultáneo de Villar Raso, y esta coincidencia, y su amabilidad, y su generosidad siempre para conmigo, nos unieron en una amistad para siempre, de la que me honro. Villar Raso atravesó múltiples veces el desierto por tan temible ruta y ello fue el detonante de una obra impar. Tombuctú, la mítica ciudad donde hasta años antes de la llegada de nuestro escritor los occidentales tenían prohibida su entrada, fue, para Villar Raso, la puerta de África que le llevaría, en creciente fascinación, a un ciclo narrativo insólito en la literatura española contemporánea.

La África prodigiosa, la África umbría, la más misteriosa e ignota, late así, como un deslumbramiento, en las novelas *Donde ríen las arenas* (1994), *El color de los sueños* (1998) y *La mujer de Burkina* (2001), además de los libros de relatos *África en el silencio* (2007) y *Las montañas de la luna* (2008) y el ensayístico *Ser mujer en África* (2005), texto a caballo entre la reflexión y el viaje. En *Donde ríen las arenas*, lo que causa vértigo es el procedimiento narrativo en contraste con el tema. Esto es, su técnica, de un lado, es modernísima, con algunas incursiones en el *dirty realism*, mucho más presente la crudeza de Paul Bowles que el aire exótico de los autores colonialistas de la tradición europea como puedan ser Pierre Benoit o el propio Pierre Loti, y más cercano en su estilo y perspectiva a Juan Goytisolo o Ramón Ayerra que los ya lejanos celeberrimos Galdós o Alarcón, en sus respectivos libros de guerras imposibles. El asunto, por otro, es el referente a un país devastado, paupérrimo, donde la belleza de “los colores de sus cielos y la inmensidad desnuda de sus campos, un hermoso sueño, no de vida, sino de cómo acabar tus días”, está siendo aplastada por la voracidad de franceses que venden armas, chinos que depredan su arroz, o de japoneses que extraen uranio a cambio de unas latas de sardina caducadas. En este marco humano, donde la población tiene una expectativa de vida de treinta y cinco años y se siguen produciendo infamantes prácticas como la ablación, con ciudades inmundas donde se hacían gentes a las que se les ha robado todo signo de identidad y las cloacas discurren a cielo abierto, virulenta y hermosísima surge la historia de la extraña pasión de dos europeos por una muchacha dogón, rescatada en las calles de Bamako, a donde ha venido a parar huyendo de la violencia y opresión ancestrales en su poblado. Serena, impredecible, absolutamente enigmática, con amor en constante lucha con el miedo, delicada y a la vez valerosa, dulce y salvaje a un tiempo, pero subyugante siempre, Assiata, esta mujer, es un personaje femenino inmenso, acaso único en la narrativa española sobre África.

Por lo que hace a *El color de los sueños*, África vuelve a palpar en todo su poder de devastación y misterio. Detonante de esta novela fue la visita que el autor giró al pintor Miquel Barceló en el país de los dogón a través de Mauritania y más allá de Malí, en compañía del también pintor Jesús Conde, cuyas conversaciones mutuas resuenan en los diálogos con el personaje protagónico, Miguel Romero, símbolo de la autofagia artística en su realidad descarnada y arrolladora. Por lo demás, y dado que la literatura de Villar Raso presenta dos rasgos enaltecedores de su mundo narrativo, que son la denuncia de la inhumanidad social allá donde se encuentre, y la atención al universo femenino, cuyos resortes anímicos y vitales supo plasmar de forma plástica e insuperable, en la novela que nos detiene es Marina Romero, hija de Miguel, quien se erige en personaje regulador de la

sugerente trama, que alcanza valores psicológicos de primer orden en su búsqueda del padre desde la lejana Granada, al que había perdido la pista desde hacía veinte años. Marina pierde a su pequeña hija en tan desafortunado viaje. Pero, cuando encuentra al padre, lo que verdaderamente halla es a la hija que descubre éste tiene, con lo cual se inicia un sutil proceso psicológico de suplantación anímica de la hija muerta por esta otra que en realidad es su hermanastra, para operarse el cual, y reconciliarse con la vida, ha de renunciar tanto a su padre carnal como al hombre que se le brinda como pareja, esto es Fabricio, el marchante poseedor de una labia habilidosa y un discurso sapientísimo. Porque aceptar a este último hubiese supuesto seguir alimentando, en esta tesitura, su pulsión electriana. Así pues, lo uno es correlativo de lo otro, la renuncia afectiva por un lado y África por otro, presentada como un Moloch que devora a sus hijos y tritura la sensibilidad de quienes se adentran en sus tinieblas. Ambas realidades, la individual o psicológica, y la del medio social esquivo, en suma la mujer y África, se funden al punto de mimetizarse. *La mujer de Burkina*, por último, novela postrera de lo que bien puede calificarse de trilogía, incide en la soledad de quienes eligen trabajar contra la enfermedad y la muerte, en la entraña misma del África más recóndita y desesperada. Un médico, una mujer blanca que pretende su amor imposible, otras mujeres que huyen de la desesperación de sus vidas mediante la posesión de este médico humanísimo, un hospital miserable, unas enfermedades endémicas que se encarnizan con los abandonados a su suerte. Es Burkina nuevamente con su desesperante negritud y en su más desconsolado rostro.

Hay dos Villar Raso narrativos: el de *adentro* y el de *afuera* de sus ancestros castellanos y por extensión españoles. El de dentro ha producido novelas copiosas, de un extremo lirismo ambiental, con dicción serena y amplio espectro de registros. Su arquetipo es *La casa del corazón* (2001), donde evoca, de manera entrañable, su infancia en Ólvega, con su galería de tipos verdaderamente inolvidables. Pues ¿cómo olvidar a personajes como el maestro don Tiburcio, la loca Erendina que mordía los cables de la luz, el maqui Cagones o el hacendado don Evaristo? Con morosidad y una matizada nostalgia, va desgranando las estampas de aquel tiempo y lugar, con detalle que implica una memoria formidable. Y sin embargo, no idealiza. El espíritu recio donde esta humanidad se implica no permite devaneos con un pasado del que mucho hay que lamentar, por más que a la pobreza no se le echen cuentas en la infancia. La de Manuel, a todo esto, fue bien difícil. Más de una vez pastoreó las ovejas de la familia. Y la muerte prematura de su hermano David en la mina Petra, a los treinta años, marcó su vida entera. David desempeñaba el cargo de enlace sindical para la mejora de los mineros. Fue, de hecho, el modelo vital de Manuel, que era su hermano pequeño. Nunca le

olvidó, su fotografía bien cerca estaba siempre de su mesa de escritorio: un joven de apariencia esbelta y ojos inequívocamente inteligentes, de mirada más bien dulce.

Es, en este costado narrativo de lo de adentro, donde se insertan, además de las ya citadas *La Pastora* y *El laberinto de los impíos*, esa fiesta sensitiva de *Últimos paraísos* (1986), donde lo que pudo ser una discordia permanente, a la vuelta desde Norteamérica de su protagonista a una España infestada de resentimientos familiares, acaba en una reconciliación memorable. Como también esa incursión en la novela histórica *El último conquistador* (1992), trasunto del adelantado José de Gálvez que, con un desarrapado ejército de mil quinientos hombres enfebrecidos por la búsqueda del oro, toma buena parte de lo que hoy es California. Ahí el delirio de las pasiones humanas, desencadenadas en un grandioso paisaje de ríos mortíferos y montañas vertiginosas. Novelas, éstas de interior, a las que habría que sumar, en mi opinión, las desplazadas al sur peninsular, como *Encuentros en Marbella* (2002), donde se denuncia una trama de altas finanzas en un mundo degradado de clubes exclusivos y restaurantes de moda, *La larga noche de Ángela* (2004), en la que esta mujer logra vengarse del asesino de su marido, a quien había matado éste por venganza, novela de una Granada visceral y profunda, caótica y desconocida, plasmada a trazos de cine negro, y *Desnuda en lo real* (2008), también ubicada en Granada. En todas ellas es la sutil introspección del universo femenino lo que resalta, con su complejidad poblada de infinitos matices, ámbito psicológico en el que Villar Raso es un maestro insuperable. Vienen a constituir, así pues, estas tres novelas, grandes frisos humanos elaborados con técnica realista.

Otra novela finalmente, *El zulo de los elegidos* (2010), vendría a constituir un híbrido de ambas vertientes de su obra, lo de adentro y lo de afuera, lo castizo y lo foráneo, y de aquí su relevancia. Pues, si de una parte su temática se inscribe en lugares propios de su origen vital, con lo que comporta ello de memoria colectiva, de otra su estilo y técnica quedan inmersos en el procedimiento de las novelas pertenecientes al ciclo africano: estilo sincopado, con la pauta de la espontaneidad y naturalidad como primera impronta, e imágenes desgarradas y precisas, dentro de una atmósfera densa e irreal. Y en cuanto a la técnica, el equilibrio entre el antes y el ahora: es decir, la sincronización con los hechos y el flashback permanente, trenzándose en la crónica diaria de los 265 días del secuestrado por la banda terrorista vasca en la angostura de un zulo de 1'80 por 2'60, más parecido a un nicho angustioso; esto es, lo que pasa en relación a los secuestradores, el trato vejatorio que éstos le deparan, y lo que al secuestrado le está pasando por la cabeza, sus recuerdos, sus impresiones y cavilaciones, y más al detonante de su relación



Portada "El último conquistador"

con una de las secuestradoras, no sabe cuál, pues llevan la cara encapuchada. Lo cual otorga al protagonista un curioso contrapunto escénico: avanza en rotación (esto es atornillándose a sí mismo, atado a sus congostas y rememoraciones) en monólogos muy fluidos sin embargo, al tiempo que la acción se desplaza en traslación (sujeto a los inciertos acontecimientos diarios). Basada en la realidad del industrial secuestrado Emiliano Revilla, quien no permitió usar su nombre a pesar de ser paisanos, la novela consigue provocar claustrofobia, como un efecto mimético. Su presentación, con todo, escora hacia este su segundo modo narrativo, el del ciclo africano, caracterizado por el estilo recortado y versátil, pleno de fuerza expresiva, con especial recurrencia en el efecto de elusión, además de un ritmo acelerado, casi en punto de fuga, y los recursos ampliamente asumidos provenientes de la tradición norteamericana, principal de los mismos la estética *pobre* sólo en apariencia: el desgarrar, rehuir la sensación de acabamiento formal, la espontaneidad como fuente de seducción literaria.



Rasgos todos que se avienen y ajustan a la perfección al perfil literario de Villar Raso, quien perteneció a la estirpe de escritores en quienes la pasión de contar excede al cuidado estricto de la forma, como arrollado por cuanto sigue, en un desbordamiento expresivo constante. Y, claro, hay mucho en él de barojiano a este respecto, pero de un Baroja pasado por Hemingway. Yo diría que la cualidad más personal de Villar Raso es la “sed de trama”, la apetencia por el párrafo siguiente. Ello es en él un instinto. Si no fluye velozmente, se diría que se empantana. Va recto, sin entretenerse. Directo a la entraña misma de la acción. Porque pareciera que si se detiene pierde impulso, y los matices que desea plasmar se diluyen y no vuelven. Es un fascinado por la acción Villar Raso, un hechizado por la fuerza narrativa que la vida lleva implícita. Y ello, esta pulsión, es lo que en él crea ese estilo poderoso, nunca recalcado ni pulido, sino elegante en su desaliño, pero nunca hirsuto ni austero, pues se nos presenta coloreado y dinámico, musical a fuerza de compensado y vibrante. Y así, con estos mimbres, se nos presenta *Las señoras de Paraná*, culminación de toda su obra, terminada de imprimir en una modesta, aunque decorosa, editorial, el 30 de diciembre de 2013, a contados meses ya del fallecimiento del autor.

Su acción transcurre en Brasil, país por el que sintió pasión en el crepúsculo de su vida, y cuya densa atmósfera, selvática y prodigiosa, alcanzó a plasmar con un ahínco y seducción muy cercanos a lo visionario. Transcurre en el Brasil de Jorge Amado y en la bisagra de un siglo con otro, el XIX colonial con el XX modernista, época de grandes convulsiones ideológicas y sociales en aquel continente aún virgen por entonces, país casi sobrenatural en la encrucijada de dos mundos, el de siempre, el aborigen, y el de las nuevas potencias depredadoras, esto sí con la melancolía de fondo que la literatura y musicalidad lusas imponen. Con esta obra, Villar Raso rinde tributo al realismo mágico, no sólo de García Márquez y tantos otros apresados por aquel sueño de lo posible inverosímil, o al contrario, lo imposible verosímil, antes bien a su misma raíz, “lo real maravilloso”, según la visión lúcida de Alejo Carpentier.

Su argumento nos es expuesto por la voz narradora que se extiende a través de sus más de trescientas páginas: “Gabriela le había dado catorce hijos a su Ignacio Coimbra y nunca le amó. Eliana no llegó a perdonarle a Césare su desenfreno sexual con las ramerillas de Curitiba y las campesinas de San Geminiano, y nunca llegó a amarlo, aunque tuvo con él dos hijos. Marcela jamás quiso a mi papá Vincenzo Agnelli y nada más triste para él que este fracaso, nada más traumático para ella que casarse con un hombre a quien no amaba y con el que tuvo tres hijas”. Una de estas tres hijas, Rossana, es quien narra esta delirante y bella historia. Que

tiene en los eslabones de estas formidables hembras –Gabriela, Eliana y Marcela– su sustento, y en el amor marital quebrado el ámbito en que se desarrolla. Con un antes, los amores de don Pedro de Oliveira por su esclava prodigiosa Sebastiana Vellozo, y el impacto emocional que supuso la venganza en ella de la que fuera su verecunda legítima Ana dos Praceres. Y un después, los fantásticos amores de la propia Rossana (hija de Marcela, nieta de Eliana y biznieta de Gabriela) con el micólogo Jan van Rijsted y el ornitólogo Édouard Baulieu en la Ilha do Mel, un paraíso de la vida primigenia. Las mujeres desquiciadas a lo divino de esta fascinante historia se casan con quienes no quieren y aman a quienes no deben, según las rígidas normas de aquel tiempo. Y todos los amantes son, además de alemanes la mayoría de ellos, afectos al mundo natural. El contraste entre la temperamentalidad estricta de ellos y la generosidad sensitiva y sexual de ellas, más la disparidad entre sus tipos de inteligencia, sagazmente intuitiva en ellas y pragmática y difusa en ellos, conforma la trabazón psicológica de estas páginas siempre al filo de la devastación anímica y el estrago amoroso.

Escrita con pasión, y tesón, con frases breves, punzantes, y un ágil y endiablado ritmo, con imágenes que impactan como piedras, con su misma contundencia, transiciones rápidas y eficaces asíndetos, y un aire de fascinación que todo lo transforma, traza su autor esta obra maestra en donde tragedia y ensueño conviven, como el odio y el amor más desahorados, pero también la soledad que queda tras el fuego que consume la vida en las mujeres, y el olvido que afecta a los hombres que amaron sin ser correspondidos. Un fastuoso lenguaje acompaña al mundo vegetal y animal de aquellas tierras pobladas de pájaros exóticos y árboles milenarios en la Ilha do Mel, pero también en las inmediaciones del Iguazú, y en los parajes entre Curitiba y Paranaguá, documentación de la que el autor hizo asunto exhaustivo, al tiempo que hurga en lo más ignoto de la condición humana, adentrándose, con el hilo de la saga femenina, en los orígenes de aquella gran nación, fundada en la esclavitud transoceánica, y hasta bien avanzado el pasado siglo, con sus excéntricas guerras de antepasados, sus negocios efímeros, las ruinas comerciales repentinas, las ambiciones, los sueños, la conmoción de amar, la premura por vivir y morir. Novela-río, pues, como ha sabido ver Gil-Craviotto, uno de los mejores estudiosos de la obra de Villar Raso, cuando cita, entre otros autores, a Roger Martin du Gard.

Trepidante la acción, detalladísima los resortes emocionales que la propician en hombres y mujeres, se ramifica en mil peregrinos incidentes, se exfolia en una diversidad de registros tal que la sorpresa es continua, y la admiración, duradera. ¿De dónde le viene a este escritor su inventiva poderosa

e inacabable? ¿Cómo es posible que se mantenga en tensión que no decae capítulo tras capítulo? ¿Cómo ha conseguido ahondar tanto, y certeramente, en la psique femenina? Estoy convencido de que lo que el realismo mágico sea, ha de ver, y mucho, con el lenguaje en relación al tiempo. El Tiempo se dilata en el realismo mágico, de manera que el lenguaje ha de abarcarlo con perspectiva amplia de los tiempos verbales y la concatenación de objetos sugestivos: los acontecimientos, así, quedan subsumidos en una atmósfera irreal, pero, a la vez, tan cercana que los hace posibles. Y por increíbles, no dejan de ser verosímiles. Es un procedimiento, el realismo mágico, mediante el cual el autor sitúa al lector en una disyuntiva permanente: lo que parece es, pero lo que no es también lo parece, parece cierto. Yo no dudo de que *Las señoras de Paraná* es la obra cumbre de Manuel Villar Raso. Pero también, que yo conozca, la mejor novela española motivada por el realismo mágico.

Manuel Villar Raso falleció el 23 de noviembre de 2015, a los 78 de su edad. Pilar Argaiz me refirió sus días últimos. Inapetente y decaído, no concebía la vida sin la pluma entre los dedos, a lo que se unió el dolor insoportable de su enfermedad, un dolor tan grande que los que lo conocen afirman que retrotrae al sufriente a una condición anterior a la del ser humano, pues no se es hombre, o mujer, del todo. Manuel había traducido a Walt Whitman, el más grande poeta que ha tenido Norteamérica en su historia, y tenía, por así decir, el gozo de la vida metido en los huesos, la vida como afirmación de

un esplendor entre la hierba; de tanto leerlo, creo yo, tenía la mirada tan limpia, la mirada del pastor que había sido de chico, y luego, como tantos sorianos de la estepa yerma castellana, había tenido que salir de sus lares para buscarse la vida donde fuera. Él lo hizo, a la salida del internado religioso donde estudió bachillerato, matriculándose ya de mayor como estudiante universitario. Y allí dejó la mitad de su alma, como suele decirse y luego contó en *La casa del corazón* y en el libro *Soria de mis sueños rotos*, que dejó inédito, aunque publicada a finales de 2016, como también dejó inédita la novela *Desirée Palma*, una muchacha colombiana enrolada en las Fuerzas Revolucionarias de aquel mágico país. Esa mirada limpia y casi azul es la que tenemos en el recuerdo cuantos tuvimos la fortuna de compartir su inmensa humanidad de hombre afable y expansivo, cuya ejemplar modestia le acercaba aún más a los humildes, a la gente buena adonde fuera que sus numerosos viajes le llevaran. El enamorado de las noches africanas, en las que el cielo inmenso parece un volcán silencioso vertiendo estrellas como si fueran lava, el seducido por las culturas aborígenes del mundo entero, el amante de los paisajes más solemnes, el incansable buscador en las galerías del alma femenina, fue un hombre sencillo por lo mismo que un escritor admirable: se trata de comprender, más que de condenar, se trata de saber que el espejo de Stendhal al fin no era tanto esa lámina que representa en su azogue los árboles del camino y los hombres y mujeres que transitan por el camino, como la conciencia, la conciencia humana reflejando lo que de humano e inhumano hay en ella. Un espejo que es



Manuel Villar Raso y Antonio Enrique

lo contrario que se nos ha dicho: no el cuerpo, sino al revés, el alma donde el cuerpo se representa, nos refleja a todos como en un sueño ficticio, pero también como una ficción tangible y turbadora.

Me he encaminado, días después de su muerte, a la casa donde estuvo su hogar, y el de Pilar su esposa, y de sus hijos David, Mani, Eloy y Pilar, y de sus nietos María, Jaime y Pablo, “mis tres amores” como dice en la dedicatoria de *Las señoras de Paraná*. En su cuarto de trabajo, situado en la segunda planta, todo estaba como lo dejó, sino con los papeles recogidos en el escritorio, una mesa rectangular con sendas sillas a ambos lados mayores; sillas austeras, no sillón, porque el escritor gustaba de escribir en permanente estado de alerta. Estremecía pensar que tales papeles recogidos en varios rimeros sobre el tablero pulido por el roce de las manos de Manuel en tantos años, cuidadosamente, por Pilar, ya no volverían a ser removidos por el escritor, como se hace a la vuelta de unas vacaciones, porque esta vez la vacación era para siempre. Los libros se aglomeraban en el testero de frente a la puerta de aquella sala oblonga, con recuerdos desperdigados por sus estantes, la fotografía de Bowles bajo el cuadro de Antonio Cremades y otra fotografía con su hermano David en blanco y negro. En el testero de la puerta, a la derecha, estaban los archivadores, junto al escritorio, y a la izquierda, adyacente al balcón, el viejo diván, arrastrado de casa en casa donde vivieron, en el que reposaba las siestas, tras leer hasta quedar traspuesto en el sopor de las tardes. Dos lámparas de tulipa azul prestaban una luz suave, limpia y fresca a la habitación donde Manuel pasaba las horas día tras día, y así hasta que ya apenas pudo descender la escalera hasta el salón, donde le aguardaba Pilar y el sillón de siempre, con uno de sus reposabrazos tachonado por la quemadura de un cigarrillo desprendido del cenicero. Llovía intensamente aquella tarde-noche de mi visita, y el jardín que rodea la casa estaba silencioso y extrañamente vacío, con el único rumor del agua fluyendo de los aliviaderos como un reloj alborotado y monótono. Pilar me señaló, por la cristalera del salón, el porche donde el escritor tomaba asiento frente al césped. Desde allí, el altzano donde el Serrallo se ubica, Granada, en la lejanía, es un perpunte de luces titilantes por de noche y un clamor revestido de niebla los días de invierno, cuando se nos fue. Allí sentado pasó las horas que la escritura le dejaba libre, con su mirada azul de niño grande perdida hacia adentro, su sombrero blando y esa pipa recta con el cigarrillo en ristre de que gustó retratarse en la solapa de alguno de sus libros.

Todo había comenzado en 1984, año en el que, junto con la publicación de *Las Españas perdidas*, Villar Raso inicia, con el apoyo de la Universidad de Granada, la expedición a la Curva del Níger, compuesta por historiadores y arabistas, geógrafos y sociólogos, veinte miembros en total, razón por

la que en la zona fueron conocidos como los “boro güaranka”, que en lengua bombara, predominante del lugar, quiere decir precisamente “veinte personas”. A costa de innumerables vicisitudes, que narró el periodista Francisco Viguera, destacado como reportero en la expedición, atravesaron los arenales del Sahel con sus dunas y lomazos, en donde quedaron embarrancados en más de una ocasión, hasta alcanzar Karabara, Burem y Tondibi, ya en el curso del río Níger, para, así, desde Gao, en el norte del Malí, una de las ciudades más desamparadas de aquel mundo remoto, entrar por fin en la sagrada-Tombuctú. En tan duro trayecto, tras el avistamiento de los tuareg, se entrevistaron con numerosos remotos descendientes de moriscos granadinos, como los Armas, conquistadores de aquella vasta región, cuyo río Níger debió recordarles el Guadalquivir, el wad al-Qebir de sus antepasados, por lo que allí se asentaron para siempre. La vida, al fin, amigos, no deja de consistir en la pulsión de una nostalgia incomprensible, la remembranza de una mejor patria, que para muchos no es sino la celestial de que hablaban los amigos de Platón. Manuel Villar Raso, en sus últimos momentos de la vida, tal vez recordase aquel Níger prodigioso que en Tombuctú transcurre caudaloso y verde, aquel Níger como un preámbulo del Guadalquivir de las estrellas, y acaso, entonces, no supo ya, en el umbral de esta vida con la otra, si por fin había llegado a ese lugar donde conducen todos los libros, allí donde ríen las arenas y las Españas perdidas no son más que el espejismo sublime de una bella ilusión.

16 de junio 2016

#### Nota biobibliográfica de Manuel Villar Raso.

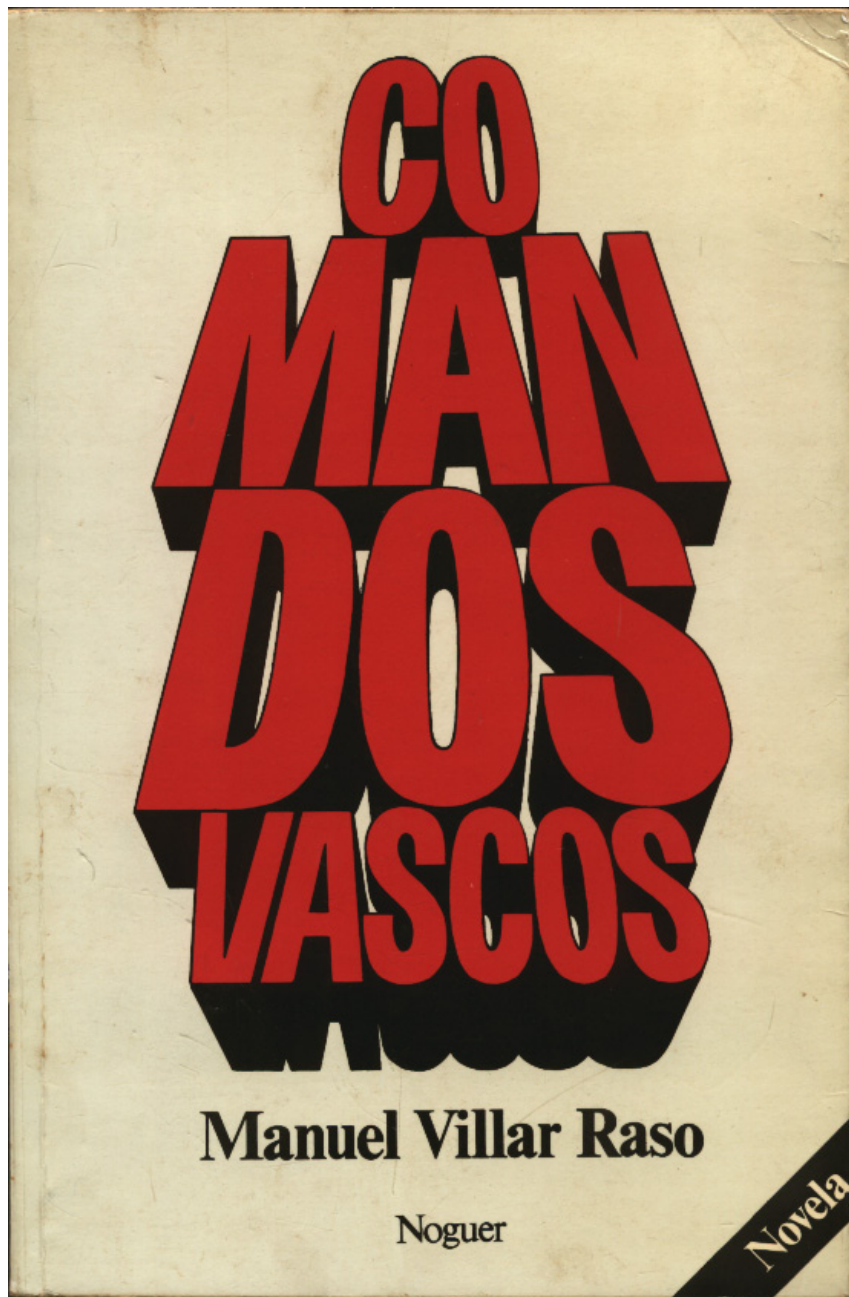
Soriano de Ólvega, nacido en 1936, fue en su infancia pastor y estudió bachillerato en un internado. A los 22 años, y en Madrid, comenzó sus estudios universitarios. Residió en Granada desde 1977, en cuya Universidad ha ejercido como profesor de literatura norteamericana. Ha trabajado en Stoke-on-Trent (Inglaterra), Edmonton (Canadá) y Nueva York, así como en Barcelona. Doctor en literatura norteamericana por la Universidad de Madrid, es Master of Arts por la Universidad de Nueva York y profesor visitante en las universidades de Temple, Filadelfia, Hayward, California y Nueva Orleans. Ha presidido distintos congresos internacionales de escritores, impartido conferencias por España, Holanda, Grecia, Inglaterra y Estados Unidos, y dirigido distintas expediciones de la Universidad de Granada a África, colaborando, a su vez, en documentales televisivos sobre Mauritania, Malí, Burkina Faso y Níger.

Es autor de las siguientes novelas: *Mar ligeramente sur* (1975), *Hacia el corazón de mi país* (1976),

*Una república sin republicanos* (1978), *La Pastora, el maqui hermafrodita* (1978), *Comandos vascos* (1980), *El laberinto de los impíos* (1981), *Las Españas perdidas* (1984), *Últimos paraísos* (1986), *El último conquistador* (1992), *Donde ríen las arenas* (1994), *El color de los sueños* (1998), *La mujer de Burkina* (2001), *La casa del corazón* (2001), *Encuentros en Marbella* (2002), *La larga noche de Ángela* (2004), *Desnuda en lo real* (2008), *El zulo de los elegidos* (2010) y *Las señoras de Paraná* (2013), así como de

los libros de relatos *África en silencio* (2007) y *Las montañas de la luna* (2008), además del texto ensayístico *Ser mujer en África* (2005). Inéditos dejó el libro de memorias *Soria de mis sueños rotos* y la novela *Desirée Palma*.

Ha traducido, asimismo, a Walt Whitman y Emily Dickinson. Activo colaborador en la prensa escrita, fue miembro distinguido de la Academia de Buenas Letras de Granada.



*Comandos vascos*



*Manuel Villar Raso posando con los académicos Rafael Guillén y Antonio Carvajal*

---

## RECUERDO DE UN AMIGO

---

Jorge Aranguren

*M*anuel Villar Raso, querido amigo, ya no estás con nosotros. La noticia, tardía, me dejó una pena tan aguda como difícil de restañar. Esa tristeza la llevaré conmigo -yo lo sé- con la certidumbre de que va a acompañarme siempre.

Granada estará en mi recuerdo asida a tu memoria; y la Alpujarra, y, un poco más al sur, los cielos africanos, que yo ya no conoceré, y los deslumbradores ojos de Asiatta.

Descubrí La Alhambra y el Generalife gracias a que tú me invitaste, cordialísimo, a un par de charlas para estudiantes de inglés -¡cómo no recordarlo!-, al hilo de una primavera que ya iba abriendo en los caminos los nuevos brotes, sus colores y afeites.

Confórtate. Dejaste un testimonio literario de primer orden (creo que fui el primer lector de *La Pastora*...) y la difícil huella del escritor de raza.

Te veo aún a bordo de un claudicante "dos caballos" en mi otra calle de Donostia, en visita inesperada, para entregarme aquel libro de los *Comandos*.

Manolo: En nuestra próxima cita -no está muy lejos- estoy seguro de que podremos disfrutar de algunos tacos de jamón serrano y beber un par de suaves jumillas, pues, como dice el Corán, a los buenos no van a escatimarnos, en la otra ribera, los tolerables goces terrenales.

### HABLEMOS DE ASIATTA

Puedo recogerte entre mis manos,  
en los declives del papel;  
de arena el rostro sometido,  
no de marfil: un ébano  
suave, y con esos ojos, con la boca  
donde el dolor ha puesto líneas,  
o el pasmo lento de este mundo  
nos ha dejado su precariedad,  
la curva azul,  
todo lo que retiene o nos desune el miedo.

Mujer dogon de palmas pálidas,  
como sumidas en un aceite  
que voy lamiendo, en la sobrenoche,  
bajo las eses rumorosas  
-de Serpentario-,  
que prolongan el núcleo de las siete letras  
(el corazón, fosco y dormido,  
entretenida  
esa soplada levedad,  
junto al aliento y su vapor).  
Mujer de nácar

-el busto dulce sobre los ajos aún débiles-,  
sobre el mundo de dunas  
y polvo que acude con el aire,  
perdido éste en su derrota,  
ciego y tedioso;  
tus uñas, sometidas al olor de los ajos.

Una cabra sin ubres, con los cuernos mí-  
seros,  
enciende su perfil bajo un sol de cortezas;  
declina el mundo.  
Y el dolor se levanta y se pone,  
alumbra los luceros  
copiosos, se deposita en los lagrimales,  
vuela el espíritu que va emergiendo de la luz,  
tal vez no engaña,  
te trasluce,  
pero se esparce en las arenas,  
junto a ti llora y permanece.

Mujer dogón,  
duermes, toda de anís, sobre unas pajas;  
las viborillas y los alacranes  
roen tu choza, ciudadela  
que se remusga, cruje y se hace más dócil.  
El alba entra para verte hecha un ovillo sobre  
tu propio cuerpo,  
abandonada en repentina  
y lateral delicadeza;  
la boca y su trazo, casi un óvalo,  
dice palabras en el breve sueño.

Muchacha dogón, diluida  
bajo una lumbre que va dejando sus sombras.  
ASSIATA de mimbre,  
mueves la fiebre con una flor entre los dedos,  
con un dátil.

El fruto queda lejos de la boca.

## UN ADICTO A LA ESCRITURA

---

Andrés Cárdenas

La vida consiste también en ir acumulando enseñanzas que te pueden ser de utilidad a la hora de encontrarte con un reto. Una de esas enseñanzas me la dio Manolo Villar Raso cuando publiqué mi primer libro. En el año 1980 me presenté al premio Jaén en la modalidad de libros de viajes y él fue miembro del jurado, junto con otros importantes personajes de la literatura y el periodismo como Alfonso Grosso, Tico Medina, Antonio Martínez Mechén y Melchor Sáiz Pardo. El libro se llamaba 'Carriles de silencio' y era un recorrido por aldeas que se habían ido deshabitando con la deserción rural y en las que quedaban pocos habitantes. Gané el premio y en la entrega del mismo Manuel Villar se acercó a mí y me dijo: 'Se nota que conoces aquello de lo que has escrito. Es lo que siempre tienes que hacer'. Santas palabras. Yo no había oído hablar del novelista Manuel Villar Raso pero después de aquel sabio consejo y de saber que había sido miembro del jurado que me había otorgado el premio, me interesé por su obra. Leí algunos libros suyos como 'Mar ligeramente sur', que había sido finalista en el premio Nadal, y 'Hacia el corazón de mi país', una novela casi picaresca en la que reflexiona sobre la situación de España. En nuestro siguiente encuentro le alabé cómo describía los momentos y lo bien que sabía imprimir el ritmo literario a sus obras. A raíz de ahí nuestra amistad se fue fraguando a golpe de encuentros en los que, principalmente, hablábamos de literatura y de nuestros proyectos literarios. Yo lo elegía a menudo para que presentara algunos de mis libros y él a veces me pedía que le presentara algunos de los suyos, como 'La larga noche de Ángela' y 'Donde ríen las arenas'. Nos utilizábamos siempre que podíamos. Eso sí, siempre le consideré el maestro

y el experto al que hay que leer para intentar hacerlo al menos igual que él.

Manuel Villar Raso si fue algo en la vida fue un adicto a la escritura. Recuerdo con que emoción pasión me contaba los argumentos de libros que estaba escribiendo. Los rostros que se modifican mucho al pasar de la gravedad a la sonrisa sugieren temperamentos profundos. Manolo tenía ese rostro y ese temperamento. Recuerdo nuestras conversaciones en torno a la escritura. Él estaba convencido de que tanto los poetas como los novelistas somos de alguna manera seres inútiles, improductivos, siempre dispuestos a emprender una aventura que a veces nunca llega a buen puerto. Nos lamentábamos del poco valor que este país le da a la creación literaria y de la continua deserción de lectores hacia el mundo de la imagen y las nuevas tecnologías. En fin, que nos consolábamos como suelen hacerlo dos obreros de la pluma cuando encuentran (o creen encontrar) multitud de incomprensiones a su alrededor. Pero Manuel Villar Raso y yo teníamos algo en común. Los dos éramos de pueblo y nos encantaba lo rural. Yo le comentaba a menudo que uno de los libros suyos que había leído con más delectación había sido 'La casa del corazón', donde cuenta su infancia en Ólvega y como las pasó canutas para no terminar trabajando en una mina como su hermano David, cuya trágica muerte le trastocó su concepto de vida. Cuando yo me puse a escribir un libro sobre mi infancia en Bailén (luego se publicaría con el título 'La edad del barro'), le pedí consejo. Y recuerdo sus palabras: "Mira, escribimos estos libros sobre nuestra infancia porque no queremos que nadie muera del todo". Y llevaba razón porque en realidad es lo que pretendemos los juntaletas cuando escribimos sobre alguien es que nunca muera del todo.





*Manuel Villar Raso posando*

## A VILLAR RASO

---

Fernando de Villena

Fue Manuel Villar Raso un gran viajero  
que, desde Tombuctú al Brasil profundo,  
supo bien reflejar el ancho mundo  
en su narrar titánico y certero.

Evocar su semblante ahora quiero,  
su talante cordial y sin segundo,  
el hontanar de su vivir fecundo,  
su espíritu feliz y aventurero.

Una lucha perdida de antemano  
nos puede parecer siempre la vida,  
mas la suya ha dejado su memoria  
y ha sido plenitud de azul verano.  
Y por eso ya sienten compartida  
honra más que dolor Granada y Soria.



*Manuel Villar Raso en el desierto de Libia*

# MANUEL VILLAR RASO

---

Enrique Morón

Yo conocí a Manuel Villar, acaso  
hace ya muchos años. Ya tenía  
una ambición de extensa geografía.  
Espacio y tiempo libres, bajo el brazo.

Él anduvo por tierras donde ocaso  
aquí se torna en claridad del día.  
Caprichos de los astros. Armonía  
que nos canta el azul a cielo Raso.

Voló por norte, sur, este y oeste,  
ave locuaz que se posó en Granada,  
cobijo y redención para amor tanto.

Su prosa era profunda, viva, agreste.  
Su palabra esencial, su voz mojada  
para regar la flor del desencanto.



*Manuel Villar Raso en el desierto de Arizona, 1995*

# RECUERDO DE MANUEL VILLAR RASO. ETERNO VIAJERO

---

José G. Ladrón De Guevara

A Villar Raso, Manuel,  
viejo amigo y compañero,  
siempre lo vi en el papel  
de un personaje de Homero.

A las duras y maduras  
y ligero de equipaje,  
anudando singladuras,  
siempre estaba de viaje.

Nunca supe si volvía  
o se iba de regreso.  
Como el viento. Y la energía  
que difunde el universo.

Ahora estará, donde sea,  
escribiendo su Odisea.



Manuel Villar Raso presentando "La casa del corazón" en Ólvega

## A MANUEL VILLAR RASO

---

José Manuel Martín Morillas

A Manuel Villar Raso  
Soriano de proa al Moncayo,  
emigrante de tiza y pizarra,  
con paradas vasca y catalana  
hasta desembarcar en la Alhambra.  
Esforzado aventador de palabras,  
tomó temprano la paleta para pintar  
goyescos del ruedo hispano:  
maquis de rojo y gualda, celdas neurasténicas,  
ilustrados moriscos, conquistadores californianos,  
pasiones africanas, duras vidas castellanas.  
Entretanto, preclaro traductor  
de egregias plumas americanas.  
Bizarro y socarrón, españolista universal,  
ameno docente sin amenazas,  
lúdico y ciceroniano, leal gregario  
y capitán de carabela sahariana,  
incansable trotamundos, inasequible trashumante.  
Llegar ha, en su momento, el Parnaso.  
No desespere el labrador de la cosecha sembrada;  
que gana el vino cuerpo con la madurez otoñada;  
que todo buen trabajo de amor (y eso es el literario)  
seduce al enamorado.  
Entretanto, agradecidos, acudimos al calor de su regazo.

Homenaje en Facultad de Derecho  
15 de Diciembre de 2013





*Manuel Villar Raso en una pinaza por el río Níger*

# EL CAMINANTE PÓSTUMO

---

Andrés Neuman

*Con Manuel Villar Raso, in memoriam*

Este modo de ir arrastrando  
mi mortalidad como una capa,  
escoba que se lleva  
las hojas y las huellas dactilares.

Este medio vivir demasiado  
al tanto de la otra mitad,  
su póstumo sigilo  
al cruzar una calle y verla sin sujeto.

Cada escenario tiene su pequeño darwinismo,  
en cada transeúnte ladra  
la buena compañía de una hipótesis.

Esta insistencia en alguna otra memoria  
que camina sin piernas  
cuando las hojas vuelven y yo no.



*Manuel Villar Raso es el precursor de las expediciones al África subsahariana patrocinadas por la Universidad de Granada*

# BOCETO PARA UN RETRATO DE MANUEL VILLAR RASO

---

Rafael Guillén

Tenía ojos de mirar de frente  
y a lo lejos, medida castellana,  
cuerpo recio de corredor de fondo  
y alma transparente.  
Vivía para la aventura  
de vivir y escribía lo que había vivido.  
Más que vivir, se deslizaba por la vida.  
Era impaciente en el afán diario,  
generoso en la entrega  
e inmovible en la amistad.

Juntos vagamos por un mundo  
que se hizo pequeño, y comprobamos  
qué hermoso es todo cuando un hombre puede  
ponerse dignamente en pie;  
qué grata es la mañana cuando hombres  
de muy distintas razas y culturas  
te dan la mano.

Los paisajes venían  
a su mirada y se quedaban. Las costumbres,  
los modos de partir el pan, los ritos  
le iban llenando las alforjas a su paso;  
y ¡qué riqueza cuando  
fluían, transformados por su pluma!

Hoy lo recuerdo, frágil y sencillo,  
pero ¡tan duro en el empeño  
de ser espejo y parte de la tierra  
que pisaba! Lo veo regresando  
siempre, después de haber cumplido.

¡Cuánto daría, amigo, por saber  
las aventuras que preparas  
ahora que has muerto! Ahora que supongo  
habrás recuperado  
el sombrero arrugado que perdiste  
en aquel aeropuerto de Camboya.



Una de las Expediciones de la Universidad de Granada a la Curva del Niger

# LA TUMBA DE MANUEL VILLAR RASO

---

Ismael Diadié Haidara

Allá, lejos de un *Mar ligeramente sur* te digo  
Hacia el corazón de mi país que arde  
Como *Una república sin republicanos*  
Con *La Pastora, el maqui hermafrodita*  
de un *Comandos vascos* o de una tierra lejana  
tierra mía donde te ví tú  
mirada del laberinto de los impíos

Soy de *Las Españas perdidas*  
Hijo de los *Últimos paraísos*  
Y del último conquistador

Vengo de *Donde ríen las arenas*  
Dónde *El color de los sueños*  
*es alegría y lágrimas de La mujer de Burkina*  
En mí *La casa del corazón* arde  
Como *Encuentros en Marbella*  
y *La bella hermafrodita* de un *Discurso pronunciado*  
Entre fuegos y nieves  
La cara ya hacia *La larga noche de Ángela*  
*gritando Ser mujer en África*  
Como si del infierno se hablara  
en una *África en silencio*  
*lejos de aquella Desnuda en lo real*  
Historia azul en *Las montañas de la luna*  
Dónde *El zulo de los elegidos*  
Cuenta y cuenta la historia del mundo  
y de *Las señoras de Paraná*  
que cuenta y cuenta sin piedad

Ya te fuiste pastor de Soria y maestro del lejano oeste  
Y hoy tu epitafio de tinta y nube en Granada tu Granada  
Lo escribiste y lo leemos en el costado de la noche  
como mariposas soñadas sobre los labios de la muerte.



Manuel Villar Raso pescando

## UN RELATO CON ESTRAMBOTE PARA ELOY VILLAR ARGÁIZ

Antonio Carvajal

Terminada la jornada universitaria, llegué a casa de Antonio Callejas, cansado pero con hambre, capaz de comerme cuanto me pusieran por delante. Rafita, su nieto, de muy pocos años, me acercó una cerveza y me preguntó qué libro era ese.

-Me lo ha regalado un amigo.

-Léeme algo.

Abrí al azar, ya sentado el niño en mi pierna izquierda, el abuelo compartiendo cerveza y tapas desde su butaca de siempre, y a las cuatro páginas callé.

-Qué bonito, padrino, me han salido lágrimas en los ojos. Lee más.

-¿Te has enterado de algo?

-Es la historia de un hombre muy bueno, que se murió y lo llevaban a su pueblo para enterrarlo. Iba en el tren y por donde pasaba se abrían ramos de flores en los árboles.

-Sí. Después de comer te leeré más.

No hubo más lectura por mi parte. El abuelo, dada la cabezadita del postre, tomó el relevo.

-Qué bien se lee esto. ¿De quién es la traducción?

-De Manuel Villar Raso. Hemos tomado café juntos y hemos pasado un buen rato de conversación en su despacho.

-Nunca había entendido tan bien la poesía de Withman.

-Es un problema de sensibilidad y conocimiento. Manolo tiene las dos cosas. Si Withman hubiera dominado el español como Manolo los dos idiomas, qué buen poeta hubiéramos tenido en el siglo XIX.

Callejas me entendía muy bien:

-Pero no parece traducido. ¿Villar Raso no es novelista?

-Un poeta en prosa. Cerbantes, conocido como novelista y despreciado como poeta, se llamó a sí mismo "raro inventor", y lo dijo en verso. Y Manolo es un raro inventor.

-Cuando volvíamos de Tudela entramos en su pueblo.

-Sí, lo hice intencionadamente, entre otras cosas porque ya conoces mi manía de tirar por caminos desviados. Y Ólvega me trajo la memoria de Carmen Jiménez, la viuda de Ignacio Prat, y de Manolo. Yo quería ver "la casa del corazón" de Manolo y el solar de Carmen. Entendí muchas cosas. Entre otras, cómo Villar es capaz de trascender la experiencia, depurar la memoria y elevar a obra de arte lo que a los ojos de la carne parece hostilidad y silencio. Eso lo hacen solamente los hombres de bien que, además, son excelentes artistas.

-Escribe muy suelto.

·Sí, porque ama y cuida su idioma, como ama la vida.

-Me acuerdo de sus manos encallecidas, como de labriego.



-Iba para minero y cultiva el jardín de su casa, No se pone guantes. Por lo menos no los tenía un día que fui a visitarlo y a merendar en familia. Debería volver, pero nunca sé por donde anda, si con los yanquis o en África. Nuestro encuentro de hoy ha sido una bendita casualidad.

No la casualidad, sino las órdenes de Francisco Fernández nos reunieron casi veinte años más tarde en el "patio del teatro" de la Fundación Rodríguez-Acosta. También estaba Rafael Guillén. Manuel y yo nos pusimos a censurar el dinero que se gastan los teatreros y opereros en costosísimas puestas en escena, mientras que a nuestro esencialísimo es-

cenario le bastaba una arquitectura sobria y unas oportunas manchas de humedad. Paco nos dispuso en diversas posturas plásticas, casi siempre ordenados ritualmente según la edad y atendiendo las exigencias de la luz. Rafael y Manuel, académicos responsables, se veían con frecuencia. Yo, académico informal y, para colmo, involuntario, con mi condición de lluvia de mayo, era bien recibido pero no siempre caía cuando se me esperaba. Aquel día sí acudí. Animados, alegres de vernos, nos abrazamos con la promesa de reunirnos para tomar unas copas y contarnos nuestras vidas. No podíamos sospechar que era nuestro último encuentro.





*Manuel Villar Raso investido Académico de las Buenas Letras Granada*

# PALABRA

---

Rosaura Álvarez

Para Manuel Villar Raso  
-In memoriam-

Amante te perdiste  
por sendas de palabra  
inmensa, en el perfil  
de aquel que no eras tú  
y, sin saberlo, eras.

Anchuroso el mirar  
por tus espejos,  
para ser más en otros,  
abrazar más materia,  
más latir de albo barro,  
hollado grito débil  
en paraísos rotos.

Precisa fue tu voz  
sin arrequives,  
castellana elegancia  
para nombrar historia  
innominada:  
fulgor del tacto, aroma...,  
llamear del amor,  
aterir de la muerte.



*Sudán*

# ARPONEANDO SUEÑOS

Ángel Olgoso

*A Manuel Villar Raso*

**D**ame una moneda de cobre, viajero, y te contaré una historia de oro:

En el mes de Rajib, el mismo que habría de contemplar su primera cacería, un joven guerrero llamado Nyâmbu soñó que salía a cazar y se le escapaba su presa, un antílope de color azafranado y cuernos rotos.

Cuando despertó del sueño pidió consejo al anciano, quien le recordó que debía retornar a su sueño hasta encontrar y dar muerte al antílope o pasar hambre, de otro modo sería repudiado por la tribu. Después, el anciano espolvoreó sobre Nyâmbu la sal de la sabiduría y los granos de sésamo de la paciencia, y le colgó al cuello una pezuña de antílope, talismán que favorecería la caza.

Al dormirse esa noche, el joven guerrero encontró a su presa bebiendo en una charca. Pero el olor del cazador se enredó en la barba invisible del Viento y el antílope huyó velozmente. Nyâmbu lo persiguió en vano durante horas, de colina en colina y de bosque en bosque, hasta que no pudo con su lanza y se detuvo a descansar a la sombra de un grupo de palmeras. En aquel momento, con el escudo sobre su cabeza para protegerse de las serpientes que caían de los árboles, se despertó.

Durante el sueño de la noche siguiente, Nyâmbu quiso sorprender dormido al antílope y lo acechó antes de que el Sol tomara posesión del mundo con sus dedos de oro. El joven guerrero azotó el aire con un largo tallo para limpiar el espacio que debía hendir la lanza. Luego, apuntó conteniendo el aliento. El

corazón le martilleaba en el pecho. Arrojó su arma con brío, pero la oscuridad y la distancia hicieron que apenas rozara la piel de la presa y se perdiera entre los matorrales. El antílope se irguió al instante, lo miró burlón y brincó en dirección a la sabana.

El hambre comenzó a picotear sin piedad a Nyâmbu que, tozudo, no perdía la esperanza de dar caza al antílope. Cuando sucumbió al sueño un día después, se ató los pies a una liana encaramado a las ramas de un ébano, y esperó a su presa colgando cabeza abajo, como esos avestruces de los que hablaba el anciano, que a veces se transforman en árboles mudando sus plumas en hojas. La sombra del guerrero, dos veces más grande que su cuerpo, se movió sobre la hierba y lo descubrió al antílope, que se movió de nuevo de él huyendo con ágiles saltos.

Al recobrase del sueño, Nyâmbu advirtió acongojado la pérdida de su talismán. Volvió a dormir y soñó que trenzaba una red con piel de ramazones y perseguía al antílope zarandeándola en el aire. Pero el animal corría tan deprisa como un torbellino de arena.

Y así, durante el resto de las noches, el espíritu del joven guerrero viajó del sueño a la vigilia mediante el hilo invisible que había atado a la muñeca del durmiente. Y así, una noche tras otra, sin lograr apoderarse de su presa, Nyâmbu iba desfalleciendo. Pudo aliviar el peso del hambre y el fuego de la sed cuando tuvo al alcance de su mano incontables animales, cuando descansó bajo una higuera, cuando un mendigo le ofreció agua de su odre hecho con

estómago de gacela, cuando en lo alto de una duna los caravaneros le entregaron una medida de dátiles y de carne de cigarras, buena contra la sed. Pero Nyâmbu no quería traicionar la ley de su tribu. Hasta que buscara el corazón de su presa con la lanza, los perfumados ríos de agua, leche, vino y miel que fluyen hacia el lago celestial de la abundancia estaban proscritos para él, y guardados en una vasija cerrada con siete sellos en la choza del anciano.

La decimocuarta luna de Muharram, cuando los ojos de la Noche brillaban en las alturas, Nyâmbu soñó que sentía próximo su fin. El miedo a morir de hambre y de sed le hacía llorar lágrimas de polvo rojo. Y he aquí que, tendido bajo un sicomoro, la muerte ya le entornaba los párpados para llevárselo cuando el antílope se postró ante él. Siempre había

alabado para sí el valor y la determinación del joven guerrero, y su infortunio no hacía más que avivar la compasión hacia el cazador moribundo. El antílope se tendió entonces grácilmente y se desventró con sus propios cuernos partidos. Nyâmbu, hambriento y sediento, no tenía elección. Apenado, devoró parte de las entrañas y bebió un poco de su sangre sin llegar a saciarse. Luego, el joven guerrero, débil aún, despellejó con esmero a su rival.

Al llegar la mañana despertó con la piel de color azafranado entre las manos. Tras mostrársela al anciano y narrarle la conmovedora acción de aquel antílope en su sueño, Nyâmbu confeccionó con ella una prenda que habría de cubrirlo, abrigarlo y acompañarlo hasta el final de su vida y en el territorio de las sombras.



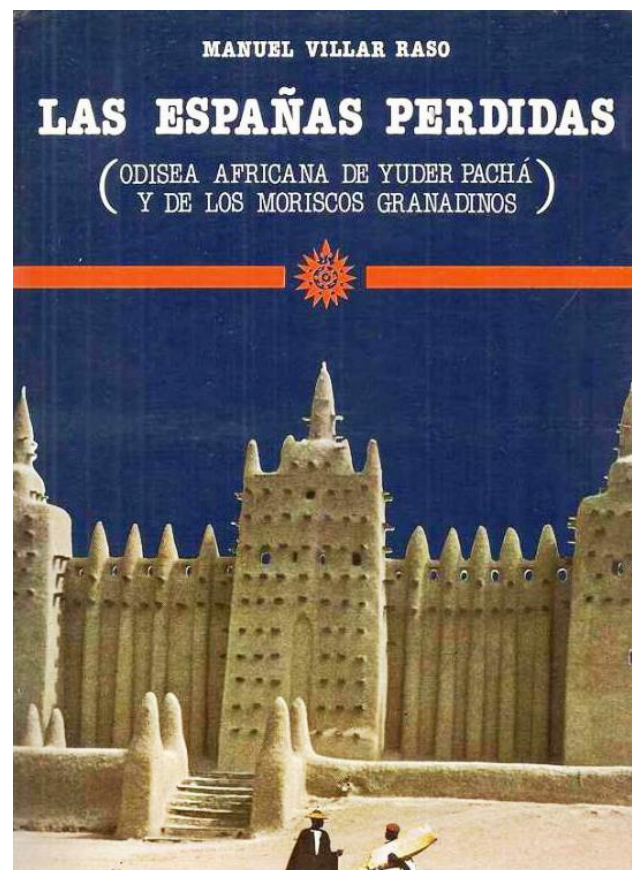
Obra al óleo de Jesús Conde

# EL HOMBRE QUE CONQUISTÓ UN IMPERIO

José Abad

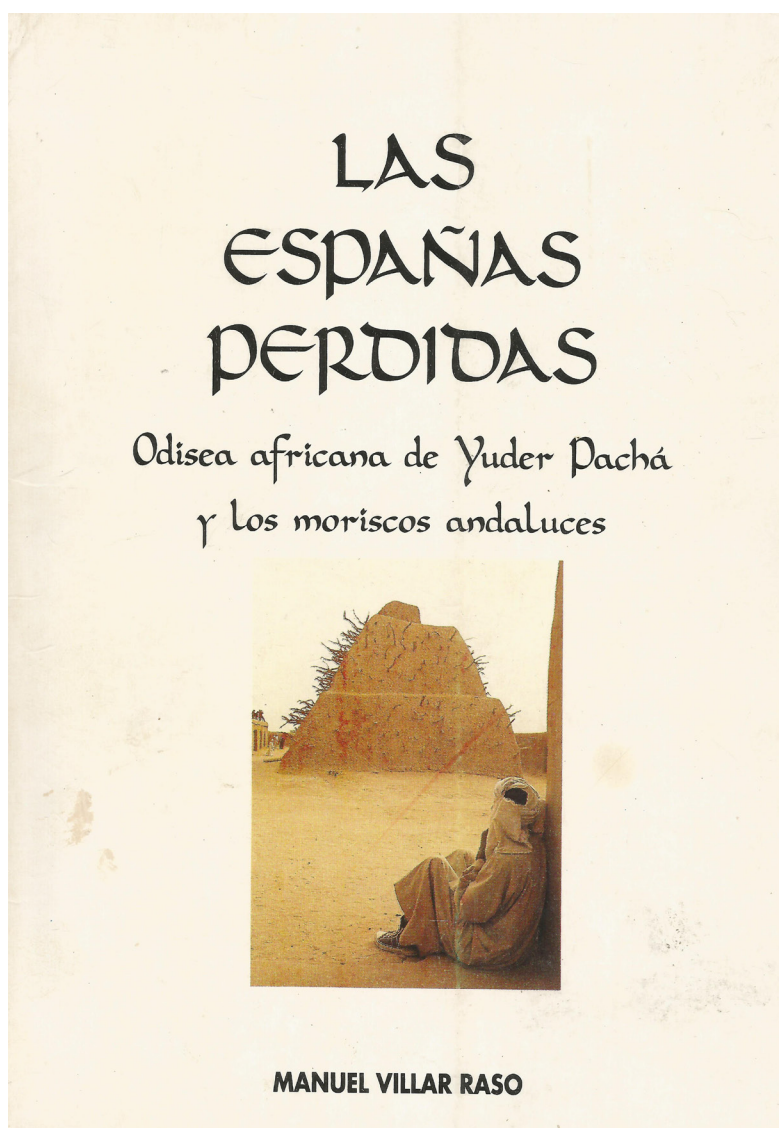
En el prólogo a *Las Españas perdidas* (Ultramarina, 2011), Manuel Villar Raso contaba cómo, durante una visita a Marrakech, escuchó a un contador de historias “de edad avanzada y tal vez ciego” una casida en honor a un personaje histórico, Yuder, de origen español y morisco, quien a finales del siglo XVI habría abandonado su tierra natal y cruzado el desierto del Sahara junto a otros cuatro mil exiliados, muchos de los cuales hallarían sepultura en la arenas impasibles del desierto, y que llegado a tierras de Sudán, cuando el país era un imperio y no el derrumbadero de hoy, lo conquistó venciendo a fuerzas muy superiores. De repente, Villar Raso tenía delante un gran relato pendiente de ser escrito pues, según supo luego, esta singular figura no había generado literatura por estos pagos. Nada faltaba, salvo las convenientes dosis de talento, para transformar dicho material en una buena novela.

*Las Españas perdidas* se cimienta en una recia estructura tripartita, centrada cada parte en una de las etapas de esta ambiciosa epopeya: Almería, Marrakech y el interior de África. En la primera, Villar Raso le inventó una circunstancia a su héroe: Yuder -de cristiano, Diego Cervantes- es nieto de un líder morisco de Cuevas de Almanzora e hijo de un buen hombre que ejerce de pacificador cuando se está viniendo abajo el precario equilibrio entre cristianos



*“Las Españas perdidas”, 1ª Edición  
Andaluzas Unidas*





*"Las Españas perdidas", 2ª Edición.  
Excmo. Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora*

viejos y cristianos nuevos. Para los moriscos, la tierra de sus antepasados se ha transformado en un lugar inhóspito. Aumentan las imposiciones administrativas y los episodios de violencia, y todo apunta a que se irá a peor: un hermano del protagonista huirá a las Alpujarras para sumarse al bando de Aben Humeya, el cabecilla que tuvo en jaque los ejércitos de Felipe II. La situación, cada vez más enrarecida, derivará en el decreto real que sancionaba su expulsión. Se expulsaba a los moriscos como antes se había expulsado a los judíos. En España, la fe debía ser una y sola. Y sanseacabó.

El protagonista escapará a Marruecos siguiendo la ruta contraria a la de sus ancestros, para darse de bruces con una (otra) paradoja cruel: quienes fueron expulsados de España por "moros"

serán considerados "cristianos" apenas pongan el pie en tierras de Berbería. Las Españas perdidas son fundamentalmente dos: la tierra que dejaron atrás estos españoles que no rezaban a la religión oficial y la España que se fue con ellos, la que se llevaron clavada en el corazón, plegada en la memoria o donde quiera se depositen estas cosas. Según Miguel de Cervantes, invocado de manera indirecta en el apellido cristiano de Yuder, la Historia es la madre de la novela. Esa gran loba puede alimentar con sus muchas y abundosas ubres a muchos y hambrientos lobeznos; la Historia es cantera de tramas sorprendentes como la de Yuder, el relato cuasi imposible de un hombre nacido campesino que morirá convertido en conquistador, y es también caverna llena de voces, contra cuyas paredes rebotan viejas cuestiones siglo tras siglo. En la pe-

ripecia de Yuder se escucha el clamor de quienes, aquí y ahora, sufren en sus carnes el rechazo social por cuestiones de raza o religión.

Como narrador, Manuel Villar Raso siguió un itinerario similar al de su protagonista. Si nuestro país ocupaba un lugar preferente en sus primeras novelas -*Una república sin republicanos* (1977), *Comandos vascos* (1980)-, con *Las Españas perdidas* inauguró un ambicioso ciclo africano en donde hallamos varios de sus trabajos más reputados, caso de *Donde ríen las arenas* (1994) y *El color de los sueños* (1999). El cambio de escenario no supuso un aban-

dono de sus intereses narrativos. La obra de Villar Raso se trenzó con mimbres recurrentes: por un lado, una mirada a España, en la cercanía o en la distancia, como entramado socio-cultural, y no como juego de patriotas; por otro, una constante denuncia de la violencia como tinta con la que se escribe la historia de los pueblos. Podríamos señalarse un tercer puntal: la recurrencia a la figura del solitario o del desahuciado. No se olvide: antes de ser el hombre que conquistó un imperio, Yuder fue una víctima de la intolerancia. El éxito habría sido, en su caso, una forma de revancha.

## Las Españas perdidas

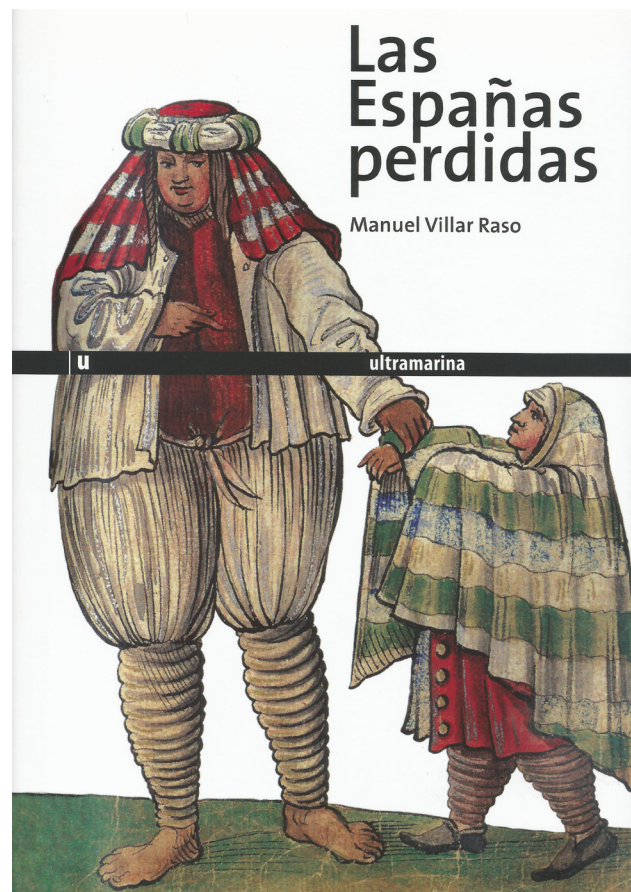
Manuel Villar Raso

La odisea africana de los moriscos granadinos



Comares **narrativa**

"Las Españas perdidas", 3ª Edición.  
Comares



"Las Españas perdidas", 4ª Edición.  
Almed



*M. Villar Raso. Encarna León y Eduardo García Melilla, 2004*

## MANUEL VILLAR RASO: OLVEGA EN EL CORAZÓN

---

Andrés Calavia

La última novela de Manuel Villar Raso, 'La Soria de los sueños rotos', es una historia de amor ambientada en un pueblo de esta provincia. Ese lugar no es otro que Olvega, municipio en el que nació el escritor allá por 1936, unos meses después de que comenzara la guerra fratricida que partió España en dos. La novela, que recoge a la perfección el ambiente en el que transcurre la historia, narra unos hechos ficticios que comienzan con la instauración de la Segunda República y terminan al finalizar la Guerra Civil. Una trama de ficción trufada de hechos y de personajes que mucho tienen que ver con la historia vital de Manuel Villar. Algunos son tan recurrentes en sus obras que se han convertido en verdaderas obsesiones literarias de Villar Raso, auténticas señas de identidad que le marcaron hasta su desaparición en noviembre de 2015.

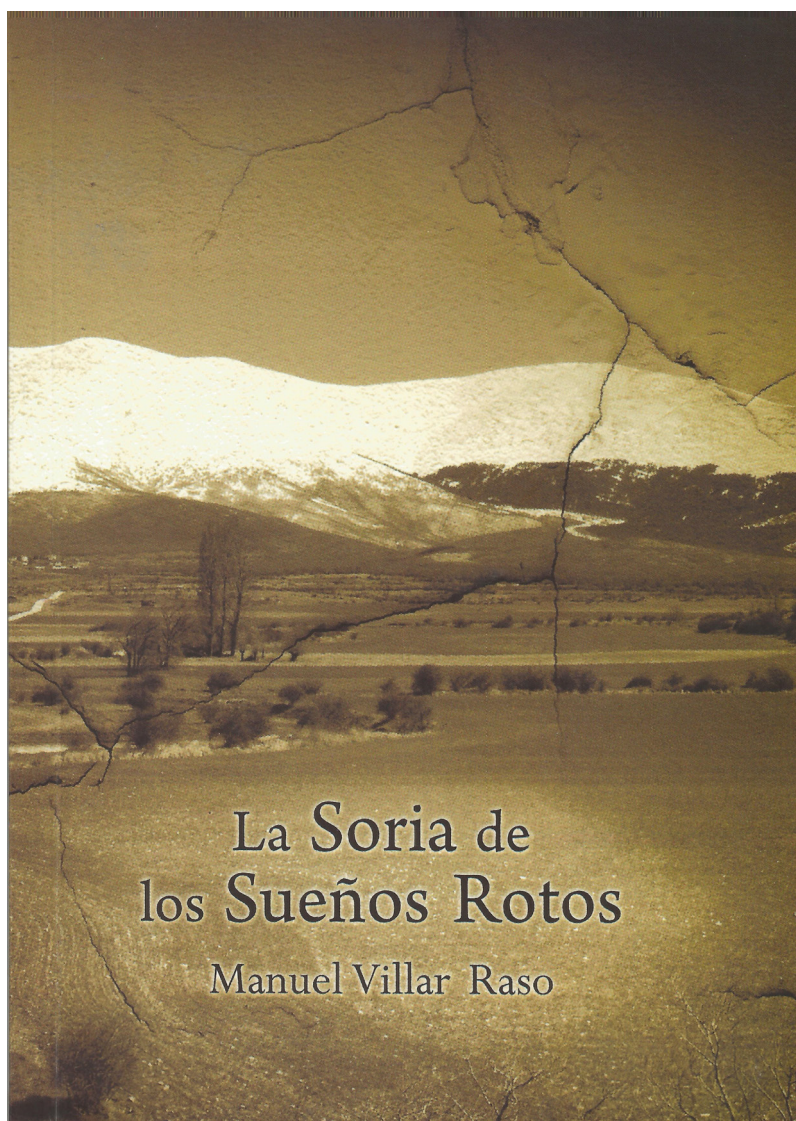
El último trabajo del escritor supone un más que digno final para su producción literaria, fiel ejemplo de esa prosa rica en imágenes cautivadoras, con un vocabulario ágil y atrevido. 'La Soria de los sueños rotos' constituye, de alguna manera, la vuelta de Manuel Villar a sus orígenes. De Olvega salió siendo un niño en busca de futuro y a Olvega vuelve con una novela que hunde sus cimientos en aquel pueblo que le vio nacer. En el fondo, quizá el escritor nunca se fue de allí pues jamás pudo olvidar aquella infancia tan llena de necesidades y tan evocadora. A Olvega volvía con frecuencia, a veces físicamente y otras con la imaginación, pero siempre para recorrer los parajes de la Sierra del Madero y de la mina Petra que marcaron a sangre y fuego su alma. La

mina donde moría accidentalmente David, hermano de Manuel y verdadero 'héroe', real y literario, para el escritor. El hermano mayor que encarna el modelo a seguir, al que mira con veneración, y que es quien, a la vez, pone todo su empeño para que el pequeño Manuel logre salir del pueblo y rompa así las ataduras que, inexorablemente, harían de él un pobre desgraciado. David y la mina, la mina y David, dos iconos que jalonaron la vida y la producción literaria de Manuel hasta el final.

La imagen del seminario, también presente en la novela aunque convertido en camino de ida y vuelta, es un tema recurrente en la literatura con rasgos autobiográficos del autor. Representa la llave hacia la libertad, la puerta a través de la cual, empujado por sus padres y por su hermano David, Manuel conseguirá romper ese círculo vicioso que tan de cerca toca a quienes tienen la mala suerte de nacer en una familia de poca fortuna. Un círculo vicioso que, lejos de ofrecer al individuo oportunidades para deshacerse del yugo ancestral que le une a la pobreza, suele atarle cada vez más a ella. La experiencia en el seminario no es fácil. Muy al contrario, está llena de sinsabores, de momentos para olvidar. La vida es complicada dentro de esas cuatro paredes de piedra. Pero el seminario significa educación y, al final del camino, la ansiada libertad. Una libertad lograda poco a poco, con dureza y con mucho coste personal, pero que supone la realización de un sueño, el sueño de Manuel y el de un hermano que, a buen seguro, sonríe satisfecho y feliz desde las alturas. Un primer viaje

hacia la libertad que Villar Raso inicia siendo un niño, tras trabajar, entre otras cosas, como pastor en los campos de esa querida Olvega que tan certeramente describe en sus libros, y después del cual ya no puede detenerse. La búsqueda de lo nuevo, de civilizaciones perdidas, del alma de ese continente africano que tanto amaba, le llevó a seguir viajando por los lugares más recónditos. Unos viajes de los que disfrutaba profundamente pero que, a la vez, no lograban calmar su sed. Una y otra vez imaginaba historias alrededor de sus andanzas por medio mundo, muchas de las cuales supo trasladarlas a sus libros con maestría. Manuel Villar Raso es ya patrimonio inmortal de esa Olvega que impregnaba su alma.

Su última novela puede ser considerada, por qué no, ese capítulo final que todo gran libro merece, también el de la vida. Olvega fue una constante en su historia vital. De allí logró salir para volar alto, muy alto, pero sin olvidar, nunca, sus raíces. Unas vivencias de aquellos primeros años que marcaron a sangre y fuego en lo más profundo al pequeño Manuel. De su pueblo salió y a él volvió, con sus libros, con el corazón. Fue su gran viaje, ese que permanece anclado en la memoria. Una memoria conservada a través de la enorme biblioteca personal del autor y que los olveguños han tenido el honor de recibir como legado. Manuel Villar Raso y Ólvega permanecen unidos, para siempre.



*"La Soria de los sueños rotos"*

## MANUEL VILLAR RASO: A CORAZÓN ABIERTO

---

Rafael Calero

La auténtica literatura, la buena, la de verdad, no tiene nada que ver con el marketing, con las modas, con las ventas. La auténtica literatura, la buena, la de verdad, no tiene nada que ver con las listas de éxitos, con los suplementos dominicales, con las grandes superficies comerciales. Por supuesto que tampoco tiene nada que ver con los caminos mil y una veces transitados ni con lo que ya se sabe a ciencia cierta que va a funcionar. Y qué vamos a decir de la relación entre la buena literatura y los premios literarios. Por el contrario, la auténtica literatura, la buena, la de verdad tiene mucho que ver con la sinceridad, con el corazón, con la pasión. También tiene mucho que ver con la honestidad, con la valentía, con las historias que nos hacen crecer como seres humanos. Por eso existen escritores mediáticos, que salen en la televisión, en la prensa, que opinan sobre tal o cual tema en programas insulsos de radio, que venden cientos de miles de libros insustanciales, descafeinados, impersonales y firman durante horas en las casetas de las ferias del libro ejemplares de obras que jamás nadie probablemente leerá. Y luego están los escritores de raza, aquellos que amplían horizontes con cada una de sus obras, aquellos que

abren caminos que hasta ese momento nadie se había atrevido a transitar, los que sólo se preocupan por las historias que van a narrar, los que ponen toda la carne en el asador en cada nuevo libro. Existen escritores que, cuando van a escribir un libro, leen todo cuanto cae en sus manos sobre el tema de su obra. Pero hay otros escritores, que en vez de encerrarse en una biblioteca para ampliar su horizonte de sabiduría, prefieren hacer lo que se llama una investigación de campo. Pongamos por ejemplo que nuestro escritor ha decidido escribir una novela sobre la ablación en África. El escritor de raza no dudará un segundo en visitar el continente negro y empaparse *in situ* de la realidad cotidiana de la mujer africana.

Manuel Villar Raso pertenecía a este segundo grupo, al de los escritores de raza. Porque a estas alturas del partido no vamos a descubrir que Manuel Villar Raso era un magnífico novelista, pero no está de más, a veces, reafirmarse en lo evidente. Según sus propias palabras, se convirtió en narrador para superar la terrible muerte de su hermano David en la mina, acaecida cuando él era un niño de apenas ocho o nueve años. Para Manuel, la muerte de su hermano resultó un golpe tan traumático que acabó

convirtiéndolo “en escritor, pues fue tal el vacío que dejó en mi corazón, —confesaba en una entrevista— que decidí escribir con la idea de no morir del todo, de dejar algún tipo de legado que me sobreviviera”.

Sin lugar a dudas, una personalidad que podríamos calificar de polifacética, unida a su insaciable ansia de sabiduría, convirtieron a Villar Raso en uno de los grandes narradores de la literatura española de las últimas décadas. En opinión del crítico Francisco Morales Lomas, Villar Raso “nos tiene acostumbrados a una narrativa de gran calidad literaria, sin duda de lo mejor que se ha escrito en este país en los últimos veinte años.” Y para el escritor chicano Miguel Méndez, “las huellas letradas de Manuel Villar Raso brillan con luz particularísima. Como suele decirse, no requiere de escándalos para lucir.” Una afirmación que suscribimos completamente.

Pero Villar Raso no fue sólo un gran novelista: dedicó gran parte de su vida a la docencia y a la investigación, enseñando Literatura de los Estados Unidos en la Universidad de Granada a varias generaciones de filólogos, entre los que me cuento, transmitiendo su pasión por escritores inmortales como Mark Twain, Herman Melville, Ernest Hemingway, Stephen Crane y un largo etcétera; tradujo a poetas norteamericanos de la talla de Emily Dickinson o Walt Whitman (su traducción de *Hojas de hierba* para Alianza Editorial es sin ningún género de dudas una de las mejores de cuantas se han llevado a cabo); escribió guiones para documentales de televisión; dirigió tesis doctorales (por ejemplo, *Charles Bukowski, estética de un salvaje indecente*, mi tesis doctoral); colaboró habitualmente con sus certeros artículos en diarios como *Ideal* y en revistas literarias especializadas como *Ficciones*, *Hora de poesía* o *Camp de L'Arpa*, y realizó numerosas expediciones al mismísimo corazón del continente africano, “el corazón de las tinieblas”, como lo bautizara Joseph Conrad en aquella vigorosa novela que inauguró el siglo XX.

Nacido en el pueblo soriano de Ólvega en 1936, se trasladó a Granada cuatro décadas más tarde (después de haber trabajado como profesor de literatura anglosajona en Universidades como la Autónoma de Barcelona o la University of Edmond, en Canadá) atraído por la belleza y la luz del sur, una decisión que, a pesar de no haber favorecido en absoluto su carrera literaria, más bien todo lo contrario, no se arrepintió nunca de haber tomado. Su primera novela, *Mar ligeramente sur*, (Barcelona: Destino, 1976) fue finalista del prestigioso premio Eugenio Nadal en 1975, año en que se alzaría con el primer premio la novela *Las ninfas*, de Francisco Umbral. A esta primera obra le siguieron: *Hacia el corazón de mi país* (Barcelona: Destino, 1976), *Una república sin republicanos*, (Bilbao: Albia, 1978), *La pastora, el maqui hermafrodita* (Bilbao: Albia, 1978), *Comandos Vascos* (Barcelona: Noguer, 1980), *El laberinto de los*

*impíos*, (Barcelona: Noguer, 1981), *Últimos paraísos* (Barcelona: Planeta, 1986), *El último conquistador*, (Barcelona: Noguer, 1992), *La casa del corazón*, (Soria: Centro soriano de estudios tradicionales, 2001 y Granada: Ediciones Dauro, 2003), *Encuentros en Marbella*, (Salobreña, Granada: Alhulia, 2002), *La larga noche de Ángela*, (Salobreña, Granada: Alhulia, 2004), *Desnuda en lo real* (Salobreña, Granada: Alhulia, 2008), *Las montañas de la luna* (Salobreña, Granada: Alhulia, 2008), *El zulo de los elegidos* (Girona: Editorial Quadrivium, 2010) y *Las señoras de Paraná* (Sevilla: Autores Premiados, 2014).

Mención aparte merece su serie africana. Desde mi modesto punto de vista, un conjunto de seis obras que convierten a Villar Raso en un escritor de primera magnitud en la ficción escrita en nuestro idioma.

“Fui a Tombuctú en 1981 para investigar una historia inédita, la conquista del imperio songhai por 4.000 moriscos españoles, que asentaron su capital en esa ciudad en 1591. Desde entonces, y ya tocado por la pasión africana, he vuelto por Tombuctú siempre que he podido, en ocasiones solo, que es la mejor manera de viajar por África.” Este párrafo abre *África en silencio* (Córdoba: Almuzara, 2005 y reeditado en Madrid: Alianza, 2007), un libro mezcla de novela, ensayo sociológico, libro de viajes, crónica histórica, reportaje periodístico y mil cosas más. La serie africana se completa con las novelas *Las Españas perdidas* (Granada: Editoriales Andaluzas Unidas, 1983 y reeditada en Granada: Comares, 1995), *Donde ríen las arenas* (Sevilla: Algaida, 1994), *El color de los sueños*, (Barcelona: Planeta, 1998), *La mujer de Burkina*, (Oviedo: KRK Ediciones, 2001) —obra que le supuso ganar la XXII edición del Premio de narrativa Casino de Mieres— y el ensayo *Ser mujer en África* (Salobreña, Granada: Alhulia, 2005). Este conjunto de libros de temática africana hicieron de la voz de Villar Raso una de las más personales de la literatura escrita en castellano a uno y otro lado del Atlántico. A todo esto hay que sumar una *Historia de la literatura Hispanoamericana* (Madrid: Editorial Edelsa, 1987).

No obstante, dejando a un lado las obras de temática africana, en la producción de Villar Raso destaca sobremanera una novela a la que el propio autor, en un principio, no consideró entre lo mejor de su extensa obra, pero que, como ocurre con los buenos vinos, el tiempo nos ha hecho ver que era una novela soberbia. Me refiero a *La casa del corazón*, obra por la que los críticos mostraron, en el momento de su publicación, una admiración unánime. Por ejemplo, José Vicente Pascual, en el diario *Ideal*, escribió que esta “novela nos obsequia la mejor prosa castellana de las últimas décadas” Para Ayes Tortosa “Escribir de la infancia desde la madurez y conseguir emocionar requiere de un buen hacer literario.” Salvador Alonso escribía también en *Ideal*: “Manuel Villar Raso acaba

de publicar un nuevo libro en el que se remonta a su infancia soriana para construir un relato lleno de fuerza.” Antonio Chicharro se pronunciaba en parecidos términos: “Un juego en efecto es este libro, un juego a la verdad. Por eso, Villar Raso ha puesto en él lo mejor de sí mismo y lo mejor de su arte literario, con crudeza no exenta de humor ni de inteligente ironía. Ahí radica la fuerza impresionante de este arte memorial.” Andrés Calavia escribía en el *Diario de Soria*: “Villar Raso expresa a través de un lenguaje lleno de fuerza y con contundencia la vida en aquellos tiempos.” Por su parte, E. M. Vázquez en la revista *Campus* se mostraba así de contundente respecto a *La casa del corazón*: “A veces llegan a nuestras manos textos llenos de ternura, de nostalgia, de experiencias plenas de vida, de esperanza y a veces, de muerte; textos que nos arrancan sentimientos intensos que dejan un sabor en los labios difícil de olvidar, por la propia intensidad de sus líneas; textos que exaltan los más altos valores del hombre, dibujando con acertada nitidez un horizonte, en su nacimiento perdido. *La casa del corazón* es uno de estos textos. Es una bellísima novela llena de sabiduría...” No menos elogioso se muestra Francisco Morales Lomas en su libro *Narrativa española contemporánea*: “Manuel Villar Raso ha conquistado su libertad interior con esta novela. Quiero creer que es de ese tipo de novelas que uno está condenado a escribir para no reventar por algún sitio”. Como vemos, palabras merecidamente elogiosas por doquier.

Y es que *La casa del corazón* es una hermosa obra autobiográfica (aunque desde el comienzo del libro su autor nos advierte del error que cometerá el lector que trate de “identificar autor, anécdotas y personajes con seres y hechos reales, porque este Ólvega del que escribo es sólo un sueño”) salpicada con retazos de ficción, con la que el autor soriano regresó a su niñez, cuando apenas tenía ocho años, es decir, los años más duros de la posguerra, a principios de la década de los cuarenta, recién terminada la Guerra Civil. Un período terrible de la reciente historia de este país, donde la violencia, las delaciones, las sospechas, estaban a la orden del día. Una época terriblemente dura. Según contaba el propio Villar Raso en una entrevista, el origen de la novela hay que buscarlo “en una reunión de amigos”: “Allí empecé a contar historias sobre mi niñez, la escuela, mi maestro de aquellos años, que se llamaba Don Tiburcio. Los que me estaban escuchando quedaron sobrecogidos y me dijeron que debería poner todo aquello por escrito. Ahí surgió la novela.”

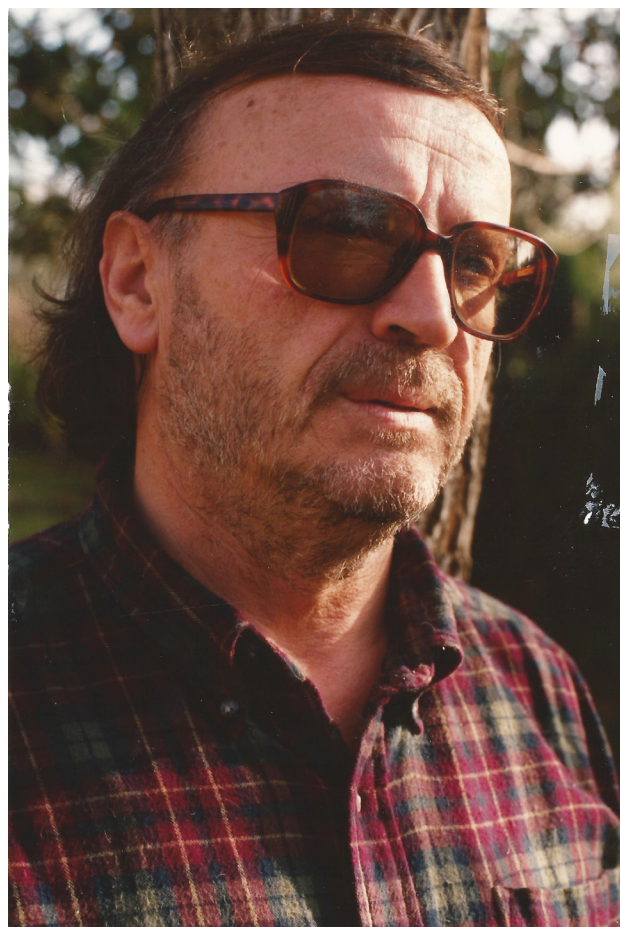
Pero dejemos que sea el autor de la novela quien nos explique qué es *La casa del corazón*:

*(...) es la tierra, el pueblo, la familia, el mundo de la niñez en los fríos años de la posguerra, en la que todo era frío y helaba el corazón. Aquel frío de entonces era un frío físico y espiritual, no sé si porque no teníamos el estómago tan lleno como ahora, en-*

*tonces la comida nunca bastaba para quitar del todo el hambre o porque llevábamos unas ropillas que no calentaban, las ropas tampoco llegaban nunca a quitar el frío. A los niños nos estaban vetados los pantalones largos y siempre teníamos frío y hambre. En la casa del padre no había calefacción y en invierno si te calentabas en la lumbre por delante se te helaba la espalda por detrás. La madre tenía que calentarnos la cama antes de acostarnos, porque difícilmente entrabas en calor. Hacía tanto frío entonces que las orejas, los muslos y las manos se nos quedaban heladas y mi madre me echaba en las yemas de los dedos el vaho de su respiración para calentarlas.*

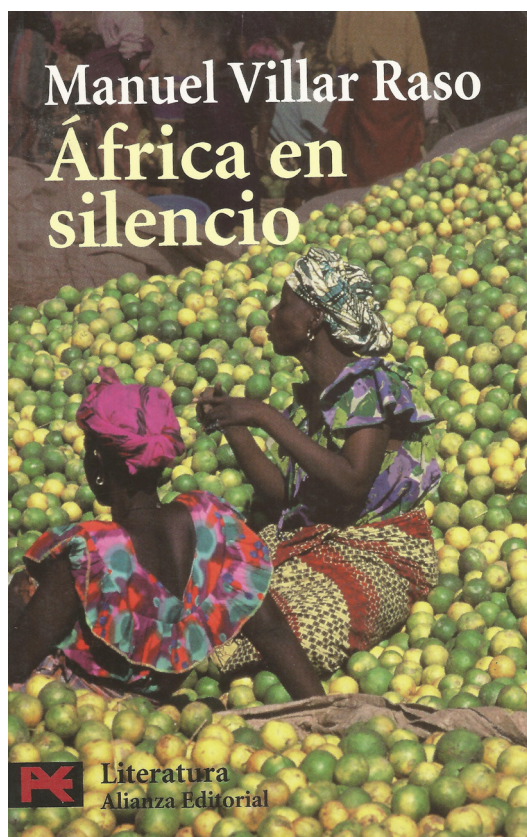
*Luego estaba la escuela, con un terrible don Tiburcio (el maestro), que podía deslomarte por cualquier cosa. Estaba la iglesia, que no sólo era fría físicamente. Era fría y amenazadora espiritualmente, con unos curas o frailes que te amenazaban con las llamas del infierno a todas horas. Así que la presencia de la escuela y de la iglesia en nuestras conciencias duraba las 24 horas cada día. Y estaba finalmente el mundo de la posguerra.*

*Hablo de los años cuarenta. El país surgido de la guerra era violento, frío, descarnado, un mundo de hombres que no dejaba espacio para la felicidad*

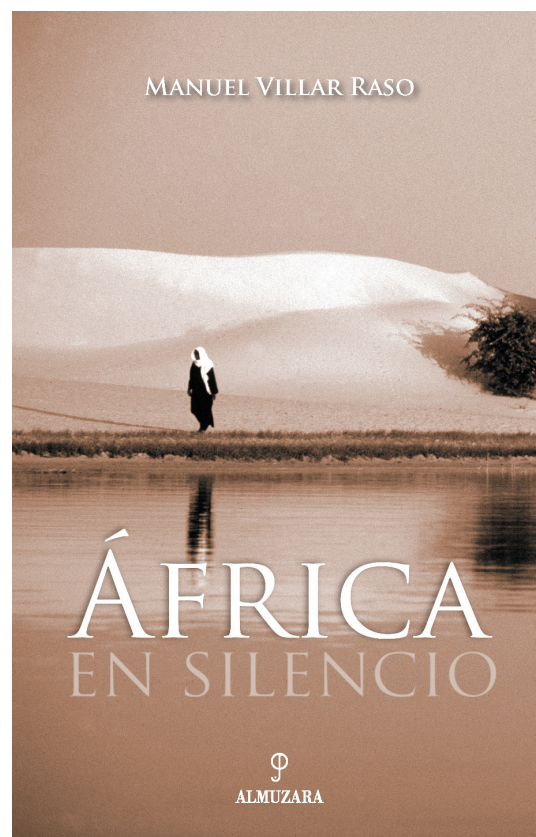


Manuel Villar Raso de pie





África en silencio, 1ª Edición



África en silencio, 2ª Edición

*y arañar la tierra o sacarle rocas de hierro a la Mina de la Sierra para subsistir es todo lo que daba la vida. La violencia estaba en el campo y en las mentes. En el campo había maquis, sacamantecas, todo tipo de terrores para los niños y La casa del corazón está llena de esas historias.*

*(...) En aquel entonces Ólvega, mi pueblo, estaba recogida en un puñado de casas alrededor de la plaza, el tiempo duraba más y los kilómetros eran más largos. Y sin embargo, cuando vuelvo la vista atrás, La casa del corazón tiene para mí un sentido ambivalente. Por un lado de ternura a pesar de lo durísima que era entonces la vida, y también de referencia continua. Cuando sueño o veo un paisaje bonito, lo que azulea en mi cabeza es la tierra de mi niñez. (...) De cualquier manera que lo ponga, nuestras raíces, nuestros gustos están en la tierra, en la familia; y lo mismo sucede con el mundo de los afectos. El corazón está en sus raíces y en la cabeza una nueva identidad, que ahora, para el hombre mayor que escribe, es Granada, mi segunda tierra y, afortunadamente, no son incompatibles.*

*La casa del corazón* es una novela coral, con muchísimos personajes, todos ellos reales como la vida misma. De esta manera, entre sus emocionantes páginas podemos encontrar al alcalde republicano represaliado, al cacique del pueblo, a los falangis-

tas, a los maquis, al maestro brutal y a un largo etcétera. Una novela que se estuvo fraguando durante más de 40 años, aunque su materialización fue muy rápida, pues su autor confiesa que no tardó más de tres o cuatro meses en redactarla. “Era una deuda que tenía con mi pueblo, Ólvega, y con mi hermano David, al que yo adoraba, y que murió en la mina, desangrado por una piedra que le partió la cabeza”, declaraba Villar Raso.

La novela narra la historia de un niño cuyo deseo más íntimo es llegar a ser escritor para poder contar aventuras como las que lee en los libros. Esto la conecta directamente con toda una tradición literaria, con ejemplos como *El retrato de un artista adolescente*, de James Joyce, o *Bless me, Última*, de Rudolfo Anaya.

Desde un punto de vista formal, la novela está compuesta por veinticinco capítulos más o menos breves entre los que se intercalan lo que su autor ha denominado “Viñetas de mi infancia”, quince en total, que nos ofrecen la particular visión del niño que fue Villar Raso y de la época que le tocó vivir. Una estructura formal que facilita enormemente la lectura, pues se nos revela ágil, rápida, a pesar de la dureza de lo narrado. Todo ello salpicado aquí y allá con una pizca de humor que nos facilita la digestión de estas terribles memorias infantiles. Manolillo, el niño-na-

rrador de ocho años, nos hace partícipes en primera persona de la vida cotidiana de aquellos años en un pueblo de Soria, a los pies del Moncayo. Una época en que la violencia era tan cotidiana como la respiración: “Te pegaban por todo: por no saber en cuántos días hizo Dios el mundo; por no saber recitar el Credo y las letanías del Santo Rosario; por no saber de memoria las tablas de multiplicar; por no saber encontrar un lugar en el mapa, que de tan ajado y manchado de tinta apenas se veía; por no saber que Franco era el hombre más importante que jamás había vivido en España después de los Reyes Católicos; por no saber quiénes eran los comunistas y si había que amarlos u odiarlos.” El niño asiste con regularidad a la escuela y ayuda a su padre y a sus siete hermanos en las tareas del campo, con las cabras, recogiendo bellotas, etc. Por las páginas de la novela van apareciendo una serie de personajes típicos de la época, unas veces pintorescos, las más de las veces dignos de compasión y lástima. Así nos encontramos con don Tiburcio, el maestro, un pobre hombre amargado y violento, cuya sola mención asusta a los niños del pueblo “porque todavía no había echado fuera el veneno de la violencia y llevaba la guerra dentro.”; don Carmelo, el cura amenazador y violento; don Evaristo, el cacique del pueblo; el padre y la madre (“Cierro los ojos para mejor imaginarla, me mira silenciosa y caigo en la cuenta de que nunca hemos cruzado una palabra afectuosa.”), y decenas de personajes a los que sólo se les nombra por el mote, algo “tan consustancial en aquel pueblo que raro era el que escapaba a él y se le conocía por el nombre de pila”: el Bizco, Cagancho, el Tartaja, el Largo, Los Tontos, el Puchero, Culacantos, Conejo, Pichadioro, la Chata, etc. Sin embargo, entre tanta desolación vital, brillan con luz propia las figuras de Carmenci-

lla, el primer amor, y sobre todo, la de su hermano David: “El único mojón limpio en el paisaje era David y yo veía por sus ojos, respiraba por su boca y reconocía como un sabueso sus pasos antes de abrir la puerta. Oía la palabra de Dios y en mi cabeza eran la misma cosa. En casa nadie, ni uno solo de los ocho hermanos ni nuestro propio padre, le llevaba la contra a pesar de no ser el mayor. Hablaba como un jefe y su figura, con todos los dientes blancos perfectos, era lo más próximo a los héroes de mis cuentos infantiles. Dormíamos en la misma cama. Ello marcaba la diferencia entre mi vida y la de mis hermanos.”

Con la publicación de *La casa del corazón* Manuel Villar Raso rindió su particular homenaje a su queridísimo hermano David, muerto, como ya ha hemos señalado, en circunstancias trágicas cuando Manuel no era más que un niño. En este sentido el libro fue para su autor como un bálsamo con un milagroso poder para cicatrizar las heridas que durante años habían permanecido abiertas. Con este artículo, por mi parte, me gustaría rendir mi particular homenaje a Manuel Villar Raso, mi profesor y mi amigo, por quien yo sentía un cariño y un respeto profundos. Estoy absolutamente seguro de que jamás hubiese sido escritor si no hubiese conocido a Manuel. Él siempre me animó a escribir y a esforzarme por mejorar, y me ayudó con sus sabios consejos y, desde el primer momento, se mostró entusiasmado con mis versos. No en vano, Manuel Villar Raso era un hombre generoso y extraordinario, con quien tuve la suerte de compartir muchos y buenos ratos de conversación, en torno a un café, y con quien trabajé codo con codo en mi tesis doctoral. Manuel Villar Raso, un profesor que me abrió muchos caminos, un amigo que me honró con su amistad, un gran hombre y un magnífico escritor.



*Manuel Villar Raso y María Dueñas en el acto de presentación de las "Señoras de Paraná" en el Paraninfo de la Facultad de Derecho. Febrero 2014.*

## EL ZULO DE LOS ELEGIDOS DE MANUEL VILLAR RASO

Víctor Córcoba

‘El zulo de los elegidos’ de Manuel Villar Raso es una historia incombustible e incomprensible sobre la psicología del terror y la situación de la España actual.

El autor, que fue finalista del premio Nadal en 1975 y distinguido con el primer premio en el Casino de Mieres, por citar algunos galardones, tiene tras de sí una importante obra, elogiada por la crítica literaria más exigente del momento actual. En cualquier caso, cada libro suyo tiene su singularidad, un mundo propio, enhebrado a un universo de tramas y confabulaciones trenzadas a un bravío mar de diálogos. Así, pues, nada tiene que ver el libro *Comandos vascos*, que publicara en 1989, con este actual. La naciente invención germina de manera natural, porque el autor es de un pueblo de Soria que ha tenido a uno de sus hijos más preclaros, Emiliano Revilla, preso por ETA, durante un puñado de días. Su obsesión literaria ha sido ahondar en lo que puede pasar por la mente de una persona privada de libertad y recluida en un mínimo espacio.

El creador de la novela tuvo que imaginar un personaje (Santos Rivera), que en el fondo es resumen de todos los secuestrados por ETA, de ahí que el volumen vaya dedicado a todos ellos, culpables e inocentes, con la esperanza de que esta tragedia brutal y sin sentido, finalice de una vez por todas.

Un drama complejo, el secuestro, cuyo objeto inmediato es crear pánico, puesto que tiene como efecto la destrucción y como afecto el odio, es una de las modalidades criminales más antiguas y crueles que haya concebido la humanidad, lo que añade su vigor dramático.

En *El zulo de los elegidos* hay algo más que la historia de un secuestro. A la salida del hotel Borges,

en Madrid, donde el empresario Santos Rivera acostumbraba afeitarse cada mañana, un comando de ETA lo introduce violentamente en el maletero de un coche y despierta en un zulo de 2,60 por 1,80 metros. Será una intensa y extensa pesadilla la vivida por el secuestrado, a menudo sin luz, sin agua y sin comida. Sólo hay una manera de soportarlo y es mantenerse ocupado a base de una dura disciplina que se vierte en la novela: igual hace ejercicio físico que pinta o camina, en su imaginación, quince o veinte kilómetros por los bosques de su tierra. El zulo convertirá a este hombre incansable en una personalidad genial: consigue que los terroristas le suministren papel y lápices de distintos colores, lo que le lleva a pintar una galería de retratos, bodegones y naturalezas muertas, que causarán la admiración de la crítica.

Manuel Villar Raso, conocedor de África como pocos, que le ha llevado a escribir cuatro novelas sobre este continente, nos vuelve a sorprender con esta novela ardua y comprometida, pero así son todas las novelas interesantes, en especial en este tiempo de atonía en la que lo único que vemos en el mercado son novelas históricas o sobre la dulce burguesía reinante. El volumen parte de una cita de J.M. Coetzee: “los terroristas están dispuestos a matar todos los días y, si siguen viviendo en sociedad, es con la sola idea de destruirla”. Es elogiable la manera con la que entra en el pensamiento de un rehén que tiene su vida pendiente de un hilo y que no pierde la esperanza de sobrevivir. No sólo despunta en esta novela la imaginación del personaje —el empresario Santos Rivera—, que acabará convirtiéndose en el novelista de su drama personal, sino que también destaca el clima de inseguridad y tensión que se vive en todo momento ante la posibilidad de una repentina muerte en mano de los terroristas.

Las lúcidas observaciones del autor y los diálogos con los terroristas, tejen una historia apasionante sobre la indignidad humana.

Sin duda alguna, el novelista a través de *El zulo de los elegidos* cautiva y cultiva el suspense y sus emociones caminan asociadas al miedo que supone vivir tantos días en un agujero. Es cierto que en sus páginas se vierten los riesgos, pero también la ficción con sus guardianes e incluso el erotismo con Ido y Miren.

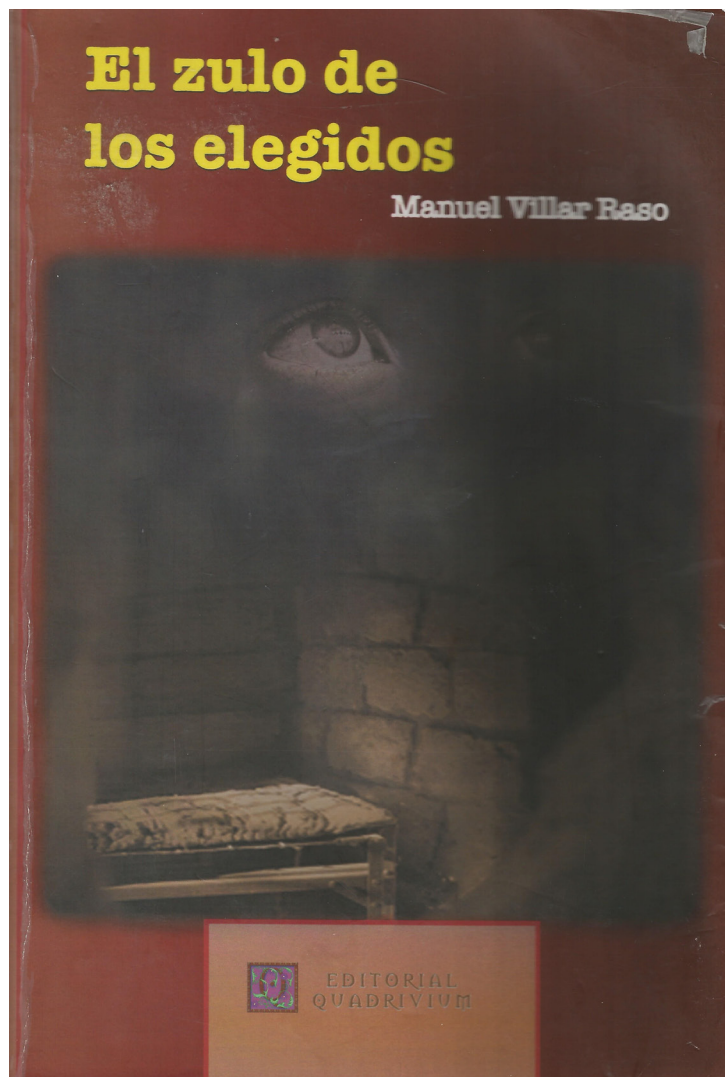
La novela no injerta discursos, ni propagandas sectarias, solamente describe el acontecer diario de una vida humana, la de Santos Rivera, privado de libertad, que ya nunca más podrá olvidar los días y las noches en el zulo, y la fisonomía de una muchacha de pelo castaño que venía a verlo a todas horas y que

siempre le sonreía. Asimismo, a lo largo de la historia novelada, es muy fuerte la reacción psíquica en la cual el protagonista desarrolla una relación de complicidad con quienes le han secuestrado. Manuel Villar Raso expresa así el síndrome de Estocolmo y una historia verdaderamente angustiosa de cambios de comportamientos, como si de una guerra psicológica se tratara.

De ahí el espectacular título de esta significativa novela que a ningún lector va a dejar indiferente.

3 de mayo 2010

Cambio 16



"El zulo de los elegidos"

# MANUEL VILLAR RASO O LA NARRACIÓN ENTRE SORIA Y GRANADA

---

Antonio Chicharro

Quiero sumarme a estas páginas dedicadas a nuestro escritor y académico Manuel Villar Raso con la recuperación de dos artículos periodísticos que escribí para las páginas del diario *Ideal* de Granada en 2001 y 2004 dedicados respectivamente a sus obras *La casa del corazón (Cuentos de Ólvega)* y *La larga noche de Ángela*.

## EL ARTE MEMORIAL DE VILLAR RASO

Lo mejor de la literatura se resuelve en distancias cortas, esto es, en lo que pasa entre quien escribe y su escrito y lo que acontece entre ese escrito y el lector. Todo lo que ocurre alrededor de estos actos fundantes cumple otras funciones de alto, medio o bajo vuelo, incluidos por supuesto artículos mediadores como este mismo que escribo. Digo esto porque lo importante no es que se hable de un libro o de un escritor, sino que ese libro y ese escritor existan y se encuentren accesibles. En algún cruce espacio-temporal se ejecutará a su manera la recepción lectora y una vez más alcanzarán vida los personajes y las historias de papel y los paisajes y el tiempo de palabras: es éste el mejor y más largo reconocimiento de una labor creadora. Lo que define por tanto a las obras literarias es su singularidad y a un escritor, tener una voz propia e historias que contar con su especificidad estética. Por eso, la literatura es asunto más cualitativo que cuantitativo.

Por esta razón, aunque podamos imponer ciertos órdenes explicativos y clasificatorios entre obras y autores, éstos nunca prevalecen sobre los mismos. Según este razonamiento, las listas de libros más vendidos y las clasificaciones olímpicas de escritores son, al menos para mí, papel mojado.

En este sentido, tras haber leído *La casa del corazón (Cuentos de Ólvega)* (Soria, Centro Soriano de Estudios Tradicionales, 2001), de Manuel Villar Raso, poco me importa saber si este escritor granadino originario de las tierras sorianas es más o menos famoso o ha recibido últimamente algún premio literario, que lo ha recibido por cierto, porque este libro ha sido *mi libro* durante las cálidas horas de nuestra relación y en él he reconocido una obra genuina y a un escritor verdadero. Todo lo demás es ruido. Mi reconocimiento ha quedado rubricado con la llegada hasta la última de sus 215 páginas en tipo menor y con el recuerdo de las emociones e inquietudes que su lectura me ha suscitado. Esta es la razón de que nuestra aguja de navegación literaria se detenga en él.

El libro, dividido en dos partes, consta de cuarenta cuentos que, sin perder su propia autonomía narrativa, van conformando en su sucesión el relato de los duros años de infancia vividos en plena posguerra y en el pueblo castellano de Ólvega por un personaje, Manuel, trasunto del autor, alcanzando

así una unidad superior. El primer cuento, «Nada como tu olor me place», deja claramente establecidas las condiciones de un pacto con el lector al plantear la necesidad de activación de la convención de recepción ficcional:

Al ser quien esto escribe —dice el autor— de ese pueblo soriano, llamado Ólvega, mal harán quienes lo lean en identificar autor, anécdotas y personajes con seres y hechos reales, porque este Ólvega del que escribo es sólo un sueño [...] Tan sólo será cierto en la mente.

El último, «De la cuna al mundo», cierra las memorias del protagonista y narrador, que habla en primera persona, una vez que abandona el pueblo para iniciar una nueva y decisiva etapa en su vida, la de estudiante. La ancha parte central la ocupan los relatos en los que, por lo general, personajes populares, desarraigados o marginales, así como ordinarios y extraordinarios sucesos acontecidos en el pueblo van alcanzando en la voz de este personaje y narrador, cuya escrutadora mirada no abusa del resentimiento ni elimina la compasión, ni la ternura ni el ocasional lirismo, su respectivo protagonismo narrativo, tales como el maestro, un triple asesinato, los compañeros de escuela, Carmencita o el amor infantil que la muerte truncara y el protagonista revive a placer en sus sueños diurnos, el cacique, la madre, el padre, el personaje-héroe de su hermano David que fluye por muchos de los relatos, los abuelos, el cura, el campo soriano y sus animales, entre otros muchos que conforman un friso narrativo de un tiempo oscuro, en el que la carencia era la medida de todas las cosas, materiales y no materiales.

El autor recurre a los recuerdos de aquel tiempo, a la memoria de sus experiencias —reales, soñadas, fantaseadas y deformadas, porque la memoria se mueve— vividas a lo largo de aquel largo invierno de varios años para levantar el armazón de sus historias y construir la suprema verdad de su ficción. No es por tanto un libro de memorias al uso. No tiene tanta importancia la serie de hechos que pueda estar en el origen de la narración como el resultado y verdad artísticos de la misma. Esto explica que en muchos de los cuentos se trenzan narrativamente hechos verosímiles e inverosímiles y que el modo realista adoptado para su escritura, lo que incluye el uso de cierto léxico popular castellano, etc., cargue apropiadamente la mano en el feísmo como recurso estético y en los trazos expresionistas cuando no meramente mágicos para lograr su propósito. Esto explica también que el libro todo termine hablando de algo más que de las peripecias vitales de un niño despierto que mira sorprendido y atemorizado su mundo inmediato, el universo de Ólvega. Este libro es concreción estética de la memoria histórica de niños y adultos que, sin voz y sin más que la tierra debajo de sus pies, vivieron en la España de un tiempo de silencio, un libro en el que se ajustan cuentas con el autorita-

rismo y la violencia, la explotación y la hipocresía, la mudez de Dios y sus vicarios, la sinrazón fascista y el secuestro de la infancia, con la maestría narrativa de quien adopta el arma letal de la mirada ingenua del personaje de un niño de nueve años que se enfrenta a la vida y la muerte como un juego, que provoca la risa tanto como una honda tristeza.

Un juego en efecto es este libro, un juego a la verdad. Por eso, Villar Raso ha puesto en él lo mejor de sí mismo y lo mejor de su arte literario, con crudeza no exenta de humor ni de inteligente ironía. Ahí radica la fuerza impresionante de este arte memorial.

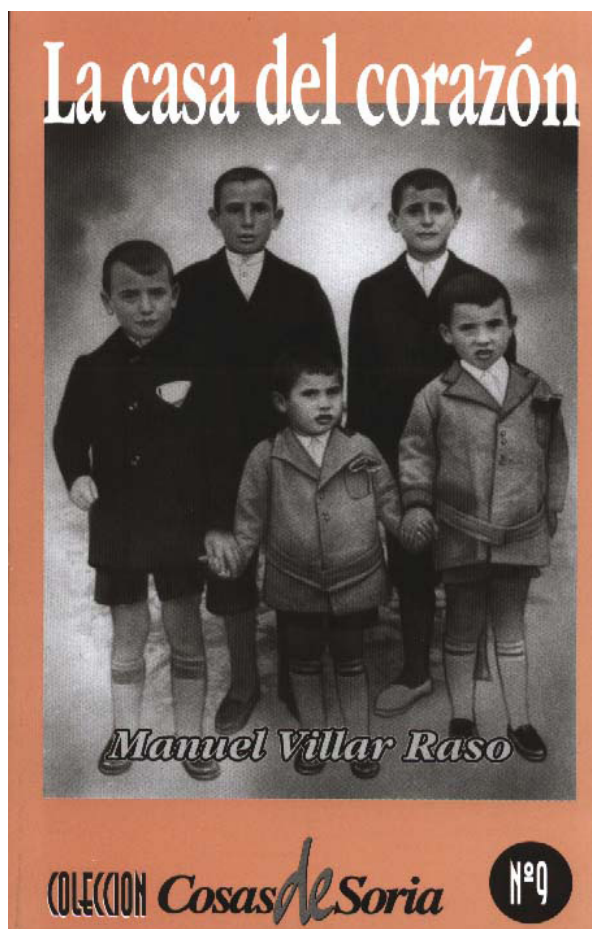
#### UNA GRANADA DE NOVELA

«Hay muchos mundos, pero en aquel entonces todos estaban en Granada, ciudad imaginaria y paraíso cerrado e inigualable en el espacio y el tiempo». Esta cita, que tomo del primer capítulo de *La larga noche de Ángela* (Salobreña, Alhulia, 2004), hasta ahora última novela de Manuel Villar Raso, pone sobre la pista del protagonismo que va a alcanzar en dicha novela Granada, la Granada de todos nuestros días y nuestras noches, la Granada de los luminosos marcos incomparables —sobrecogedores— en lo natural y en lo artístico, pero también la oscura y vulgar Granada de las gentes que viven y mueren, que luchan por la vida o dan la muerte. Las ciudades también se habitan en el tejido de las palabras y de las historias contadas. Y hay una Granada fingida y ficcional, de la que tanto sabe el maestro Francisco Izquierdo por cierto, que es tan real y verdadera como la ciudad que pisamos cada día.

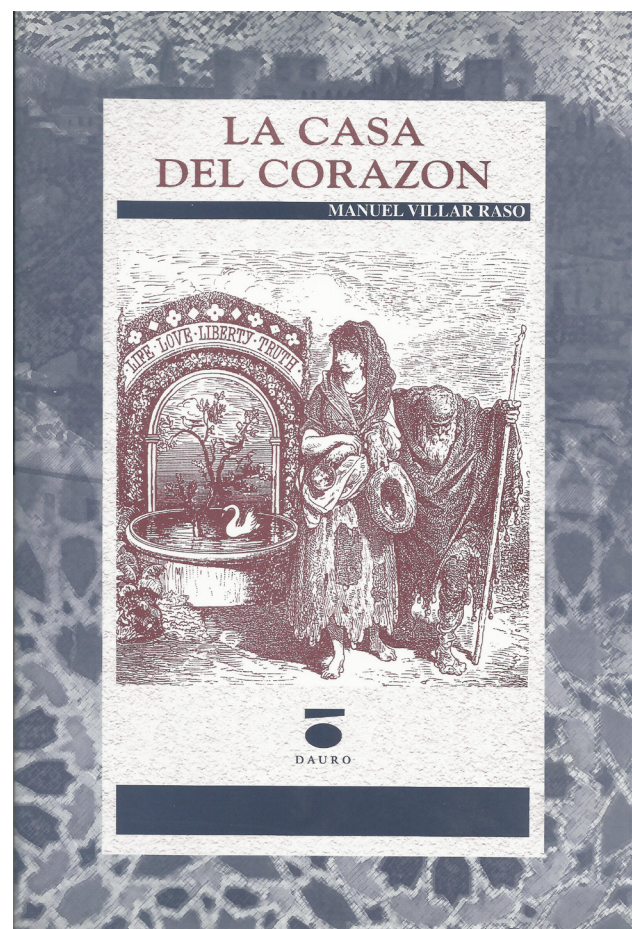
Vengo leyendo a Villar Raso desde hace años. Siempre vi en él a un novelista sin adjetivos, a su modo heterodoxo, capaz de levantar con las piedras de las palabras el edificio de una novela habitado por una historia bien trabada —ahí quedan sus novelas de perseguidos y fuera de la ley, las de asunto histórico y las del ciclo de África—; pero nunca había experimentado la fruición lectora suscitada por la experiencia literaria de lo próximo que, tan ausente y paradójicamente lejano por naturalizado y común, se nos ofrece, como en este caso, para ser (re)vivido en el espacio de una novela. Claro que este es un aspecto que yo valoro interesadamente por mi condición de habitante de esta ciudad, lo que no quiere decir que no me haya atraído la dura historia contada y tenido en vilo el extraordinario uso que hace el autor de la intriga en su proceso narrativo. Pero cuando asisto a la descripción de mi propio espacio universitario, o me encuentro con personajes y asuntos novelescos alimentados en su existencia irreal por las figuras de personas y hechos que conozco, o bien miro las altas crestas verbales de la sierra hermosamente trazadas por el novelista, el lector comprenderá la raíz de mi añadido interés. Al fin y al cabo, todo lector lee para sí.

Claro que eso no debe hacer suponer que las 275 páginas de *La larga noche de Ángela* sean una suerte de doblez verbal de una ciudad como la nuestra en sus mejores escenarios. Más bien son resultado de una indagación y un modo de exploración mediante la ficción en la vida y sus irresolubles y turbadoras paradojas. A la postre, el arte literario es un juego, sí, pero un juego a la verdad. Ahí alcanza su sentido la construcción del personaje central, Ángela,

personaje al que nos conduce el personaje pictórico de la cubierta del libro que parece responder a algo más que a una ilustración del artefacto de papel, y la pesadilla de muerte que vive en lo que es un periodo oscuro y trágico de su vida —de ahí el título— que en todo caso cuenta con un tibio y sereno amanecer. En esta novela conviven el cielo y el infierno, el amor y la muerte, la fuerza de vivir y la derrota y una Granada luminosa y oscura, una Granada de novela.



"La casa del corazón", 1ª Edición  
Cosas de Soria



"La casa del corazón", 2ª Edición  
Editorial Dauro





*Placa con el nombre Manuel Villar Raso en la biblioteca de Ólvega, Soria*

---

# A MANUEL VILLAR RASO. IN MEMORIAM

---

Francisco del Valle

LA MAÑANA .  
NOVIEMBRE 1996...

Era una mañana fría de finales de Noviembre del 1996. Facultad de Filosofía y Letras. En estos casos... siempre me gusta recapitular. ¿En qué casos? En estos casos... Esperaba a Villar Raso en la Cafetería. Andrés Cárdenas, un amigo común, había concertado la cita. Como Coordinador del **Congreso de Narrativa Andaluza** pretendía invitar a los escritores más relevantes del momento. Sonrisa amplia, ojos penetrantes, actitud cariñosa, pero a la vez distante, de respeto aprendido de castellano viejo. ¿Qué tal, Paco?, rompió el hielo y me pareció conocerlo de toda la vida. Después comprendí que la influencia del campo puede hermanar a un soriano con un granadino. Hablamos un poco de todo con las inevitables interrupciones de los/las alumnos/as que venían a preguntar por la nota, por el examen o incluso por gusto de saludar a su profesor. Hablamos de todo, de gustos literarios, coincidentes, por cierto. Aceptó encantado participar en el Congreso. Se quedó parado, entornó los ojos y me dijo, no te embarques en la realización del Congreso si no cuentas de antemano con el apoyo económico del Ayuntamiento. Porque tú eres el que invitas a los escritores, añadió para mitigar mi sorpresa. Y me contó la mala experiencia que había tenido en el **Congreso Chicano** con el Ayuntamiento de Granada. Nunca agradecí tanto un consejo. Fue uno de los graves problemas que tuve y que logré superar con mucha dificultad. También me

dijo, lo recuerdo bien, que ese epíteto de “andaluza” aplicado a la narrativa podría ocasionar algunas fricciones. Así fue. Hubo enconadas discusiones entre detractores y defensores del andalucismo, polarizado este en la enumeración de escritores narraluces, hasta que Francisco Ayala sentenció en la clausura del Congreso, “la Patria del escritor es el idioma”.

## LA APORTACIÓN DE VILLAR RASO EN EL CONGRESO DE NARRATIVA ANDALUZA: SU CONCEPCIÓN DE NOVELA.

De todas las Ponencias presentadas, -Caballero Bonald, Eslava Galán, Pérez Reverte, A. Enrique, Justo Navarro, A. Soler.... Francisco Ayala- destaco la de Villar Raso “Narrativa y lazos con la Poesía” en la que describe la nueva novela, diferente de la realista del XIX, aunque nada tiene que ver con el “Nouveau Roman” francés de Robbe-Grillet, una concepción de novela intimista, subjetiva, próxima de la poesía. ¿Prosa poética? Sí. En efecto, “Esta prosa poética o lírica, como la llama Ricardo Gullón, -dice Villar Raso- es un nuevo modo de percepción y una técnica moderna de novelar.” Por ello, cita a J. Ramón Jiménez, a G. Miró, a Juan Rulfo, a T. S. Eliot, Virginia Woolf...

Para Villar Raso lo esencial es la forma de narrar, de crear imágenes, sentimientos, de “desvelar

en definitiva el corazón del lenguaje, su belleza” (cito textualmente) Esa apuesta clara por la forma en detrimento del fondo, o mejor dicho como transformador de éste, le aleja de la novela de acción, de la novela llamada social.”El arte –se refiere aquí al literario- está estrechamente ligado a la belleza del lenguaje.” Y ello, afirmado en 1996 tiene plena vigencia 20 años después, en 2016. No se trata de desarrollar la intriga, ni de buscar la acción, sino de transmitir la emoción. “En la prosa de Juan Ramón Jiménez, -dice Villar Raso- la naturaleza es animada, los árboles hablan; usa medios de expresión nuevos, que parecen atentar contra la realidad y que producen impresiones, sensaciones y emociones que transforman lo real en su esencia gracias al lenguaje poético, a la palabra y a su intensidad verbal. T.S. Eliot nos da incluso una mayor intensidad de sentimiento y convierte la vivencia en experiencia poética”.

#### **LA TARDE. EL MOMENTO. 23 DE NOVIEMBRE DEL 2015.**

En la ponencia citada, dices que “El arte es la eternización del momento.” - ¿Y qué es el momento, Villar Raso?, pregunto. Un intento de extraer de una situación concreta la idea de totalidad. Bien. Eso es lo que ambiciosamente pretendo ahora en el doloroso y cercano 23 de Noviembre del 2015...

... Siempre en esa situación reconstruyo toda la vida desde el inicio, en este caso desde que nos conocimos en la Facultad en 1996. ¿En qué situación? Me preguntas. Pero, es que no lo sabía... y tampoco lo sé ahora.

... Había una herida en el paisaje. La tarde vencida. El viento cansado. La luz asomada al abismo. Y la imponente Sierra Nevada, que siempre apacigua el paisaje... agrandando las sombras hasta el infinito. De haberlo sabido podría haber ido para hablar del momento, del instante, pero me... enteré mucho después y nunca podría haber imaginado sabía que la tarde pretendía cerrar los ojos del sol... Nunca.

... Me asomé de nuevo a la tarde, vi con dolor la herida del paisaje, las interrogaciones colgadas en los últimos filos del abismo, en el otro lado del horizonte, allí, donde ya no se ve la luz porque, porque.... Desde aquí ya no se ve nada.... Es muy de noche, Manolo.

Sólo hay recuerdos, queridos recuerdos que demuestran,... que dan vida. Y eso me consuela, nos consuela. Y también allí, en el calendario... tinieblas, tinieblas en este ya oscuro 23 de Noviembre del 2015.

6 de enero del 2017

## EN TORNO A LA CASA DEL CORAZÓN

---

Julio Alfredo Egea

*A*ra mí Capitán y Maestro en aventuras. Manuel Villar Raso, al que mucho aprecio, no creyendo –como ha difundido un tal Rafael Guillén– que pudo llevarnos a la muerte en una expedición a Mauritania, que quedará a través de los siglos, como gloriosa conquista del ser humano. Quizá ese sufrido expedicionario y famoso poeta tenga la impresión de haber conocido este siglo milagrosamente después de aquella aventura, y por eso haya dicho esas cosas. Yo tengo esa misma impresión, de haber llegado milagrosamente a este siglo XXI, después de tan heroicas peripecias, pero creo que el peligro pasado fue por causa de un pequeño olvido de tan glorioso capitán: al salir de casa para encaminarse a cruzar el Gran Desierto, dejando la brújula y el plano-que había preparado la noche anterior-olvidados encima del piano. A cualquier le pasa...¡Con las cosas que dejaría olvidadas Cristóbal Colón...!

A pesar de lo que ha dicho Rafael Guillén, querido Maestro y Capitán, los dos habríamos salido dichosos muriendo a tu lado, durmiendo a tu lado un sueño eterno dentro de una duna dorada.

Estaríamos dispuestos a repetir la aventura, con la sola condición de preguntarte a la salida si olvidabas algo..., y yo llevando mi escopeta, una brújula (por si se escacharraba la tuya), y un tractor con remolque lleno de vino y cerveza refrigerada.

Me llegó tu libro “La Casa del Corazón”, querido Manolo y he tardado mucho en leerlo porque al venirme al pueblo, después de muchos meses fuera, tenía aquí dos sacos de libros y cartas. A esto se junta la circunstancia de las enfermedades familiares y mías, la atención a mi madre (que pasa por ahora tres meses en mi casa), etc. Ya lo he leído con el sosiego preciso, apasionándome con su lectura desde la primera página. Como eres un excelente narrador, se disfruta mucho con tus relatos, aunque te distancias de tus predilectos temas africanos.

Es un libro estupendo, aunque bastante desgarrador, con mucha fuerza y dureza. ¿Hasta dónde lo biográfico y cuánto es lo añadido? De todas formas se deduce que no tuviste una niñez muy feliz y que los ambientes no eran buenos. Yo siempre advertido al lector y señalo diferencias sobre ese asunto, separando lo biográfico de lo fabulado, aunque otra cuestión es que el cuento siempre tenga tras de sí un anecdotario real, vivido u oído. Yo tuve una feliz niñez antes de la guerra, en los descubrimientos de la naturaleza, de la amistad, de la poesía de las cosas... También había algún maestro que daba un reglazo en la palma de la mano, pero me quedó más el recuerdo de maestros ejemplares. En mi niñez de la guerra, tuve, eso sí, el descubrimiento de la crueldad, vista u oída, pero mucho más tuve el ejemplo de gente

que exponía su vida por salvar la de los demás, de actos de generosidad y hospitalidad sorprendente, de la gran dignidad, “cultura en la sangre”, y educación de las gentes campesinas de mi tierra, con las que siempre he convivido. Mucho se ha perdido de aquellos comportamientos por las malas cosas de la vida moderna, aunque el nivel económico sea ahora excelente. Aquella gente de mi niñez era como mucha que he encontrado en mis viajes por países del norte de África..., o en Mauritania, en donde tuve la suerte de estar contigo. Todo esto son recuerdos que me ha traído la lectura de tu libro.

A pesar del tono pesimista, quizá desmesurando malas realidades, de tus relatos, todo el mundo que los lea reconocerá al gran escritor que eres tú, y lo digo desde mi humilde condición de aprendiz. He leído el estupendo comentario que te ha hecho

el profesor Chicharro, en “Artes y Letras”. Te deseo muchos éxitos. Me gustaría hacerte algo..., aunque estoy bastante retirado de las colaboraciones en periódicos, y bastante marchito con los achaques. Deseo os encontréis bien; saludos a tu familia. Nosotros vamos tirando, aunque no estamos para cruzar ningún desierto.

Estuvo por aquí nuestro común amigo Pedro Enríquez, haciendo unas fotografías para el CD que está empeñado en hacerme.

Gracias, enhorabuena y un abrazo grande.

Julio Alfredo Egea  
Chirivel. 2 de Agosto de 2001

## IN MEMORIAM MANUEL VILLAR RASO

Manuel Galeote

*A* Manuel Villar Raso le escribí hace tres años por email para preguntarle por aquella vieja *República sin republicanos* de 1977. Le hablaba de mi atenta lectura de su otra novela *Donde ríen las arenas* (Algaida, 1994). También a finales de 2013 le conté que recordaba con agrado el viaje a Melilla desde Almería, que habíamos compartido con motivo de un acto en memoria de W. Whitman. Había transcurrido mucho tiempo. Como yo vivía en Málaga, habíamos espaciado el tiempo de los encuentros granadinos.

Me respondió por email enseguida y supe que muchos lectores le habían hablado bien de la novela de 1977, pero que por ser la primera que escribió no era su novela favorita: “Preferiría que leyeras *El color de los sueños*, *África en silencio* o cualquier otra. En fin, de momento estoy en las antípodas, *Las señoras de Paraná*, sobre Brasil, que saldrá a primeros de año, o *La guerrillera Desiré Palma* sobre Colombia”.

Algunos meses después, el programa informático *LinkedIn* (por su propia cuenta y riesgo) le remitió desde mi email universitario una invitación para establecer contacto profesional, mientras que yo estaba ajeno por completo. Lo supe por un mensaje electrónico suyo en el que se leía: “Querido tocayo: Naturalmente que me enorgullece contactar contigo”. Como se ve que *LinkedIn* insistía (porque está programado informáticamente para eso) al día

siguiente volvió Villar Raso a escribirme: “Querido amigo lo haría encantado si supiera cómo hacerlo”. Respondía a lo que *LinkedIn* remitió en mi nombre: “Manuel, añádeme a tu red de *LinkedIn*”. Ese mensaje lo tengo archivado y consta la hora: Eran casi las nueve y veinte de la mañana del 18 de julio de 2014

Después de estos intercambios seudoepistolares (y de otros que desgraciadamente no he conservado) conseguí su primera novela y volví a mi lectura de ejemplares como *Las Españas perdidas*.

Mi ejemplar de la edición de 1991 guarda primeras anotaciones de entonces: “Detrás del novelista se halla el historiador. Cuando toma la palabra, el texto brilla por la tonalidad épica que nos descubre la intrahistoria de los moriscos en África a finales del siglo XVI”. Lo escribí con lápiz, como suelo hacer sobre los libros que leo y releo.

Hay un pasaje en el capítulo decimotercero en el que oímos alrededor de las hogueras cómo se expresaban los moriscos expulsados: “Su espíritu atesora poemas y relatos épicos que cuentan y cantan con voz torpe, por el escaso dominio de la *lengua materna* [cursiva nuestra] que les va quedando, pero con tal fuerza que estremece”<sup>1</sup>.

Nuestra inquietud lingüística nos hizo prestar siempre atención a las observaciones sobre la lengua

<sup>1</sup> Véase *Las Españas perdidas*, Edición del Ayuntamiento de Cuevas de Almanzora, 1991, pág. 172. También en el siguiente enlace: <http://www.ugr.es/~mvillarr/libros/lasespanasperdidas.pdf>

y a los recursos del español (licencias de estilo) de que se sirvió Villar Raso para reconstruir la lengua de otros tiempos históricos: “Os pido que cuando vayáis al mercado no os comáis el mejor trozo de carne delante de la gente y que, al igual que tomáis sus mujeres, aprendáis la lengua del país en que estéis, que es la lengua la que embellece a un pueblo, consolida la familia y al país” (pág. 245).

Por el prólogo de *Las Españas perdidas* (pág. 9, *op. cit.*) descubrimos que fue un verano en Marrakech cuando supo que “Yuder era español, que había cruzado el Sahara con cuatro mil andaluces, la mayoría del reino de Granada”. Le contaron que en la travesía perdió un tercio de sus hombres, pero llegó hasta el Sudán (un vasto imperio en aquel entonces). “Venció allí a un ejército veinte veces superior”. De regreso a España, en la biblioteca de Estudios Árabes de Granada descubrió que

“el tal Yuder era natural de Cuevas del Almanzora, de pequeña talla y ojos azules”. En la novela se lee: “Me enteré por Alonso que nuestro cura me había apodado a mí Yuder o Yawdar, a causa de mi estatura, por significar pequeño en árabe.

—Yuder, no está mal —les dije—. Llevaré ese nombre hasta la tumba y haré que todos lo pronuncieis con respeto” (pág. 115)<sup>2</sup>.

Las sucesivas reediciones de la obra, incluida la versión electrónica que posibilita otras lecturas y nuevas operaciones informática (por ejemplo, nos facilita estudiar las variantes de estilo o de lengua), confirman la verdad del aserto: “La odisea africana de Yuder Pachá y los moriscos andaluces” se ha ganado el respeto de los lectores de Villar Raso, como el abajo firmante.

No puedo borrar de mi recuerdo que en los días de Melilla, al final del encuentro académico, hubo una excursión en la que fuimos al otro lado de la frontera y llegamos por Oujda en Marruecos al paso fronterizo de Argelia.

En el viaje realizado en compañía de bastantes amigos de Villar Raso, como el pintor Jesús Conde y mis amigos Isidro Sáez y Juan Vellido (entre otros, que lo recordarán vivamente) pudimos experimentar sensaciones varias desde una frontera a la otra, donde inesperadas bandas de críos ofrecían garrafas de combustible, como salidos de

la nada. Tuve la suerte de compartir un asiento en el vehículo con el escritor, que la noche antes había atrapado personajes para su nueva novela en el Club Deportivo Militar de la Hípica en Melilla. Recuerdo su entusiasmo cuando lo reconocía mientras sonaba la música en la terraza de verano, donde habíamos sido invitados después de pasear por la Melilla Vieja. Era de noche y en vez de descansar, como en los momentos de ocio, el novelista había despertado: escudriñaba rostros, vislumbraba personajes y tejía fragmentos de realidad en el telar de la literatura.

Fue en otro viaje, allá por 1981, cuando Villar Raso llegó al Malí y descubrió la mujer africana<sup>3</sup>. Aquellas experiencias africanas del autor le llevaron a enfrentarse a la esclavitud de las mujeres en el terreno literario. Urdió con una gran maestría narrativa (sobresaliente a nuestro juicio) la “deslumbrante historia de amor” y el “fascinante estudio sobre la liberación de la mujer” que contiene el volumen anaranjado *Donde ríen las arenas* (Sevilla, Algaida, 1994). La novedad editorial me llevó a analizar minuciosamente la historia de Assiata, la muchacha de estirpe dogón, que se oponía a la esclavitud femenina. Lo novedoso se convirtió en hallazgo feliz y la lectura se transformó en un deslumbramiento, que no se ha despintado de mi memoria. Desde el primer capítulo hay rasgos de Assiata (era la juventud y la magia) que nos recordaron algún personaje de Cortázar. Hay descripciones del ambiente que se respira en el mercado de la “Plaza de Jamaa el Fna” de Marrakech, que nos recuerdan otras de Juan Goytisolo: “La prosperidad del mercado alrededor del puerto la hizo correr deslumbrada (...) con los ojos encendidos como carbones: calabazas de colores delicados, vasijas divinas de metal, montañas de pescado seco, quesos de cabra, telas, pieles de serpiente, frutos de todos los colores (...) Las mujeres vestían ostentosos *bubús*, *santifis* y *mousors* maravillosos, recogidos sobre la cabeza en miles de formas diferentes, y piezas de oro en las orejas” (pág. 50).

En la novela desfilan las estrellas y las arenas del desierto, las ciudades de África y Europa y, por supuesto, las “Ciudades Perdidas de Mauritania”. La acción y los personajes nos trasladan entre continentes y universos, al tiempo que nos estimulan a viajar y a leer. Frente a las culturas ancestrales que desconocían la escritura y cuyas leyendas se

2 El novelista ha redactado este pasaje de otra manera, pues en la edición online se lee esta variante:

“(...) me enteré por Alonso que nuestro cura me había apodado a mí Yawdar o Yuder, a causa de mi estatura, que significaba pequeño en árabe.

—Yuder, Yawdar o Yoder, no está mal —exclamé—. Ahora reís, pero llevaré ese nombre hasta la tumba y haré que todos lo pronuncieis con respeto.” <http://www.ugr.es/~mvillarr/libros/lasespanasperdidas.pdf> (sin paginar)

3 “Fui al Malí en 1981 (...) y en ese viaje descubrí otra historia de mayor impacto humano: el problema de la mujer africana, un drama que no tiene parangón con el de los hombres. Desde entonces he vuelto por el Malí siempre que he podido, primero solo y luego con un equipo de investigadores y cineastas de la universidad de Granada con el fin de recoger en libros, documentales y fotos el extraordinario mundo de la mujer en África, sin duda los seres más oprimidos de este continente, y luego hemos recorrido con el mismo objetivo los países del Sahel, desde Mauritania al Sudán” (Ser mujer en África, Alhulia, 2005, pág. 5: <http://www.ugr.es/~mvillarr/libros/sermujerenafrika.pdf>).

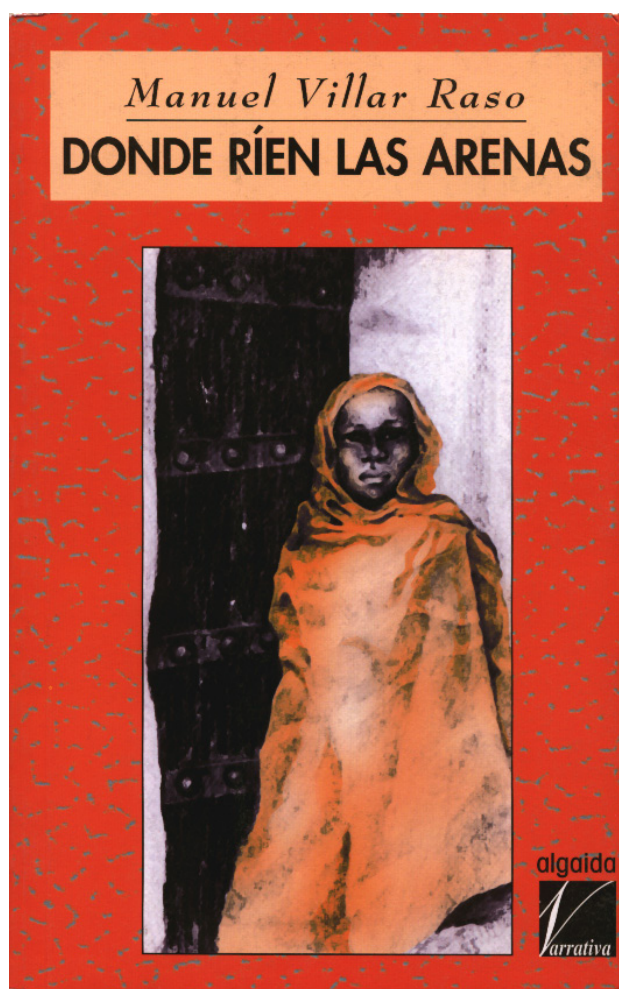
transmitían de forma oral, nosotros tenemos las tradiciones literarias, sobre todo la novela, para narrar la épica femenina de la lucha por liberarse de la explotación sexual y de la esclavitud<sup>4</sup>. Esta novela exhorta a las mujeres a tomar las riendas de los pueblos, de las familias y de la sociedad (capítulo 17) porque llegó la hora de despertar. Assiata, libre ahora, antes atada al horror y al miedo puede respirar el aire libre, bajo las estrellas en libertad.

A esta mujer, a la protagonista, se lo había dicho siempre su madre y se lo repetían las mujeres, todas, unas y otras: “Eres joven y puedes volar como un pájaro” (pág. 55). Hay impedimentos, obstáculos, pero Assiata no puede detenerse y no se detendrá. Siente que el viento le ayuda a volar y le muestra la luz de mañana que la guía. En su incertidumbre, solo tiene la certeza de combatir la explotación: “La brisa le abofeteó suavemente el rostro (...) La luna navegaba entre nubes como un barco pesado y la miraba oronda y complacida. Ella no había visto nunca un barco, pero había oído hablar de ríos grandiosos, de garzas azules y de cisnes deslizando con suavidad como los pájaros a lomos de los vientos de la *falaise* y soñaba a menudo con navegar en los vientos de la luna que le iluminaba el camino” (pág. 42).

Después de sus sufrimientos en el poblado, huye sola, en busca de un nuevo día. La huida de Assiata se nos muestra con caracteres de empresa mítica, casi una odisea: “Vivía en las alcantarillas abiertas que corren la ciudad (...) se alimentó de basura, de peladuras de papaya (...) y de los rayos del sol. Los *dogón* dicen que este lado de los vivos está separado del lado de los muertos por el cielo; pero ella pensaba que lo separaba el foso de una gigantesca alcantarilla” (pág. 54).

El nacimiento de la muchacha *dogón* lo narra ella misma al lector en primera persona y en el capítulo quinto. Este diálogo de Assiata con el doctor, Jose (escrito sin tilde), se nos antoja un acertado hallazgo estilístico, pues se enfrentan personajes que son voces o portavoces de culturas muy diferentes (occidental y africana):

—Mi padre era un árbol irregular y con muchas ramas. Todas buscaban la luz del sol (...) Yo era la más alta y fuerte, la que más luz recibía y mejor respiraba. También la que más sufría con los vientos y el frío, pero ni los vientos ni el frío me importaban. La altura de mi padre no era normal y sobresalía de entre las demás cabezas del bosque (...) Un día mi padre dijo que no podía alimentarnos a todas y que tenía que cortarme para que mis hermanas vivieran. Yo me negué, ellas lloraban, y él sin escuchar mis



“Donde rien las arenas”

lágrimas me hizo una herida horrible y me arrojó al suelo con un dolor insoportable de espaldas. Al rato sentí que algo me cogía y vi a un viejo ser humano sin pelo que me arrastraba para leña. Me metió en una casa entre paredes” (pág. 88).

Pero la relación con el doctor establece en el texto una importante ruptura con el pasado de Assiata: “El terror de los altares regados con leche de cabra, el miedo al cazador que acecha a la orilla de la *brouse*, al marido a punto de volver de una reunión nocturna, en la que los hombres han vaciado cuencos y más cuencos de cerveza de mijo y llega dando traspiés; al grito de los niños que le piden maíz” (pág. 160)

Las diferencias culturales entre los protagonistas y las distancias, en concreto, que marcan las lenguas desaparecen en una afinidad espiritual y amorosa que es, sobre todo, confluencia literaria y naci-

<sup>4</sup> Por boca de Assiata sabemos que en Africa hay millones de personas que no saben leer, con lo que “el único medio de registrar una historia es escucharla, vivirla intensamente y conservarla en la memoria. Mis gentes y yo así lo hacemos y cuando tomo la palabra me ocurre que las imágenes desfilan ante mis ojos con tanta rapidez que mi lengua se confunde y atropella por la velocidad con que suceden y luego se traba lamentablemente al describirlas. Dudo sin embargo que la escritura sea mejor que la palabra y sirva para describirlas” (pág. 285).



miento o metamorfosis: “¿Qué lengua sería la suya? Desde este momento, se dijo, no tendría más idioma y familia que el vientre de Assiata” (pág. 157).

Ha nacido una protagonista nueva (págs. 220 y ss.), que monologa en tercera persona y relata al doctor, su interlocutor lo que nosotros, privilegiados espectadores podemos oír y leer o releer: “La Assiata que conoces ha matado el grito de las cigarras (...) No recuerda a su marido y de Ireli recuerda tan sólo la tarta de pan de mijo y las mazurcas de maíz cocidas (...) No soportaba ser amada por un cerdo y que tuviera que estar condenada a las lágrimas de por vida, a no amar y ser amada, a controlarme y no poder expresar el mundo de mi corazón (...) Quería poder decir no. Quería encontrar mi voz. Repentinamente quería escaparme. Quería conocer la función de las cosas y de la palabra. Por qué la palabra era sagrada en otros y no en mí. Por qué la palabra de otros chocaba con la mía. “Tú eres mujer”, decían los ancianos, y la respuesta no me satisfacía. “Tienes suerte. Tu marido tiene un campo de ajos y cebollas” y yo no quería para mí un futuro que me confundiera con los ajos y cebollas (...) Quiero oír la voz de la mujer que calla por no saber pensar y encenderla con el fuego de la palabra. Sé pensar pero no

hablar todavía como ellas a pesar de que mis oídos son igual de finos y escuchan mejor que los suyos la respiración de los desiertos y el espíritu de nuestros antepasados”.

En fin, el novelista Villar Raso (que aglutina al explorador, al viajero, al historiador, al poeta, etc.) en *Donde rien las arenas* quiso prestar su voz a una muchacha africana, que encarna en la ficción la rebeldía y la lucha por su identidad femenina en África, mientras se enfrenta a la imparable historia de explotación, esclavitud y muerte: “Africa había tocado el fondo del dolor humano (...) el siguiente paso era buscar su liberación” (pág. 303). La vida en el desierto le había enseñado que lo peligroso es posible, y que el futuro está por construir en un continente, el africano, cuyo futuro lo sostienen las mujeres. Al final de la novela, ya renacida la protagonista y metamorfoseada en Assiata Dogo, descubrimos que la palabra *dogo* significa “la hierba que nunca muere y que cada primavera se renueva”. Villar Raso simbolizó con este nombre y apellido la historia de una mujer enfrentada a la sumisión femenina, un esfuerzo de muchas generaciones que deberán tomar nuevamente el relevo cuando llegue la nueva estación de la primavera.

## LAS SEÑORAS DE PARANÁ

---

Francisco Gil Craviotto

He aquí una novela que devuelve el gusto por la lectura, lectura a lo grande, como cuando, a leer, no se le llamaba simplemente así, sino engolfarse en la lectura. Con ella, su autor alcanza la novela cumbre de su vida. Si viviéramos en un país culturalmente decente, *Las señoras de Paraná* (Ed. Autores Premiados, 2014) se habría convertido en un acontecimiento literario. Manuel Villar Raso, Ólvega, Soria, 1936; ejerció como profesor de Literatura Norteamericana en la Universidad granadina y residió allí desde 1977 hasta el 2015. Ha sido un viajero incesante y un lector ávido. Su trayectoria se inicia en 1975, cuando, a raíz del premio Nadal de aquella convocatoria, publicó *Mar ligeramente sur*, novela yo diría entre el experimentalismo y el culturalismo de aquellos años, pero ya con el estilo sincopado y veloz, elusivo y envolvente que ha sido la marca de su producción, una veintena larga de novelas. Su inquietud por las ciudades extrañas y parajes remotos le llevó a Tombuctú a la búsqueda del rastro del mítico Yuder Pachá, y cuantos granadinos hubieron de emigrar hasta allá tras la Toma del reino en 1492 en oleadas sucesivas. Hoy, Tombuctú es una ciudad protegida por los organismos internacionales, pero, en aquellos años, apenas si se conocía más allá del nombre. Así que fue de los primeros en llegar a ella. Esto trajo consigo todo un ciclo de novelas inspiradas en África, erigiéndose en verdadero adelantado al adentrarse no sólo en sus misterios, sino en el palpito de su vida más interna y desgarrada. Novelas

como *El color de los sueños* o *La mujer de Burkina* pueblan este mundo de la decrepitud y el desamparo sociales.

Corriendo el tiempo, y tras un buen rimerero de novelas diversas, desde temática urbana a la memoria de la infancia rural, Villar Raso, como por destino natural del tránsito de la negritud hacia el Nuevo Mundo, recaló en Brasil, y aquí encontró la historia que nos narra, oída en lo germinal a una mujer llamada Silvana, a quien conoció en sus andanzas por aquella tierra en compañía de su hijo Eloy, historia que ha ido transformando en pieza narrativa de primer orden. Su argumento él mismo, a través de la narradora, cuya voz se extiende por más de trescientas páginas, nos lo resume así: “Gabriela le había dado catorce hijos a su Ignacio Coimbra y nunca le amó. Eliana no llegó a perdonarle a Césare su desenfreno sexual con las ramerillas de Curitiba y las campesinas de San Geminiano, y nunca llegó a amarlo, aunque tuvo con él dos hijos. Marcela jamás quiso a mi papá Vincenzo Agnelli y nada más triste que este fracaso para él, nada más traumático para ella que casarse con un hombre a quien no amaba y con el que tuvo tres hijas”. Una de estas tres hijas, Rossana, es quien narra la historia. Que tiene en la cadena sexual de tres formidables hembras su sustento, y en el amor marital quebrado el ámbito en el que se desarrolla. Con un antes, los amores de don Pedro de Oliveira con su esclava prodigiosa Sebastiana Vellozo, y el choque emocional que supuso la venganza en

ella de la que fuera su verecunda legítima Ana dos Praceres. Y un después, los fantásticos amores de la propia Rossana (hija de Marcela, nieta de Eliana y biznieta de Gabriela) con el micólogo Jan Van Rijsted y el ornitólogo Édouard Baulieu en la Ilha do Mel, un paraíso de la vida primigenia. Las mujeres desquiciadas a lo divino de esta maravillosa historia se casan con quienes no quieren y aman a quienes no deben, según las estrictas normas morales de aquel tiempo. Y todos los amantes son, además de alemanes la mayoría de ellos, afectos al mundo natural. El contraste entre la temperamentalidad estricta de ellos y la generosidad sensitiva y sexual de ellas, más la disparidad entre sus tipos de inteligencia, sagazmente intuitiva en ellas y pragmática e incolora en ellos, conforma la trabazón psicológica de estas páginas siempre al filo de la devastación amorosa.

Escrita con pasión, y tesón, con frases breves, punzantes, y un ágil y endiablado ritmo, con imágenes que impactan como piedras, con su misma contundencia, transiciones rápidas y eficaces asíndetos, y un aire de fascinación que todo lo transforma, traza su autor esta obra maestra en donde tragedia y ensueño conviven, como el odio y el amor más desahorados, pero también la soledad que queda tras el fuego que consume la vida en las mujeres, y el olvido que afecta a los hombres que amaron sin ser correspondidos. Un fastuoso lenguaje acompaña el mundo vegetal y animal de aquellas tierras pobladas de pájaros exóticos y árboles milenarios en la Ilha do Mel, pero también en las inmediateces del Iguazú, y en los parajes entre Curitiba y Paranaguá, documentación de la que el autor hizo asunto exhaustivo, al tiempo que hurga en lo más ignoto de la condición humana, adentrándose, con el hilo de la saga femenina, en los orígenes de aquella gran nación, fundada en la esclavitud transatlántica, y hasta finales del pasado siglo, con sus excéntricas guerras de antepasados, sus negocios efímeros, las ruinas comerciales repentinas, las ambiciones, los sueños, la conmoción de amar, la premura por vivir y morir.

Pero lo esencial aquí ha sido la inventiva. Trepidante la acción, detalladísimos los resortes emocionales que la propician en hombres y mujeres, se ramifica en mil peregrinos incidentes, se exfolia en una diversidad de registros tal que la sorpresa es continua, y la admiración, duradera. ¿De dónde le viene a este escritor su inventiva poderosa e in-

acabable? ¿Cómo es posible que se mantenga en tensión que no decae capítulo tras capítulo? ¿Cómo ha conseguido ahondar tanto, y certeramente, en la psique femenina? Todo aquí se orquesta armoniosamente en los elementos argumentales que la constituyen, en tanto que el lenguaje se acompasa a la melancolía a la que el paso del tiempo induce. Mujeres como Gabriela, que en la pobreza extrema cuida de su padre don Serafim, enfermo desahuciado con treintaitantos años, como Eliana, botánica y repostera, tan fuerte de voluntad como decaída de cuerpo, o como Marcela, casada contra su voluntad con un empleado de hotel y condenada por ello a los amores inestables de por vida, acabando en la demencia, pero hombres también como Joao, que terminó de ermitaño tras una vida errante y misteriosa, o como Césare San Geminiano, cuyo desamor de Eliana le sume en desesperación silenciosa y resignada, hasta la disolución de su identidad, o como Ralph Friedman o Herbert Weigel en quienes se opera la fuerza amorosa de estas mujeres excesivas, quedarán en el recuerdo como que tan vivas son y tan vividas parecen.

¿Realismo mágico? Lo que esto es, en definitiva se refiere al lenguaje en relación al tiempo. El Tiempo se dilata en el realismo mágico, de manera que el lenguaje ha de abarcarlo con perspectiva amplia de los tiempos verbales y la concatenación de objetos sugestivos: los acontecimientos, así, quedan subsumidos en una atmósfera irreal, pero a la vez tan cercana que los hace posibles. Y por increíbles, no dejan de ser verosímiles. Es un procedimiento, el realismo mágico, mediante el cual el autor sitúa al lector en una disyuntiva permanente: lo que parece, es, pero lo que no es también lo parece, cierto. Y consecuentemente, en estas páginas resuena García Márquez, pero también Carpentier (que se refería al realismo mágico, que él inició sin saberlo, como "lo real maravilloso"), aunque la voz que a mí al menos me ha sacudido es la que me llega de Jorge Amado, el grandísimo escritor que fundó su mundo en Bahía, mientras Villar Raso actúa mucho más al sur, la región del Paraná. Un Paraná cuyas señoras para siempre serán las de Manuel Villar Raso.

Esta última obra publicada da fe, una vez más, de la brillante escritura de su autor.

Manuel Villar Raso, miembro distinguido de la Academia de Buenas Letras de Granada.

## EL COLOR DE LOS RECUERDOS: HOMENAJE A MANUEL VILLAR RASO

---

María Herrera-Sobek

Hay momentos en la vida que la fortuna nos sonríe y nos brinda la oportunidad de conocer una persona inolvidable, ya sea por la fuerza de su gentil personalidad, su manera de disfrutar la vida, o por su genio de escritor y experto en diferentes literaturas nacionales e internacionales. Yo tuve el gran placer de conocer a tal persona en la figura del Dr. Manuel Villar Raso (1936 – 2015): respetado catedrático de la Universidad de Granada, estupendo novelista, y apreciado amigo de muchos de nosotros en el campo de la literatura y estudios culturales. Su interés en la literatura de los chicanos, o mexicano-americanos, lo motivó a organizar un congreso internacional en la Universidad de Granada en el año de 1998 juntamente con la Doctora Rosa Murillo Sánchez. Fue un Congreso altamente elogiado donde nos reunimos más de 150 profesores, novelistas y estudiantes de diferentes partes de Europa y Estados Unidos para presentar ensayos sobre la literatura chicana. Manuel y Rosa fueron excelentes anfitriones; la gastronomía de Granada se dio a relucir y todos los participantes estuvimos de acuerdo con la frase acuñada felizmente por Manuel de que “¡Se come bien en España!” Y nosotros contestamos, “¡Claro que sí!”.

En ese encuentro literario y cultural maravilloso disfrutamos de paellas, de las famosas y deliciosas tapas, de vinos blancos y tintos y mucho más. Fue un Congreso fabuloso donde el novelista Miguel Méndez de Tucson, Arizona, nos divirtió con su eru-

dito dominio del lenguaje castellano. Igualmente, el famoso escritor Texano, Rolando Hinojosa-Smith lució su excelente conocimiento tanto del inglés como del español. Todo esto se lo debemos a la excelente organización de Manuel Villar Raso y Rosa Morillas Sánchez.

Las ponencias del Congreso fueron co-editadas por Manuel y Rosa en el año 2000 con el título, *Literatura Chicana: Reflexiones y ensayos críticos* y publicadas por la Editorial Comares de Granada. Mi ensayo fue incluido en esta edición con el título, “Folklore and Politics and the Construction of Magic Realism in Ana Castillo’s *So Far From God*.” Quizá fue mi contribución al volumen lo que le llamó la atención a Manuel puesto que muy pronto recibí la grata invitación extendida por él para colaborar en un artículo sobre la literatura Chicana. Yo naturalmente acepté de inmediato la amable invitación y me sentí muy halagada de tener el privilegio de poder colaborar con un profesor tan distinguido y reconocido tanto en el mundo de las letras españolas como en Estados Unidos dentro del campo denominado “American literature.” Trabajamos en el artículo y eventualmente fue publicado con el título, “A Spanish Novelist’s Perspective on Chicano/a Literature” en la revista literaria *Journal of Modern Literature* en el año 2002. Manuel fue un encantador colaborador: amable, gentil y con un sentido de humor muy fino y acabamos nuestro artículo con mucho éxito.

Nuestra amistad siguió su paso y nos hicimos buenos amigos. Manuel vino a visitarme a Santa Bárbara con su familia donde lo vi sólo por unos cuantos minutos ya que andaba viajando por varios lugares incluso por el norte de México. En otra ocasión, yo lo fui a visitar a Granada donde me dio una pequeña gira por la Universidad de Granada. Después me invitó a tomar un vinito en su casa donde me mostró impresionantes fotografías de la flora y la fauna de África por donde había viajado extensamente por muchos años. Fue muy agradable las horas que pasé en su bellísima casa conversando sobre su familia, sobre el arte y la literatura.

Manuel me ha dejado un grato recuerdo; me obsequió una de sus excepcionales novelas, *El color de los sueños* (1999), dedicándomela de esta manera:

“A María Sobek  
Compañera de imaginación  
Y gran amiga  
Recuerdo de Granada”

22 de mayo de 2002  
Manuel Villar Raso

Esta interesantísima novela encapsula el genio y brillantez de mi amigo Manuel. La narrativa es una especie de búsqueda del padre análoga a la novela *Pedro Páramo* (1955) del autor mexicano, Juan Rulfo o a la novela *Heart of Darkness* (1899) del escritor Joseph Conrad. El personaje principal y voz narrativa en la obra de Manuel es Marina Romero, la hija que fue abandonada de muy temprana edad

primero por su madre y después por su padre quien desapareció repentinamente sin decir nada, sin dejar pista ni huella de a dónde y porqué se fue. Un día, después de pasar muchos años, Marina recibe un paquete de su padre y decide ir a buscarlo. Este viaje que emprende en búsqueda de su padre la lleva por África y diferentes puntos geográficos y países africanos: el Sáhara, Mauritania y Malí.

Tanto el nombre Marina, relacionado con el mar, como el apellido, Romero, ofrecen al lector claves de la geografía y las “romerías” o viajes que hace el padre, Miguel Romero y su hija Marina. Es altamente interesante viajar con Marina a través de la narrativa y la imaginación puesto que estas dos entidades estimulan la inteligencia y el placer del lector. Así mismo, el lector queda impresionado por el conocimiento del arte a través de los diálogos de Miguel Romero, el artista “monstruo,” denominado por Marina y Fabrizzio, el amigo de Miguel y después amante de Marina. Las páginas donde se discute el arte son de un alto nivel filosófico y artístico y sumamente impresionante en los dos niveles. Las teorías originales articuladas sobre el arte son excepcionales y son una magnífica contribución al arte. Manuel nos ofrece en *El color de los sueños* un tratado importante inscrito en los diálogos entre los personajes Miguel, Marina y Fabrizzio especialmente.

Es muy triste y doloroso recordar a un amigo muy especial, muy apreciado y respetado que se nos fue tan temprano. Lo que nos consuela es que en nuestra memoria y nuestro corazón siempre estará vivo y presente. Aunque la muerte se lleva a nuestros seres queridos la naturaleza nos compensa con la certitud de que los que nos preceden siempre están listos para surgir en cualquier momento en nuestros recuerdos y nuestros sueños.

# APORTACIONES DE MANUEL VILLAR RASO

Ángel Jiménez

*M*anuel Villar Raso era mi amigo. No sólo por edad y paisanaje, sino porque su vida y la mía corrieron muchos tramos paralelos: seminario, literatura, sensibilidad, humanismo, trabajo y amor apasionado por nuestro pueblo: Ólvega.

En el año 2007, me regaló su discurso de ingreso en la Academia de las Buenas Letras de Granada con una entrañable dedicatoria. Hasta me dieron ganas de proponerle un argumento que me apasionaba, pero la pereza no me deja escribir, y juntos ser los padres de una nueva criatura. No me dio tiempo. Si algún día desespero, lo trabajaré pensando en él.

## LA NOVELA MODERNA

Nunca se han creado tantas novelas como en nuestros días. Con múltiples teorías y deseos de renovación literaria. No hay crisis de novelistas sino de lectores.

La novela del siglo XIX, realista, inspirada en las pautas del Quijote, cultivó la difusión del género con autores tan ilustres como Clarín o Galdós.

Nuestro tiempo y sus circunstancias han obligado a superar el planteamiento burgués centrándose en los problemas nuevos del hombre nuevo. Esto ha dado pie a una bifurcación de escritores: los renovadores y los más populares que siguen la tradición.

Los fenómenos culturales no nacen espontáneamente. El maestro Blecua nos hacía pensar en tres factores determinantes para nuestro tiempo: el psicoanálisis, la socialización y la turbulencia vanguardista del arte. Es fácil encontrarlos en Joyce, Kafka o Valle Inclán.

La novela realista se caracterizó por la creación de personajes representativos de una sociedad burguesa que vivían entre sucesos fundamentales y sorprendentes. La novela actual modifica el punto de vista, la cronología y la atención a los personajes por sí mismos. El lector inteligente ha de participar completando las insinuaciones del escritor.

Villar Raso destaca este aspecto recordando su interpretación de un cuadro de Goya: “desde la distancia, sólo se ven dos colores: amarillo y azul; pero cuando me fui acercando, distinguí que, entre el amarillo y el azul, surgía una cabeza...” Era un perro de un dramatismo inolvidable.

## A. Argumento

La novela tradicional era, ante todo, una historia, con su exposición, nudo y desenlace. En la novela actual, la historia casi desaparece. Como en *Rayuela*, donde pueden cambiarse o suprimirse los capítulos. Son narraciones más ideológicas que visuales.

Villar Raso, por el contrario, llena sus libros de maravillosas descripciones, ágiles por su plasticidad y dinamismo. Deja correr el impulso de la pluma “contando” cómo son los parques, las avenidas, los caminos, las ciudades. “Las descripciones de Villar Raso rayan a tal nivel, que el lector no las encontrará mejores en nuestra lengua”. (Villar Raso, 2003).

Su pensamiento sobre la historia de la novela lo podemos encontrar, bellamente escrito, en su discurso de ingreso en la Academia; “Creo que la novela auténtica no es la que persigue personajes históricos, sino la que vuelve una y otra vez a las entretelas del individuo”.

A la novela hay que exigirle que profundice en nuestro sentir y clarifique la “confusión” moderna, con el brío del raciocinio y la imaginación propia de la novela. “Gran parte de lo que hoy se publica es producto de supermercado”.

Mientras haya gente encarcelada, marginaciones y sufrimiento, “habrá buenos escritores y buenas novelas”.

## B. Personajes

La novela consiste en la vida de los personajes. Hay novelas en las que el protagonista ha sido sustituido por la colectividad. En otros casos, el individuo no interesa tanto como el conjunto de personas que pululan por la narración. Con la recomendación de Ortega por la deshumanización del arte, algunos prescindieron de la psicología.

Para Villar Raso es importante el soporte ideológico y moral, pero más importante situar los personajes, encontrarlos, dejarlos ser ellos mismos y quienes determinen los acontecimientos. Creando el personaje central que te lleve de la mano, la novela se escribe sola.

“Entre todos mis viajes he encontrado personajes que me guíen. En ninguna parte del mundo hubiese podido tener a mano un caudal parecido de sorpresas y emociones como es Vietnam. Pero no he conseguido encontrar la historia de un personaje, que haga posible que yo escriba su historia, y sin ella no hay novela. Los personajes se apoderan del autor y se proyectan en el lector; no al contrario”.

Comparando la novela con el cine, nos recuerda que *Casablanca*, con el paso del tiempo, no nos queda una trama “insulsa e intrascendente”, sino la fuerte personalidad del personaje.

La habilidad del escritor consiste en hacernos girar en torno a ellos y su comportamiento. “Lo hondo de la novela no está en el torbellino de aventuras, sino en la estructura que ayude a perseguir a los personajes”.

## C. El tiempo

Frente a la unidad del tiempo tradicional, hoy el tiempo es un elemento activo de la narración. Se ha impuesto el flash back. Otras veces se reduce el episodio a un día o unas horas. En todo caso, se hace coincidir los momentos del tiempo con los del personaje. Se mezclan frases de hoy y del pasado. Muy compleja es la situación temporal de *Rayuela*, donde los acontecimientos suceden simultáneamente y simultáneamente se narran.

Villar Raso utiliza este recurso con sobriedad. Comenta él mismo: “Hay novelas en las que el héroe, como un Proust, es el tiempo; son las menos. No hay

en él trama; aunque mínima, es necesaria. En otros relatos el héroe es un momento, un instante vital, como en Borges...En cualquier caso, el dueño de la historia es él mismo: el personaje y no la técnica o los efectos especiales, que inútilmente intentan suplentarlo”.

Veamos un ejemplo en *Encuentros en Marbella*. La primera página presenta la decapitación de Anne MacRamming, la protagonista. Cronológicamente debería ser la última escena. Pocas líneas después, aparece un diálogo propio de los acontecimientos centrales. A esta inversión temporal la titula Prefacio. Luego se desarrolla la vida normal que todo lo transforma: la miseria en riqueza, el miedo en confianza, la intolerancia en diálogo, la riqueza en generosidad. Los personajes y su relación familia han cambiado radicalmente del principio al final. “El tiempo profundiza en la realidad y nos ofrece el hechizo de conocer lo que no se puede conocer”.

## D. El lenguaje

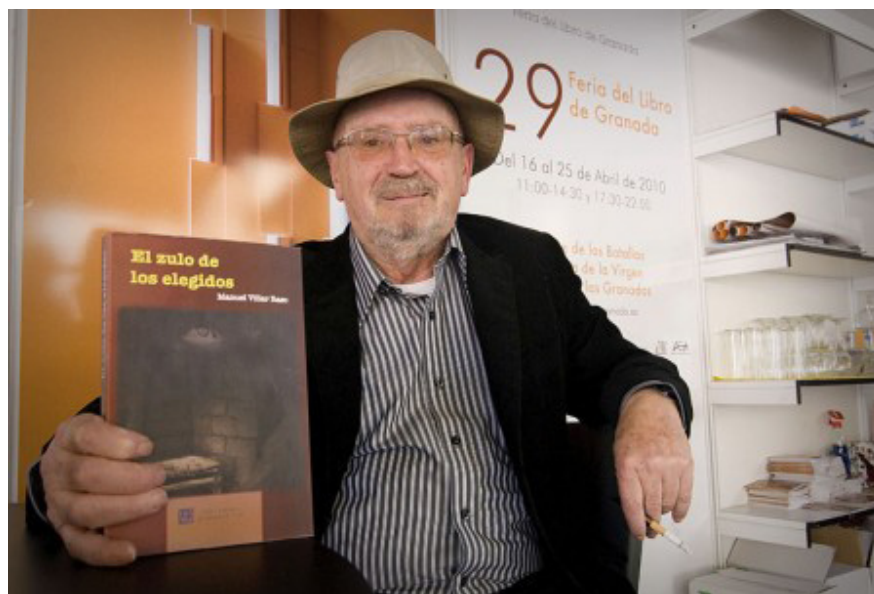
Me llamó “amigo” una tarde en que, en un homenaje que le rendía su pueblo, dije de él que se merecía ser académico de la lengua porque era el escritor español que más conocía y mejor usaba el diccionario.

La lengua es la materialización del pensamiento. La azada con la que el escritor siembra los surcos de su historia. Ya San Juan de la Cruz habló de “un no sé qué que quedan balbuciendo”. Lo sublime es inefable.

El lenguaje está desgastado por el uso común para el que nació. Hay recursos como la metáfora, la antítesis, etc. o las frases manidas. Pero el escritor mantiene cierta desconfianza en los medios de comunicación. El adalid de esta insuficiencia expresiva es Julio Cortázar: “yo ya no puedo aceptar el diccionario, ni aceptar la gramática. Empecé a descubrir que la palabra corresponde por definición al pasado, es una cosa ya hecha que nosotros tenemos que utilizar para contar cosas y vivir cosas que todavía no están hechas...El buen escritor es ese hombre que modifica parcialmente un lenguaje...introduce toda clase de trasgresiones que hacen palidecer a los gramáticos y que luego son aceptadas”.

En la vida y la literatura el lenguaje es el arma y el obstáculo entre el hombre y su ser más profundo.

Habría que estudiar más detalladamente cómo juega con su cultura y su lengua Manuel Villar Raso porque esta es una de sus características. Mi impresión es que saca a las palabras toda su virginal novedad por la precisión del significado en las viejas y su desempolvamiento de las menos usadas. Hay que tener a mano el diccionario para leerlo a fondo. El talento supera con fluidez la cortedad de la palabra.



Manuel Villar Raso presentando "El zulo de los elegidos" en la Feria del libro de Granada

Generalmente prefiere párrafos largos y fluidos para no distraer el curso del discurso. Sus descripciones pueden compararse a una pintura de mil colores.

### E. El narrador

Pocos conocen en profundidad la novela norteamericana e irlandesa y sus influencias como nuestro Don Manuel. Joyce y Faulkner especialmente. Con el primero coincide en el sentido religioso y ético de la vida. Como si quisieran crear un mundo independiente y mejor que el real. "No podemos llegar a tener experiencias grandes y enriquecedoras salvo en la novela y la literatura", dijo Villar Raso. "En todos mis viajes he encontrado personajes que me guían".

Se distancia de Faulkner en la técnica conductista, a la manera de una cámara cinematográfica; pero se asemeja en la desconfianza de la inspiración y aprecio del trabajo cotidiano. Su entrega es absoluta al vigor de su sensibilidad. También en que su narración no es algo premeditado, sino a grandes rasgos.

Nunca sabe, cuando escribe, lo que va a pasar en la novela. Cuando pensó en su novela sobre E.T.A.-nos cuenta- no entendía por qué los vascos no se sentían españoles. "Había que investigarlo" metiéndose en el comportamiento de los personajes que así pensaban.

La novela es introspección en el autor a través de unos personajes o, al contrario, en los personajes a través del autor. Este es el caso más frecuente en Villar.

"Un escritor solo necesita una pluma, hoja de papel, energía y soledad"-decía-. Y mucho talento, añadimos nosotros.

"La importancia de un escrito no estriba en el éxito de masas, sino en la capacidad de decirnos cosas de nosotros mismos que no oímos en ninguna parte. Lo imprescindible es sentir la necesidad de escribir, de ser novedosos y experimentar", confiesa Don Manuel. En los horizontes vacíos hay que "apueblarlos" creando el drama y el destino de personas que encontramos en la vida.

Como en Joyce, en Villar subyace el fondo religioso del bien y del mal, y el concepto de resurrección. Unos personajes que nunca acaban de explicarnos el misterio de su evolución moral. "Lo que Joseph quería era ante todo escribir, para eso tenía que entender la vida, que es el amor. Ya había roto con milenios de oscurantismo social por no conformarse con ser como el mundo había sido".

Creo que Manuel Villar Raso es el maestro del realismo imaginativo, ético, trascendente. Es decir: el creador discursivo en el comportamiento de los personajes.

Es verdad: sus personajes, como el autor, tienen alma de poeta. Es el filtro de sus elecciones: "El aire llevaba cuchillos de agua y el río bajaba lleno de caballos desbocados hacia el mar...Me hubiera subido...a grupas de uno de ellos y con el agua hasta la cintura hubiera cabalgado hasta las nubes".

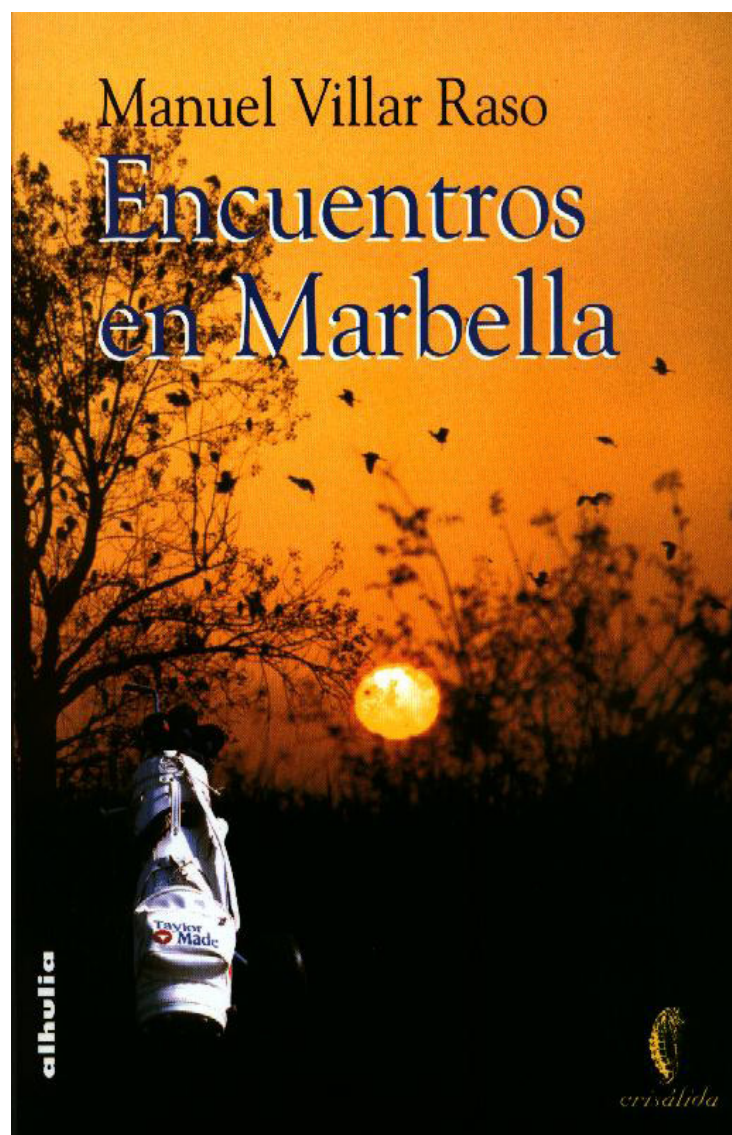
Manuel Villar Raso: el humilde equilibrio que se busca a sí mismo escribiendo; un talento encendido del perfume adecuado para bien de las letras españolas.



**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Villar Raso, M. (2001). Encuentros en Marbella. Salobreña: Alhulia.

Villar Raso, M. (2003). Discurso pronunciado por ILMO.SR.DON MANUEL VILLAR RASO en su recepción pública y contestación del EXCMO.SR.DON ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS. Academia de las Buenas Letras de Granada, 22.



*"Encuentros en Marbella"*

## EL ALMA GRANDE Y FUERTE

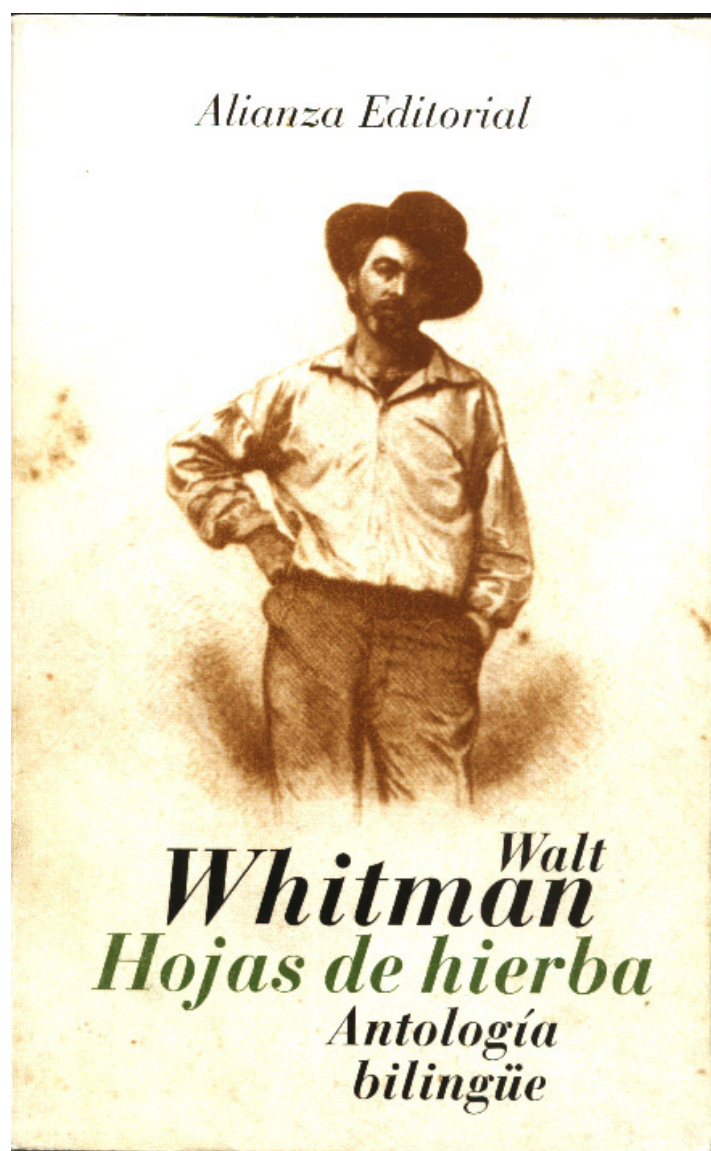
---

Julián Jiménez Heffernan

Debía de ser el curso académico 1988-89. Tercer curso de Filología en la Facultad de Cartuja. Yo planeaba simultanear Filología Inglesa y Filología Hispánica y con el fin de evitar el colapso de materias en cuarto curso, decidí matricularme en tercero de optativas de inglesa. Se llamaba “Poesía inglesa” o quizás “Poesía norteamericana.” No lo recuerdo. El aula era una de esas pequeñas. Los compañeros, desconocidos, mayores que yo. El profesor, Manuel Villar Raso, un tipo singular, con experiencia (*seasoned* y *weather-beaten*, como se dice de los marinos), cautivador en sus énfasis. Repartió secciones de “Song of Myself” de Whitman entre los alumnos, y nos pidió que hiciéramos una versión en español. Me tocó la sección 31, la que comienza, arrebatadamente, “I believe a leaf of grass is no less than the journeywork of the stars”, se ramifica en hormigas, ranas, zarzamoras, vacas, ratones, carbón, musgo, mastodonte y rocas plutónicas, serpientes, buitres, alces y pingüinos, y se cierra, confiadamente: “I follow quickly ... I ascend to the nest in the fissure of the cliff”. Recuerdo que disfruté la traducción, pero hubo frases que se me atragantaron. Recuerdo tra-

ducir “esculent roots” por “raíces esculentas”, así, por mor de la sonoridad. Manolo (entonces, don Manuel) me recordó que Whitman no era Rubén Darío. *Touché*, me dije azorado, mientras unas chicas de quinto se reían dos bancas por delante. Recuerdo sudar ante el verso: “And am stucco’d with quadrupeds and birds all over”. La solución correcta la supe años después, cuando compré la versión de Manolo para Alianza Editorial (1995) y leí: “y que estoy estucado de cuadrúpedos y pájaros”. Comprendí que, así como en el caso anterior era obligado evitar el absurdo neologismo anglicista (*esculentas*), en este caso se podía mantener el término (*estucados*), y que, además, no convenía buscar un equivalente adverbial para “all over.” *Estucado de cuadrúpedos y pájaros*. La contención es perfecta. *Le mot juste*, el ritmo y la sonoridad exactos. Whitman no será Darío, pero esto suena a modernismo crepuscular.

Si bien Manolo, luego descubrí, no era un modernista. Manolo era un romántico empedernido, a ratos taciturno y tozudo, a ratos de una euforia mineral, castellana, quijotesca, contagiosa. Los ru-



"Hojas de hierba" de Walt Whitman

mores, durante el curso siguiente, eran constantes: nuestro profe de literatura norteamericana había sido alumno de Ralph Ellison y era también novelista. Lo primero se confirma leyendo su hermoso texto "A Spanish Novelist's Perspective on Chicano/a Literature" (*Journal of Modern Literature* 25.1, 2001). Lo segundo yo ya lo sospechaba, pues me había hecho con *Comandos vascos* (1980) la navidad anterior en una librería de viejo en la calle Puentezuelas. Resultó, además, que mis padres tenían un ejemplar de *Las Españas perdidas*, la edición original de 1983, en su casa de Almería. Leí el libro: me encantó. Años después, durante el curso 1991-92, conviví en el Carmen de la Victoria con el irrepitible Ismail Diadié, bibliotecario, intelectual, poeta, amigo de Manolo, y compañero de pasiones africanas. Pero eso fue después, como digo. De esa pasión supe por prim-

era vez cuando irrumpió una mañana en uno de los auditorios con grada que había detrás de secretaría y nos dijo que no podría venir durante un mes a clase porque tenía una enfermedad incurable. Todos nos quedamos mudos, sin saber a dónde mirar. Tras unos segundos, dijo: "Mi enfermedad se llama África". Respiramos aliviados. Fue entonces cuando confirmé lo que ya llevaba tiempo sospechando: que este hombre estaba hecho de una pasta distinta a la del resto de profesores de la Facultad. Que su entusiasmo crónico en el aula, su manera apasionada de hablar de Emily Dickinson o Nathaniel West, el brillo permanente, entre astuto y burlón, en la mirada tras sus gafas, la combinación de desaliño y contundencia, la seriedad enfática con la que nos aseguraba que uno aprende más durante un paseo de una hora en Manhattan que durante dos años en una ciu-

dad europea, no eran en absoluto las máscaras de un personaje cuidadosamente estudiado. Eran más bien rasgos de raíz, indicios de atributos de una personalidad moralmente comprometida con un sueño. Un sueño, claro, llamado vida, del que renunció porfiadamente a despertar.

En mayo de 1992, Manolo organizó, con la ayuda de Rosa Morillas y otros compañeros del departamento, un congreso internacional para conmemorar los cien años de la muerte de Walt Whitman. Tuve la suerte de que me pidiese ayuda para un par de cuestiones. Yo por entonces era un becario de primer año que me apuntaba a un bombardeo. La primera cuestión fue recoger, en un estudio de la Chana, un equipo especial de sonido para uno de los actos del congreso. Ahí descubrí tanto el sentido del humor y cercanía de Manolo, como el espectacular desorden de un coche que bien podría haber estado en Bamako. La segunda cuestión fue atender a William L. Moore, un especialista norteamericano en Whitman, y a su mujer japonesa. Fue una experiencia extraordinaria. De la mano de Manolo, pues, me metí de bruces en Whitman, redacté mi primer ponencia para un congreso sobre Whitman, y publiqué mi primer ensayo sobre Whitman. Estaré siempre en deuda con él por ese primer empujón. Luego vinieron otros, literales, metafóricos, amén de algún tirón de orejas. ¿Qué coño haces perdiendo el tiempo con la teoría literaria?, me dijo más de una vez, con la misma jactancia cariñosa con la que Whitman espetaba aquello de “el dondiego en mi ventana me satisface más que la metafísica de los libros”.

Años después compré sus dos ediciones whitmanianas: *Hojas de hierba. Antología bilingüe* (Madrid: Alianza, 1995) y *Redobles de tambor. Diarios de guerra* (Madrid: Hiperión, 2005). Considerándolo retrospectivamente, la pasión que Manolo puso en este insólito escritor norteamericano pone de relieve un horizonte de intensidades morales en perfecto desajuste con los calendarios académicos. Resulta edificante señalarlo. Mucho se ha dicho sobre su ojo a la hora de programar un congreso sobre literatura chicana que fue pionero en Europa. Pero su posición a contrapelo es perceptible en otros ámbitos también: antes de que en la anglística y americanística española se popularizasen los protocolos críticos de los llamados *queer studies*, Manolo estaba empeñado en proporcionar al lector medio español una versión fuerte y limpia de un texto que, más allá de su estricta universalidad, ha sido y será el evangelio de la bohemia gay cosmopolita. Y justo cuando algunos, en la anglística, comenzaban a pontificar sobre el trauma en los estudios literarios, Manolo traducía con un pulso estilístico asombroso un documento aterrador sobre la barbarie, los *Diarios de guerra* de Whitman, un texto mucho más siniestro y moralmente impactante que los amanerados sucedáneos que, en la estela del gran Primo Levi, se

han ido cocinando en torno al holocausto nazi. En ambos casos, Manolo lee, interpreta y traduce en su estudio al margen de modas, por el mero placer de degustar una conjunción de palabras y emociones. En ambos casos, señala la excelencia, traslada lo deslumbrante, y pone el dedo en las llagas. Sus versiones de Whitman son de una elegancia extrema. Son comedidas, precisas, siguen el ritmo exacto del aliento. Pueden ser leídas sin atropello o traspies, y de hecho Manolo leía sus primeras versiones en las clases prácticas, como ejercicio de estilo. El volumen grave pero melódico de su voz y su acento castellano daban un extraño regusto, una seca austeridad, un dique de contención a las cataratas atlánticas del americano. Era un placer escucharle. Lo es todavía hoy mismo, en la memoria, especialmente cuando tropiezo con soluciones castellanicas a los términos whitmanianos llenas de crudo casticismo, probablemente hechas del material de la infancia soriana que Manolo recrea con tanta intensidad en *La casa del corazón*, soluciones sencillas como *encerar, hebra, artesa, reses, robusto, tiznado, cieno, brotes, leños, ubre, retoños, peñasco...* ¿Estamos en Kentucky o en Ólvega?

Termino esta evocación con su versión de un brevísimo poema de Whitman en la versión de Manolo. Aquí importa mucho más el contenido, un puñado de lemas que, en cierta medida, Manolo bien pudo hacer suyos:

Años inestables que me arrojáis no sé a dónde,

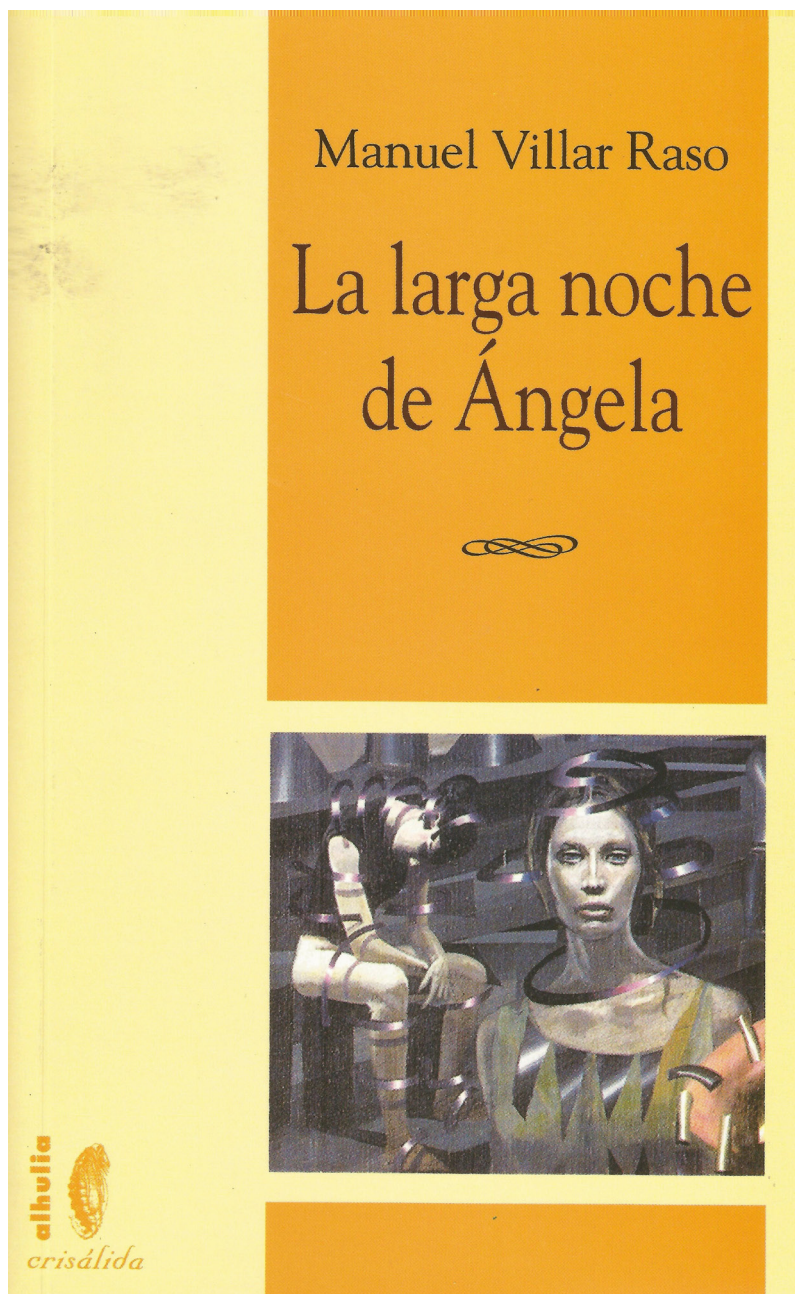
Vuestros planes y vuestra política fracasan, los trazos se desvanecen, las sustancias se burlan de mí y se me escapan,

Sólo el tema que yo canto, el alma grande y fuerte, no se me escapa,

Ser Uno mismo no debe desvanecerse nunca—esa es la sustancia primordial—esa la única cosa segura entre todas,

De la política, triunfos, batallas, vida, ¿qué queda al fin? Cuando los espectáculos terminan, ¿qué es lo seguro salvo Uno mismo?

Manolo fue elegante hasta en esto: en hacer suyo casi todo lo que Whitman predica salvo ese verso final. Creo, sin duda, que estaba muy seguro de sí. Pero más lo estaba de su familia, su mujer Pilar y sus hijos y sus hijas. Que, detrás del profesor, del bohemio, del viajero, del escritor, existía una extraordinaria familia es lo que sus alumnos no sabíamos. Yo lo fui descubriendo con el tiempo. Lecciones de vida.



"La noche de Ángela"

# SOLA EN LA OSCURIDAD. LA LARGA NOCHE DE ÁNGELA

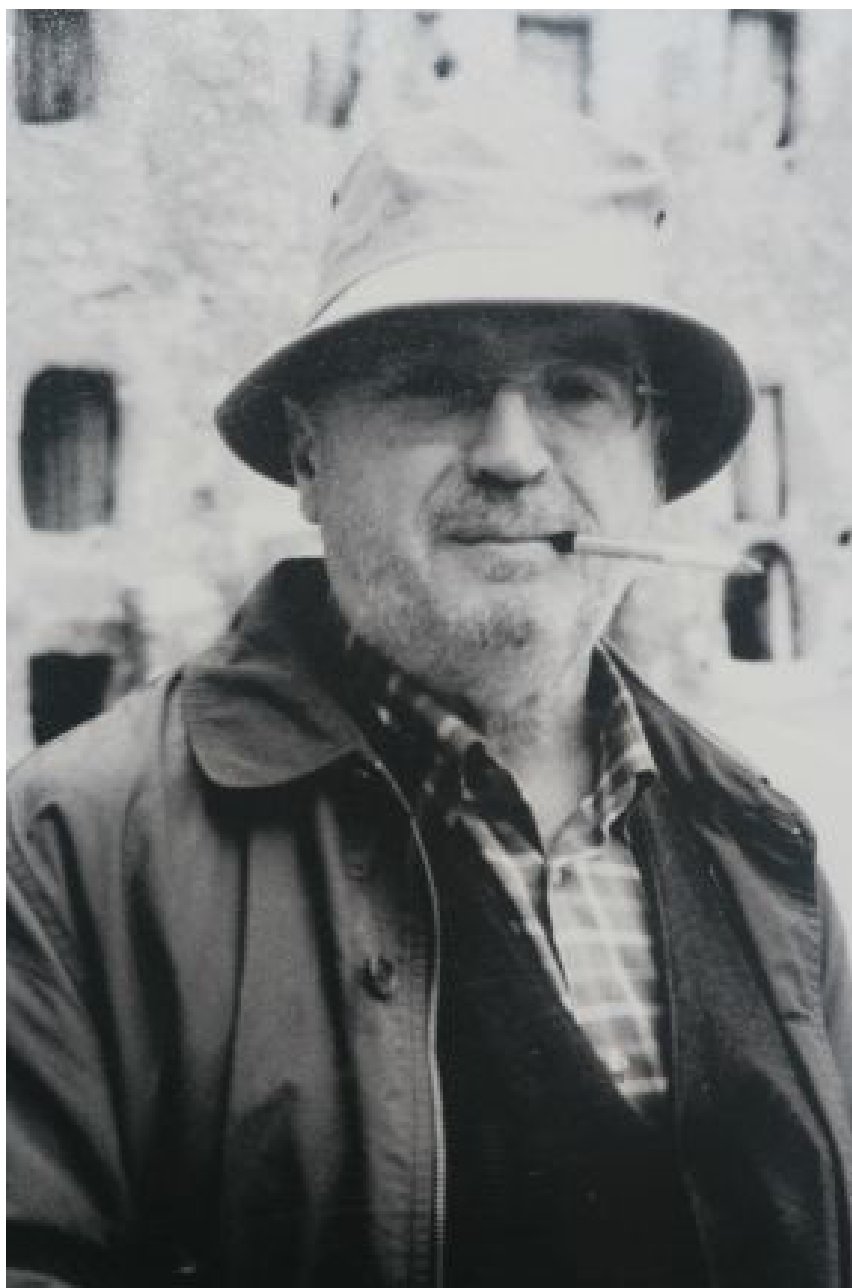
---

Juan Ángel Juristo

Lo mejor de esta novela de Villar Raso se halla en el vuelo adquirido por el lenguaje: “Al otro lado de la roca...el mar es un naranja repentino que enseguida se extingue y hunde el puerto en la imprecisa luz de unas farolas”. De descripciones así está llena la narración, pero esto sólo no determina su especial fascinación. Lo achacaría a la feliz conjunción de un lenguaje cuidado hasta la minucia en un género, el del thriller, que está oscurecido por una falsa creencia: la que dicta que el lenguaje debe ser fiel reflejo del habla de la calle. El resultado, todo es cuestión de talento, por otro lado, suele ser previsible: el habla se trasmuta en una jerga coloquial propia de magnetófono, cuando no de guión de serie televisiva.

De ahí que novelas como ésta constituyan un hallazgo en el marasmo de este género que conoce en España un extraño auge solo achacable a la suposición de cierta facilidad de ejecución a la vez que es también el resultado de ser el último refugio del realismo, cuando no del costumbrismo que quiere

romper la barrera de la descripción de esos problemas de clase media en que se refugia el intimismo psicológico. Esta novela trata de un asesinato y de la vejación de una violación, y de su venganza a manos de una mujer, Ángela, que ve de qué manera el frágil mundo que se había construido en torno a su marido, Germán, se desvanece cuando entra en escena un psicópata, Benjamín Amador. La narración reconstruye ese frágil mundo y sus evanescentes recuerdos, la aparente minucia de los mismos constituye uno de los más hermosos ejemplos literarios de esta novela pues están metidos con cierta sabiduría narrativa, pero por encima de todo, está la ciudad, Granada, un lugar que el autor ha querido que viésemos al modo de cualquier otra en que no existiese un aplastante patrimonio artístico. Desde luego lo hasta aquí dicho no agota ni mucho menos los hallazgos de la misma: los sutiles matices de lo que siente Ángela, los caracteres de los personajes, muy delineados pero con pincel fino, a veces hasta finísimo..., en fin, una sorpresa en un género que necesita de novelas como ésta.



*Manuel villar raso en un granero en Libia*

## ÁFRICA O LA ENFERMEDAD DE VILLAR RASO

Encarna León

*“Y, dentro de África, lo más importante son las mujeres, que llevan el continente a sus espaldas”*

Con estas palabras contestaba Manuel Villar Raso, en una entrevista, a un periodista que le preguntaba por su celo, su amor hacia el continente africano. Y es que África se había convertido en una enfermedad para él, de la que no quería salir. Pero vayamos al principio de su propia historia, vayamos al recuerdo aún caliente de su vida, la que le abandonó hace poco más de un año. Dejó de estar con nosotros y ahora, el desierto, las ciudades de Rissani, Níger, Dogón, Mauritania, Burkina Fasso, Malí, Bamako..., o sus mujeres, Assiata, Marina, Ángela, Eliana, Rosana, Gabriela...son quienes le tendrán para siempre mostrando a Manuel paisajes perdidos y nuevas heroínas para que, desde las alturas, nos siga ofreciendo sus historias.

Cuando me preparaba para iniciar estas líneas, que quieren ser homenaje al amigo, al escritor, lo primero que he tomado en mis manos, para acercarme más a él, ha sido su obra *La casa del corazón*, aquella que me dedicó en 2004 en una de sus visitas a Melilla, ciudad donde resido y donde le evoco con esa emoción que se siente por los que ya no están, y con los que hubiésemos querido tener una comunicación más fluida y cercana pero, sobre todo, más larga en el tiempo. Con esta novela, *La casa del corazón*, Manuel vuelve a su niñez, a ese principio de su historia personal, a la posguerra española con vivencias para él duras, poco alentadoras, con el recuerdo terrible de un maestro, su trabajo de pastor con pocos años, las presiones de la iglesia, fue

seminarista hasta los 22 años... Todo es frío como su Soria natal en los inviernos castellanos y con la pesadumbre siempre por la trágica muerte del hermano minero a quien tanto quería. Confesó, a veces, que todas estas circunstancias fueron como un resorte que le movió a tomar una firme decisión de salir de su pueblo soriano, Ólvega, donde había nacido en 1936, para formarse y escribir historias con sus héroes, como las que leía en los libros que iban cayendo en sus manos. No cabe duda que la dureza de su infancia hizo mella en el escritor que desde siempre se decantó por temas trágicos, poco edulcorados, para sus obras como, amores desesperados, guerra civil, la difícil vida de los maquis, el terrorismo, la violencia, el odio, revanchismos... Escribe, también, para matar fantasmas, el de su hermano muerto en la mina.

Conocí personalmente a Manuel Villar Raso con motivo de dar una charla para alumnos del Instituto “Victoria Eugenia” de Melilla, en noviembre de 1994, yo trabajaba en otro centro educativo cercano, el IES “Miguel Fernández”. Confieso que fui movida por acercarme a un creador paisano, él venía de la Universidad de Granada, llegaba de mi tierra, yo también era granadina, pronto descubrí que él lo era de adopción, que después de recorrer y ejercer la literatura en diversos puntos del planeta, Inglaterra, Canadá, Estados Unidos, Filadelfia, California, Arizona, Nueva Orleans, Nueva York, Madrid, donde años atrás, se había licenciado en Filosofía y Letras





Cuadro de Jesús Conde

(Sección de Inglés) y en Barcelona; pero le cautivó tanto el sur, Andalucía, y en concreto Granada, que en 1977 se quedó definitivamente enseñando en la universidad literatura americana en la ciudad de la Alhambra, jardines que fueron destino de muchos de sus paseos. Acudí a aquel encuentro con su obra, *Donde ríen las arenas*, que me dedicó; entonces supe de su espíritu aventurero, mientras iba contando la valiente historia de Assiata, una joven que huye del yugo y las tradiciones ancestrales de un pueblo; es un estudio de la liberación de la mujer. Conozco sus expediciones granadinas hacia distintos lugares de África, que le proporcionaron temas para sus novelas africanas, cada una de ellas fue una aventura personal del autor. Sentía obsesión por la cultura africana. Se definía hombre de corazón abierto y amante de la libertad. En años posteriores, en alguna ocasión, le dolió que no se le considerara un escritor africanista siendo un autor que se había volcado, como nadie, en estos temas. En sus narraciones puso al descubierto, injusticias, persecuciones indebidas, la situación de los hospitales africanos, horribles, sucios y masificados... Fue un verdadero placer descubrir la voz personal, su timbre amable y sosegado. Tenía referencias de su obra narrativa a través de noticias en revistas literarias y en prensa, o por conversaciones con otros escritores o amigos comunes de la Universidad de Granada.

En 2003, con motivo de la convocatoria del VII Congreso de Escritores de España, celebrado en Sevilla, me vuelvo a encontrar con Manuel, me acerco a él, recordamos Melilla e iniciamos una amistad que me valió para invitarle en noviembre del mismo año a presidir el jurado del III Premio Internacional

de Relato Corto "Encarna León", al día siguiente tenía su confirmación, estaba muy ilusionado con volver por estas latitudes, por Melilla, era sin duda un acercamiento a su África. En mayo de 2004 estaba en esta ciudad española para fallar el premio y ocurrió otro descubrimiento, no literario pero no menos satisfactorio, cuando me comunicó que era paciente de mi hermano, en Granada, detalle que creó en mí un lazo especial por el amigo, por el creador. Mantuvimos desde entonces una amistad más epistolar que física por la distancia que ponía el Mediterráneo entre nosotros, cuyas aguas nos unieron más que separarnos. Me interesé, a partir de estas fechas, por el hombre, por el creador con una gran trayectoria internacional y fui descubriendo su producción y sus motivaciones. Decía que la escritura debía ser investigación por todo aquello que llame la atención y aún no se haya hecho; tenía la precepción de que la novedad creativa era un combate y así afirmaba: "Yo diría que todas las novelas que he hecho son como puntas de lanza en algún terreno especial".

Estaba en Granada cuando Manuel Villar Raso pronunció su Discurso el 15 de enero de 2007, como Académico Supernumerario de la Academia de Buenas Letras de Granada, en el Paraninfo de la Universidad, acto al que asistí y tuvimos tiempo de conversar y entregarme, dedicado, su *Discurso: El dueño de la Historia. Homenaje a Ortega*.

Villar Raso tuvo una actividad literaria intensa, por los años noventa formó parte del Salón de Independientes, presidido por Gregorio Morales, que aglutinaba a escritores de todas las tendencias, se primaba la libertad de expresión, la independencia del poder político, entre otros temas; era una aso-

ciación que perseguía objetivos universales. En esta línea están las obras de Villar Raso con títulos comprometidos como *Una República sin republicanos*; *Comandos Vascos*; *Las Españas perdidas* o la *Odisea africana de Yuder Pachá y de los moriscos andaluces*. Manuel dio conferencias, dirigió tesis, escribió ensayos sobre novelas experimentales norteamericanas, publicó en revistas, suplementos literarios y en antologías de cuentos. Fue incluido en la obra *La novela española dentro de España*, de A. Fernández Heliodoro. Madrid. 1987. Por todos es sabido los éxitos conseguidos con otras obras suyas como *Mar ligeramente sur*, que fue finalista del Premio Nadal en 1975 o *La mujer de Burkina*, Premio Casino de Mieres en 1981.

En los últimos años mi relación con Villar Raso fue a través de correos electrónicos y por teléfono, me enviaba con frecuencia artículos y relatos, sobre los que comentábamos; recuerdo entre otros *Un paraíso al sol con Saramago*, donde recuerda que mataba el miedo, producido por los continuos terremotos en la ciudad de Alhucemas, leyendo las obras de Saramago. Se encontraba allí realizando unos exámenes de Selectividad a un grupo de estudiantes del Instituto Español, "Jovellanos" (junio, 2004). Su relato corto *Asalto al Paraíso* es una historia desgarradora de migrantes africanos que atravesando Argelia y otras poblaciones quieren llegar a Melilla

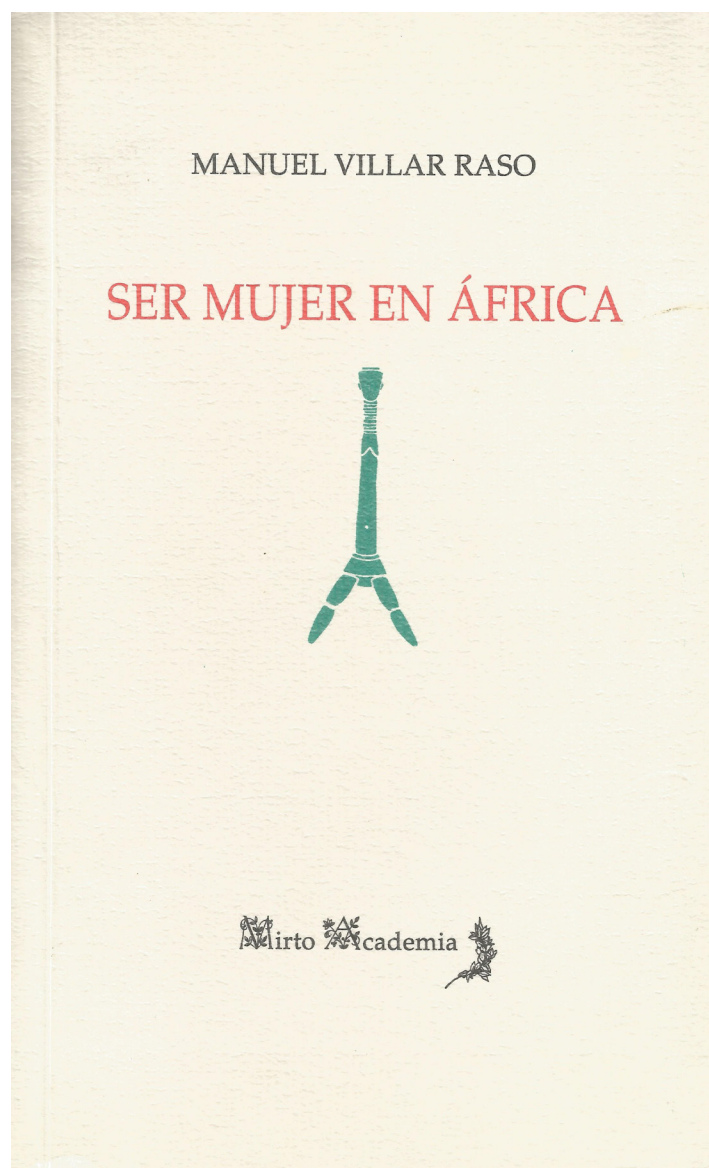
para conseguir el paraíso europeo, narración perfecta, dura y sensible a la vez del drama humano por la supervivencia.

Lo último que me llegó de Manuel Villar Raso fueron *Las señoras de Paraná*, obra que se presentó el 14 de marzo de 2014 en el paraninfo de Derecho, la presentación estuvo a cargo de la escritora María Dueñas.

Como podemos observar las mujeres forman parte de la vida literaria del autor, casi todas sus protagonistas lo son, especialmente la mujer africana, su vida le subyugó, le marcó y quiso que el mundo la conociera rompiendo una lanza por las libertades y la justicia en esos pueblos de África, donde la peor parte la sufren las niñas y las mujeres.

No es de extrañar que años atrás le propusiera presidir el jurado del premio que lleva mi nombre, hoy en su XVI convocatoria, premio que nace en la Viceconsejería de la Mujer (Consejería de Educación) cuyo objetivo se lee en el punto 4- "Los relatos pueden tratar de cualquier tema que destaque la igualdad de géneros, denuncie la discriminación de la mujer, ponga de relieve su papel en la historia o cualquier campo del conocimiento, así como su aportación a la sociedad actual, en el ámbito social, familiar o educativo".

Mi mejor abrazo para Manuel.



*Ser mujer en África*

# MI CELEBRACIÓN DE MANUEL VILLAR RASO

---

José María Martínez Laseca

Se ha demostrado científicamente que las emociones son la base en el proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que solo se puede aprender bien aquello que en verdad se ama, aquello que se nos da contagiado por el entusiasmo. Tal parece advertírnoslo Manuel Villar Raso cuando anota: “De cualquier manera que lo ponga nuestras raíces, nuestros gustos están en la tierra, en la familia; y lo mismo sucede con el mundo de los afectos. El corazón y la mente están en las raíces y ambos, para el hombre mayor que escribe, no son incompatibles”.

He de decir, aquí y ahora mismo, que yo nunca tuve trato directo, frente a frente me refiero, con el gran escritor Manuel Villar Raso. Cierto es que lo vi, de cerca y de cuerpo entero, una vez, allá por los años 90 quiero recordar, cuando ambos coincidimos, casualmente, en las fiestas patronales de su pueblo natal; pero yo, que ya era entonces admirador suyo, dada mi timidez, no me atreví siquiera a acercarme hasta él y saludarle, temiendo molestar. Mucho más tarde, casi al final de sus días, sorprendentemente, él contactó conmigo por teléfono a fin de que, el día 31 de julio de 2014, presentáramos juntos, en el Casino Amistad Numancia de Soria, su más reciente novela *Las señoras de Paraná* (2014), que conservo dedicada. Pero, esta nueva oportunidad que se me ofrecía se vio frustrada por la coincidencia con mi viaje de vacaciones a Túnez, imposible de aplazar. Eso sí le busqué, en mi lugar, para el bautizo, a dos

buenos oficiantes amigos como César Millán y Juan José Peracho, que resultaron de su agrado.

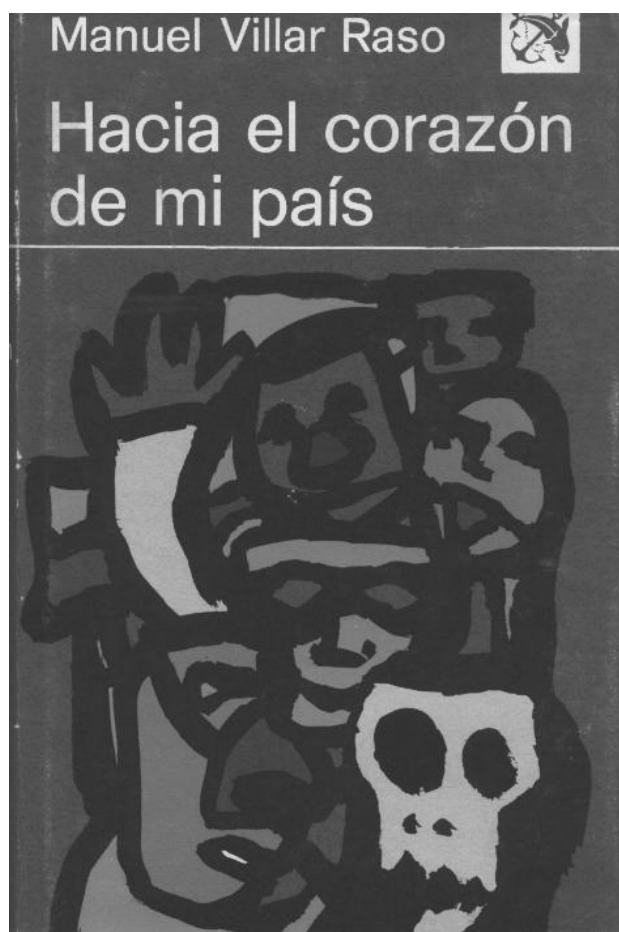
Y, sin embargo, contra lo antedicho, mi trato con Manuel Villar Raso venía ya de tiempo atrás. En concreto, de la segunda mitad los años 70, en que se editaba la revista de literatura *Camp de l'arpa*, a la que yo estaba suscrito y donde él insertaba algunos de sus artículos. Pero, no cabe duda, de que el mayor impacto me lo causó la lectura de su novela *La pastora: el maqui hermafrodita*, que adquirí estando yo de estudiante en la Universidad Autónoma de Madrid, en 1978, el mismo año de su publicación. En su prefacio puede leerse: “Con gratitud a J. FERNÁNDEZ SEGURA que me ha enseñado a escribir ésta y otras muchas novelas”. El autor pretende desvelarnos en su narración, desbordante de violencia, amor, sexo y aventura, el misterio que rodeaba a Teresa Pla Messeguer, La Hermafrodita y Pastora de Vallibona (Castellón), “el personaje más legendario, contradictorio y misterioso de las guerrillas españolas. Fue mujer hasta que al desnudarla una fría mañana invernal la Guardia Civil cambió sus ropas femeninas y con el nombre de Florencio fue durante quince años la pesadilla de la ley, que llegaría a llamarla ‘el terror del Caro’”. En realidad, yo compré este libro porque vi en su contraportada -foto de él incluida- que se trataba de un escritor soriano, nacido en Ólvega (el 27 de noviembre de 1936), ya iniciada nuestra cainita guerra civil. A partir de ahí, mi interés por el paisano

iría creciendo más y más y, como consecuencia de mi fervor, fui accediendo a nueva información que aumentó mi conocimiento sobre su persona y su obra literaria.

Señalaba Demócrito que todo cuanto existe en el universo es fruto del azar y de la necesidad. Porque son el azar y la necesidad los que hacen que un organismo sobreviva y resulte evolutivamente exitoso. Ambos factores creo yo que marcaron también la trayectoria vital de Manuel Villar Raso. La que se puede calificar como una auténtica historia de superación. La necesidad de supervivencia le llevó, en sus primeros años, a tener que ejercer el duro oficio de pastor, y, el azar, entre otras causas, a pasar por el seminario para poder estudiar. Luego lo demás, con sumo esfuerzo y tesón, vendría rodado. Con 22 años, se trasladó a Madrid a cursar sus estudios en la universidad. Trabajó después en Stoke-on-Trent, Inglaterra, Edmonton, Canadá, y en Nueva York, becado para investigar en sus bibliotecas sobre la *Imagen de España en la literatura norteamericana. De la mitificación a la desmitificación* (1972). Se doctoró en literatura norteamericana por la Universidad de Madrid y obtuvo el Master of Arts por la Universidad de Nueva York. Fue director de instituto y profesor de literatura en la Universidad Autónoma de Barcelona, desde la que pasó, en 1977, a la de Granada, donde se estableció definitivamente. También ejerció como Profesor Visitante en las universidades de Temple, Filadelfia, Hayward, California, y Nueva Orleans, etc.

Y fue durante aquellos dos años de estancia en Nueva York, precisamente, cuando Manuel Villar Raso comenzó su andadura literaria, tras de haberse quedado fascinado por la narrativa de Nathanael West, la mayoría de cuyas obras buscaban una respuesta a la Gran Depresión que sacudió Estados Unidos tras el crack del 29. Partiendo de sus propias palabras, él se convirtió en narrador para superar la terrible muerte de su hermano David en la mina Petra, acaecida cuando él era un niño de apenas 10 años. La pérdida de su hermano resultó un golpe tan traumático que acabó convirtiéndolo “en escritor, pues fue tal el vacío que dejó en mi corazón, que decidí escribir con la idea de no morir del todo, de dejar algún tipo de legado que me sobreviviera”, nos confesaba en una entrevista.

Singularmente, su primera novela *Mar ligeramente sur* resultó finalista del prestigioso premio Nadal de 1975 (ganado por Francisco Umbral con *Las Ninfas*), y se centra en el amor, expresado como una experiencia violenta y brutal. Le seguiría *Hacia el corazón de mi país* (1977) a modo de meditación que gira alrededor de un perseguido que lucha por sobrevivir. De la misma añada es *Una república sin republicanos*, o reflexión sobre los años transcurridos en España entre 1931 y 1936 que culminaría en la guerra civil, con la nostalgia de una ilusión per-



“Hacia el corazón de mis país”



“Una república sin republicanos”

dida. Desde entonces, fue incrementándose su producción creativa hasta superar la veintena de novelas escritas, marcadas por la profundidad de un lenguaje limpio y elegante a la vez, que se apodera de nosotros sin que nos demos cuenta; haciendo una narrativa que va más allá del mero entretenimiento. A ello hay que añadir numerosos ensayos, principalmente en torno a la novela experimental norteamericana. Y las traducciones de poetas de la talla de Emily Dickinson y Walt Whitman.

Cuando, en 1980 publicó su novela *Comandos vascos* -centrada en el drama de un muchacho integrado en un comando terrorista y en cuya mente van brotando la duda, la reflexión y el desconcierto- surgió la polémica, que tuvo una notoria repercusión mediática. El caso trajo causa de la concesión del premio Planeta de 1981 a Cristóbal Zaragoza por su obra *Y Dios en la última playa*, que acometía idéntico tema del terrorismo etarra. Manuel Villar Raso le acusó de presunto plagio por entender que contenía una cantidad apreciable de coincidencia intencionada con el original *Comandos vascos*, según un informe elaborado por el catedrático de Lengua Española de la Universidad de Barcelona, Ramón Cerdá Masó. Coincidencias que persistían en las estructuras de ambas novelas, desarrolladas en un mismo contexto familiar y afectivo. Su denuncia contra el autor premiado y la editorial Planeta llegaría a los juzgados de Barcelona.

Todavía recuerdo cuando, del 8 y el 12 de enero de 1985, se celebró en Madrid la denominada Semana de Soria, que se desarrolló en el Centro Cultural de la Villa. En esas jornadas se acometieron diferentes mesas redondas para poner en valor aspectos destacados de la realidad soriana. Yo participé en la del jueves 10, coordinada por Dámaso Santos Amestoy, que versó sobre "Soria y la literatura", junto a José Antonio Pérez-Rioja, Avelino Hernández Lucas, Antonio Hernández y Dámaso Santos. Allí reivindicé además de a nuestros tres grandes tenores líricos, Bécquer, Machado y Gerardo Diego, a otros escritores sorianos. Sobre todo a Juan Antonio Gaya Nuño, autor de *El santero de San Saturio* (1953), y también a algunos por entonces apenas conocidos como Manuel Villar Raso.

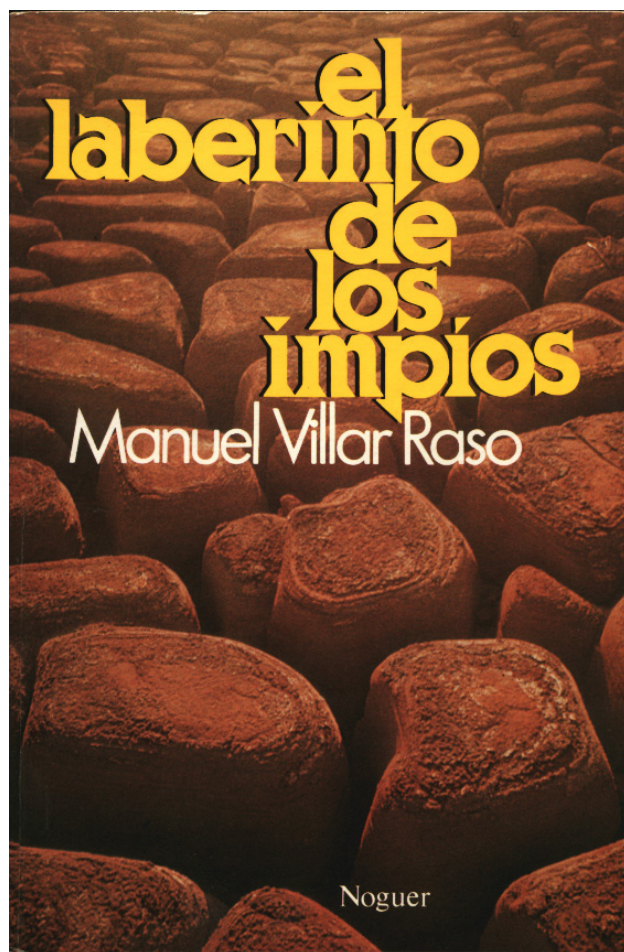
Pese a lo que se pudiera pensar, no quedó lo acontecido con *Comandos vascos* en un hecho aislado. Con motivo de la concesión, esta vez del Premio Nadal 2011, en su 67ª edición, a Alicia Giménez Bartlett, con una historia del maquis titulada *Donde nadie te encuentre*, saltó de nuevo la chispa, dada su gran similitud con la obra de Manuel Villar Raso *La pastora: el maqui hermafrodita* (1978), y reeditada en 2003 con el título de *La bella hermafrodita*. El contexto en el que discurre la trama es "esa España terrible de los años cincuenta" y su planteamiento narrativo consiste en novelar un personaje contro-

vertido y real como el de la sanguinaria bandolera Teresa Pla Meseguer, conocida como "la maquis hermafrodita". Manuel Villar Raso descubrió a este personaje durante un verano en la localidad de Alcalá de la Selva, en la Sierra de Gudar, donde un capitán de la Guardia Civil, llamado Laureano, le relató la historia de Teresa, a quien él mismo apresó y la llevó a la cárcel del Dueso en Santander. Claro que se quejó Manuel Villar Raso, que volvió de nuevo a reeditar su novela. Y yo publiqué, con fecha de 10 de enero de 2011 una Carta al director de El País, denunciándolo, bajo el rótulo de *El maqui hermafrodita*, diciendo que la novela de Manuel Villar Raso fue pionera en revelar y relatar esta historia.

Sobreponiéndose a las dificultades del camino, Manuel Villar Raso continuó ejercitando diariamente tan esforzado como gratificante oficio de trabajar con las palabras que nos revelan misterios de nuestras propias vidas cuando se ven escritas. Palabras y más palabras venidas a su mente, como esos copos de nieve que generosamente caen del cielo hasta cubrir por entero con su blanca sábana la extensa piel de la campiña y sus montañas, cual recordaba de su añorada infancia soriana. Palabras en hilera, como negras hormigas, sobre la página en blanco para crear otros mundos posibles. Así, una novela tras otra fueron saliendo, como pan, del horno caliente de su imaginación. De aquí que Manuel Villar Raso sea un escritor prolífico, y que gracias a su amplia e interesante producción se merezca figurar entre los elegidos de la narrativa contemporánea española.

Una mayor información sobre todas sus obras editadas se puede obtener a través de su página Web oficial (<http://www.ugr.es/~mvillar/>) abierta en Internet. Yo, en consonancia con este arrimo o celebración, tan solo me voy a referir a alguna de ellas. Así, al ser preguntado Manuel Villar Raso por el periodista Juan Luis Tapia sobre cuál era su mejor novela, respondió: "Por su lirismo, *Mar ligeramente sur*, (...). Por pura catarsis personal, *El laberinto de los impíos*, novela con la que me liberé de la pesadilla religiosa de diez años de seminario. Por el tema, *Donde ríen las arenas*, sobre la ablación y penuria infinita de las mujeres africanas; aunque mi favorita sobre este continente es sin duda *El color de los sueños*, una obra que trata de mis sueños personales a través del color y de la pintura, con un héroe del espíritu, febril y místico, un caníbal con claves universales, que son el viaje y la búsqueda de mí mismo, la relación mujer/hombre, padre/hijos, artista/arte y mundo primitivo y civilización."

Se ha dicho, y con razón, que Manuel Villar Raso llevaba a África en sus venas Su pasión africana le llevó a realizar expediciones sucesivas a este continente. Como la que efectuó en 1983 cuando fue a Tombuctú en busca de documentación para escribir



"El laberinto de los impíos"

su novela *Las Españas perdidas*. Aquí nos refiere la insólita hazaña de varios miles de moriscos españoles que en 1591 cruzaron el Sáhara, a las órdenes del almeriense Yuder Pachá, y conquistaron el imperio del Sudán, fijando su capital en Tombuctú, la ciudad mítica, perdida durante siglos en las arenas.

Ya lejos de por sí en Granada, o alejándose todavía más en su condición de viajero empedernido por los lugares más exóticos del mundo. Y, sin embargo, por mucho que pareciera que se iba alejando, Manuel Villar Raso nunca se olvidó de quién era, ni de dónde procedía. Y por eso regresaba allí con bastante frecuencia. Unas veces para recuperar a los viejos amigos. Lo hizo en su novela *El zulo de los elegidos* (2010), que transcurre en un espacio de 2,60x1,80 m<sup>2</sup>. Para su autor una novela se empieza cuando se tiene al personaje. Y él ya lo tenía en su propio pueblo, en Ólvega. Un hombre humilde al que conoció siendo niños y que consiguió convertirse en una de las grandes fortunas de España. Se trataba del empresario de industrias cárnicas Emiliano Revilla, que fue secuestrado y encerrado en un zulo por ETA. Al decir del escritor, Revilla nunca le llegó a relatarle cómo transcurrieron los días que perma-

neció secuestrado, pero él ya tenía al personaje y lo que hizo fue construir su "alter ego" literario.

Otras veces, Manuel Villar Raso retornaba para rememorar el tiempo vivido, y, de ese modo, no darlo por perdido definitivamente. Nos lo pone de manifiesto en su emotiva novela *La casa del corazón* (2001), la más autobiográfica de todas, en la que lo anecdótico adquiere categoría de lo esencial, convirtiéndose en paradigma de la vida española en el mundo rural de los años 40. Para el niño-narrador, el conflicto surge al tener que optar entre ser pastor, como quería su padre; minero, como su hermano; o cura, como deseaba su madre. Serán la presencia mágica del campo y la concordancia con su hermano David los elementos decisivos que le ayuden a despejar su identidad. El campo le ofrecía un sentido de plena armonía con la naturaleza, pero unos brutales asesinatos acaban desilusionándolo. Por eso se agarra a David, que trabaja en la mina. Este quiere salvarlo por medio del estudio, pero él lo rechaza ante el mal trato sufrido en la escuela con su maestro Don Tiburcio. Tras la trágica muerte de su hermano David deberá decidirse entre el campo y el seminario, optando por el estudio en el instituto de la capital. Así, el niño, sin perder su sentimiento hacia la casa paterna y la tierra del corazón, donde yace su hermano, se marchará e intentará ser un hombre libre. De este modo descubre su vocación de escritor que le llevará a plasmar el recuerdo de su hermano y las experiencias vividas de su niñez y del pueblo, para que nadie muera del todo.

La identidad, los primeros deseos, la infancia, el primer amor... En realidad, el mensaje de *La casa del corazón* y, en definitiva, el de la narrativa entera de Manuel Villar Raso es que son nuestros propios sueños infantiles los que pueblan toda nuestra vida. Que uno nunca deja de ser aquel niño que una vez fue. En efecto, los grandes creadores reconocen que nunca salieron de aquella suerte de infancia que tuvieron. De ahí su curiosidad que invita a la indagación y a la reflexión, esa especie de inocencia en cierto sentido primigenia. Precisamente, este libro supone una búsqueda del yo interior, del yo verdadero que somos. Creemos, pues, cuando nos despojamos de cosas muy importantes para recuperar ese yo primigenio. Como en un nuevo mito del eterno retorno: todos somos niños inocentes que recuperamos a nuestra madre.

En el mundo actual, el trabajo por objetivos, y cada vez con menos personal para acometerlo, nos impone un ritmo de vida urgido por las prisas, lo que nos ocasiona un excesivo estrés que resulta insostenible. Como remedio, el arte, la literatura y la creatividad tienen un efecto sanador y así debió entenderlo Manuel Villar Raso en su incansable práctica de la escritura. Para él "la novela auténtica es la que crea seres vivos y tan retorcidos de vida como las velas de un candil". Y desmiente que la narrativa esté en crisis

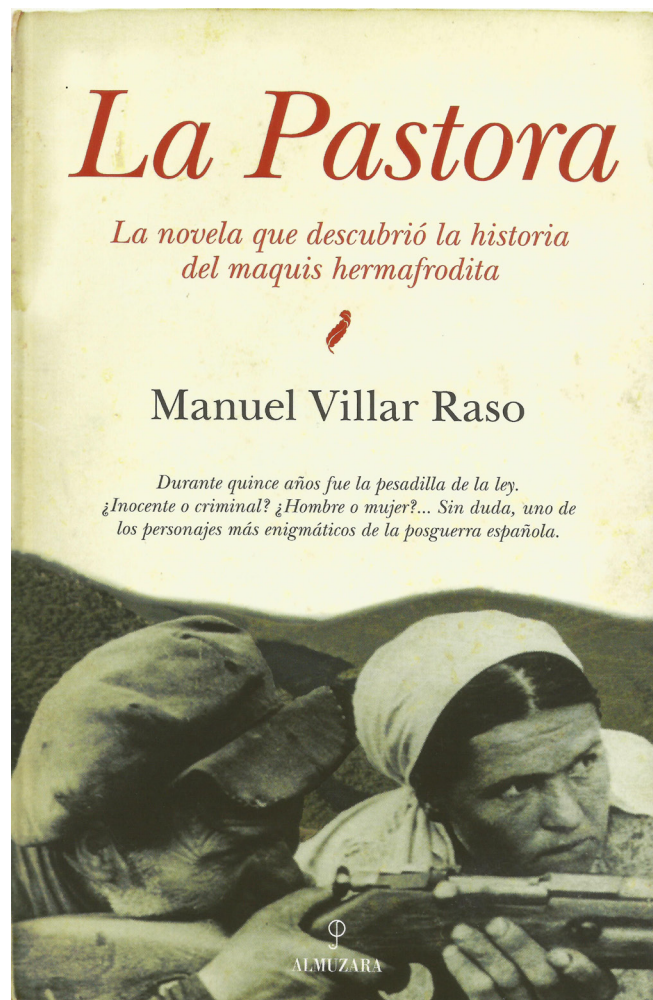
como género, porque “mientras haya novelistas que nos enriquezcan, intriguen y enganchen con personajes; mientras vengan jóvenes con otro realismo y otra manera de contar, sin caer en imitaciones”. Al parecer no nos hemos enterado de que la tarea del hombre moderno es la lucidez. En opinión de Manuel Villar Raso, “la intención de la literatura no es conducir a nadie a un lugar, no es alumbrar la verdad, tan sólo hacer hombres libres”. Puesto que lo más importante es sentirse a gusto con uno mismo.

Yo entiendo que el mayor homenaje que se le puede tributar a un escritor es el de la lectura de sus obras, accediendo a sus mundos imaginarios, pues es al soñar cuando todos nos parecemos. Así, como tales lectores, compartiendo su mirada, podremos recuperar nuestra memoria: gentes, lugares y sucesos que definen lo que cada uno de nosotros somos y que da a nuestras vidas un sentido de continuidad. Y no cabe memoria sin aprendizaje, constituyendo este el modo principal de nuestra adaptación al medio que nos rodea, en tanto que seres vivos.

Manuel Villar Raso, murió en Granada, en su Granada, la noche del lunes 23 de noviembre de 2015. Me enteré, días después, por una escueta noticia recogida en la prensa local de Soria. Y han sido mis sentimientos de afecto y simpatía por el paisano Manuel Villar Raso los que me han estimulado para aprender más sobre él y tratar de acercarlo a los demás con aspectos de su vida y de su obra. Y lo hago muy a gusto una vez más. Curiosamente, al mismo tiempo que estoy leyendo su obra póstuma *La Soria de los Sueños Rotos* (2016), con la que vuelve, después de muerto, a su tierra madre. Cual nuevo Ulises regresando a Ítaca.

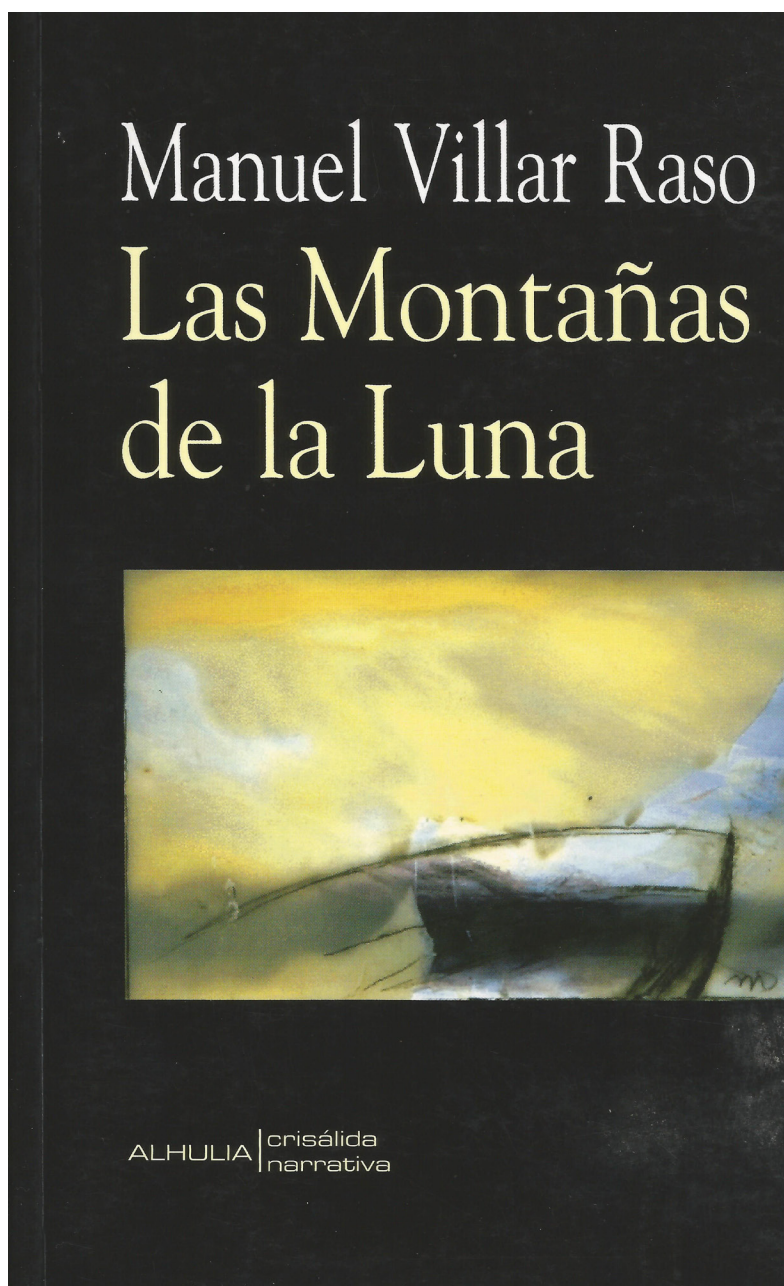
Como si las cumbres nevadas del Mulhacén (Granada) y el Moncayo (Soria) se fundieran en un intenso y prolongado abrazo de blancura. A la altura misma del latido de su corazón.

En Soria, a 26 de septiembre de 2016



“La pastora” 3ª Edición





*"Las montañas de la Luna"*

## RECUERDO DE UNA TARDE DE JULIO CON MANUEL VILLAR RASO

---

Antonio Maura

Tuve la oportunidad de conocer a Manuel Villar Raso en 2014, en Madrid, con ocasión de la presentación de su novela, *Las señoras del Paraná*. Fue una tarde ardiente del mes de julio madrileño en la que se rememoraron la historia de los amores tórridos y de las desdichas de esas mujeres brasileñas, escrita con una sabia forma de contar que sólo los novelistas avezados son capaces de ejercitar, y los viejos juglares.

La personalidad de Villar Raso ha sido multifacética. Fue profesor de Estudios Americanos de la Universidad de Granada, traductor de Emily Dickinson y Walt Whitman, autor de relatos centrados en la historia reciente española: la república, el maquis, los comandos vascos, etc. Fue profesor de Literatura Norteamericana en la Universidad de Granada. Como viajero estuvo en África, en Tombuctú, para localizar el paradero de muchos granadinos que fueron expulsados de la península tras la toma de la ciudad en 1492, y que cuenta pormenorizadamente en su libro *Las Españas perdidas*. También recorrió diferentes países africanos como Mauritania, Burkina Faso, Mali o Níger, cuyas experiencias plasmará en libros como *Donde ríen las arenas*, *África en silencio*, o *La mujer de Burkina*. Fue finalista del premio Nadal

en 1975 con su novela *Mar ligeramente sur*. También hay que resaltar su deslumbramiento por Brasil, por la ciudad de Curitiba y el estado de Paraná, donde tienen lugar las aventuras relatadas en su novela *Las señoras del Paraná*. En ella se narra la historia de una familia fundada en Brasil por Pedro de Oliveira, un portugués llegado a las tierras de Paraná a mediados del siglo XIX.

Quisiera referirme especialmente a esta última novela, pues no sólo centró nuestra atención aquella noche en la Casa de Brasil, sino que, además, es la que más me ha impresionado por su interés por un país tan inmenso como rico, donde Villar Raso ha sabido bucear en su historia como en su realidad actual con una sinceridad descarnada, con un lenguaje que tiene, muchas veces, el aliento del naturalismo. Una de las partes magistrales de esta novela, *Las señoras del Paraná*, y tal vez la más literaria, es la descripción de la vida del que inicia la saga familiar: Pedro de Oliviera pierde a su mujer, hijos y esclavos en el viaje, pero logra hacer fortuna y casa con una portuguesa de nombre infeliz, Ana dos Prazeres, a pesar de ama a su esclava Sebastiana con la que mantiene una relación apasionada. Su mujer destruye, en venganza, los dientes de la esclava, y Pedro

de Oliveira se venga quemándose junto a su mujer y su casa. Estos hechos marcarán el inicio de las desgracias de su hijo Serafim y de los descendientes de éste, João y Gabriela.

La primera señora del Paraná será Gabriela, quien tiene múltiples personalidades y amores: cuidará a su padre, Serafim, con una entrega total, alimentándole a costas de sus esfuerzos y trabajos entre los que se cuenta las prácticas de la mendicidad y la prostitución. Su hermano, João, le ayudará en lo posible, pero su personalidad está menos dibujada, y queda, por decirlo así, en la penumbra: es un delincuente perseguido por la justicia, un aventurero en la Amazonía y, finalmente, reaparece como un fraile entregado a paliar el sufrimiento humano en Ilha do Mel, lugar paradisíaco en el que se desarrolla gran parte de la novela.

Gabriela se casa primero con Ignacio Coimbra, dueño de una *alfaiateria*, pero que acostumbra a perder en el juego, que es su gran pasión. Gabriela tiene con él catorce hijos. La vida de la primera señora del Paraná encuentra cobijo en la clase media en la que le instala su primer marido y en la casa de la Rua Paulo Gomes que le compra João. Su segundo matrimonio, tras la muerte de Ignacio Coimbra, es con Vicente Gradoski que le colma de regalos y le instala en la clase aristocrática de la ciudad. Sin embargo, Gabriela no le amará y acabará abandonándolo, y vivirá a continuación numerosas aventuras sentimentales, que nunca lograrán hacerle olvidar su amor imposible por su hermano João.

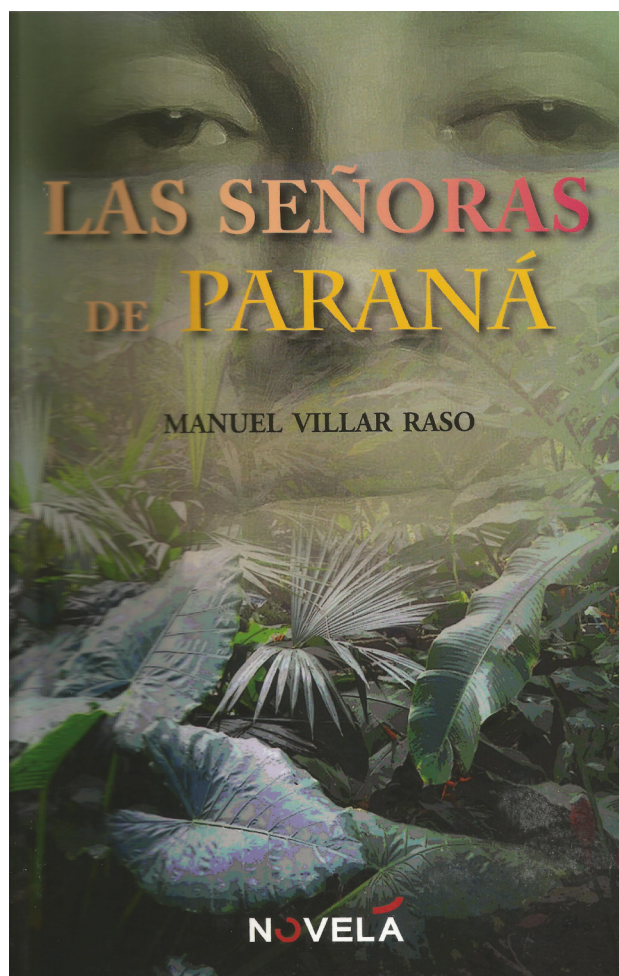
Su hija, Eliana, la segunda señora del Paraná, cuidará de sus trece hermanos ante la ausencia materna. Padece una esclerosis en la cadera y tiene gran afición por la botánica, la cocina y la escritura. Es el personaje central de la novela. Conoce a un profesor universitario especializado en biología y casa con Césare San Geminiano, un italiano, al que no ama y que es incapaz de controlar su voracidad sexual con toda muchachita o mujer que aparezca en su camino. Eliana acaba por echarlo de casa y se va a vivir con el biólogo a Ilha do Mel que, a partir de ese momento, se convierte en el espacio físico de la novela, además de ser un lugar de rara belleza y de enorme riqueza en flores, plantas e insectos. Césare muere empeñado en sacar agua de un pozo que cada vez se vuelve más hondo hasta que una crecida acaba por arrastrarlo y ahogarlo.

La tercera señora del Paraná, Marcela, es hija de Eliana y Césare, y, como su madre y abuela, ama desesperadamente a un hombre y tiene hijos con otro. Su gran pasión recibe el nombre de Herbert Wiegel, aunque su marido sea Vincenzo Agnelli. Nadie sabe con certeza quien es el padre de sus tres hijos. Su amor imposible por Herbert le llevará a ser internada en un hospital psiquiátrico, siendo recuperada por su hija Rossana que le llevará a la Ilha

do Mel. El personaje tampoco está definitivamente dibujado, ya que no se cuenta o no se entiende la enorme lucidez de su ancianidad, que no parece tener nada que ver con la mujer enloquecida de amor en su juventud. Sin embargo, uno de los mejores momentos de la novela es cuando se describe su muerte de una serenidad inolvidable. Podría, incluso decirse, que la narración de algunas muertes es más significativa y plástica que muchas escenas de amor, a excepción de las descripciones de las aventuras sentimentales del patriarca de la familia, Pedro de Oliveira.

Rossana, la cuarta señora del Paraná, es quien cuenta la historia y, siguiendo los pasos de su abuela Eliana, se siente traída por la botánica y por las pasiones. Ama a científicos: Glauber dos Santos, coleccionista de mariposas, Arthur Möller, director de la revista *Natura Brasileira* o el holandés Rip Van Rijst, aunque acaba por enamorarse perdidamente del científico Eduardo Baulieu con quien terminará viviendo en Ilha do Mel.

Rossana es una mujer moderna, sin inhibiciones, que ama sin pudor y que cuenta, igualmente sin pudor, la historia de su familia. En una escena final,



"Las señoras de Paraná"

creo distinguir junto al lecho donde reposa el cadáver de su madre Marcela a su abuela Eliana, a su bisabuela Gabriela y al hermano de ésta, João, así como a Césare San Geminiano y a Vincenzo Agnelli en un conjunto que sólo los muertos, si creemos en los espíritus, o las novelas son capaces de reunir: “tan repentina admiración de todos ellos por mi mamá me hizo pensar que nunca la había querido tanto como en estos momentos, cuando me disponía a abandonar la Isla y escribir un final que enlaza con el comienzo del libro: ‘Con frecuencia en aquellas noches de Ilha do Mel, mi abuela Eliana, mi mamá Marcela y yo, nos sentábamos a disfrutar de la brisa en nuestra casita de Praia Fortaleza.’”

La novela, por tanto, tiene dos tiempos: el narrativo y el de su escritura. El primero se prolonga a lo largo de casi dos siglos, mientras que el segundo se desarrolla en Ilha do Mel como se recuerda al comienzo de la obra en la que, en compañía de Marcela, Rossana está escribiendo la historia de su familia. Junto a los caracteres femeninos de las cuatro mujeres resaltaría también los masculinos, especialmente los de Pedro de Oliveira, Ralph Friedman, Jan Van Rijstede y Édouard Baulieu. Como en toda obra de semejante ambición temporal, ya que recorre seis generaciones, no todos los personajes quedan caracterizados: algunos pasan como sombras, otros están perfectamente perfilados, aunque todos conmueven por el peso de sus respectivas vidas.

Algunos críticos han comparado esta obra con las del “realismo mágico”—García Márquez, Vargas Llosa o Jorge Amado—y no están totalmente des-caminados pues con el primero se podría asemejar su afán épico en la historia de una familia como los Buendía de *Cien años de soledad*, con el segundo la variedad y versatilidad de los temas tratados en sus

novelas y con el tercero el exotismo y el erotismo tropical. Nos encontramos, por tanto, con una obra de madurez que no por ello descuida las pasiones y la vitalidad de la juventud. Como confesó en una ocasión el escritor:

“La escritura es una cumbre explosiva, un calvario y un esfuerzo para atreverse a decir lo que puede ser. El escritor se lo dice a sí mismo en voz baja, sin siquiera abrir la boca, se lo dice en el pensamiento y le gusta decírselo como si estuviera diciéndolo a sus lectores y da en la diana, sacando con pinzas el arte fuera de la historia. Es una forma comprometida de hacer arte. El artista espera ir un paso más adelante de donde otros han ido, eso también es ser artista. Y así, peldaño a peldaño, analiza el tiempo que se ha propuesto vivir, tratando siempre de impedir que se le escape algo que lleva dentro, algo de lo que nos hemos acostumbrado a llamar alma o espíritu.”

Con ese mismo esfuerzo, con esa capacidad de aventura, con ese espíritu de riesgo con el que afrontaba su literatura Villar Raso vivió también su vida. Era un escritor de cuerpo entero, un hombre al que me gustó conocer aquella tarde tan tórrida por el calor como por las historias que se contaron. Como artista que fue, que era, vive aún en sus obras, y leerle es volver a compartir un tiempo que para mí fue breve, en la Casa del Brasil de Madrid, donde le acompañamos algunos amigos y en la que nos regaló su pasión por una vida plena, que desbordaba, como fuente torrencial, de sus ojos. Leerle hoy, por tanto, es hacerle regresar junto a nosotros, como hace Rossana con las otras señoras del Paraná y con el resto de sus ancestros.

27 diciembre 2016



"Últimos paraísos"

# VILLAR RASO Y ÁFRICA

Francisco Morales Lomas

Presidente de la Asociación Andaluza de Escritores y Críticos Literarios  
Profesor Titular de la Universidad de Málaga

Creo que Villar Raso ha perseguido la búsqueda de otra África. Una África diferente a la que nos han ofrecido hasta ahora los pocos escritores que se han ocupado de ella. El África profunda, demoledora, pasional, de contrastes, donde la muerte, el amor, la pasión y la vida se dan con fuerza y frenesí. Y a la vez el África solidaria y extrema donde la vida y la muerte van de la mano. Existe una profunda carga ideológica y solidaria en la relación entre África y Villar Raso, no ha sido una relación literaria (que también) sino una relación de esencia, de reconocimiento y de pasión, y gran parte de esa carga social se ve entre líneas o directamente en su discurso literario, pero también fuera de él cuando trata de explicar las razones que han impedido el desarrollo de África y su anclaje en la infrahistoria:

*«Es indudable que las causas son múltiples. Al fracaso del Colonialismo hay que añadir el débil liderazgo de sus políticos, los odios étnicos y raciales, la corrupción de los partidos políticos y de las administraciones, la pobreza del suelo y, en ocasiones, la riqueza del suelo que, en lugar de favorecer la construcción de gobiernos estables y funcionales, capaces de neutralizar las adversidades de la geografía, los hunden en la más crasa miseria por causa de la maldita e insaciable codicia de sus gobernantes.»<sup>1</sup>*

Y cuando se refería a las obras literarias que habían llevado al continente africano a Europa era consciente de que no habían reflejado esa visión

maltrecha del continente y la sensación de que la aventura tal como la habían planteado en el pasado estaba en proceso de desaparición, y no olvidaba su compromiso personal, pasional y ético hacia un continente. Una idea que hemos de destacar sobremedida cuando nos referimos a su estética africana, inseparable de la ética africana:

*«Ignoro si África en el futuro dará novelas tan auténticas como Viaje al Congo de André Gide o Las nieves del Kilimanjaro de Ernest Hemingway. Parece que la aventura auténtica está condenada a desaparecer, pero las conciencias humanitarias y los soñadores jamás podremos olvidar la hambruna que en ella se ceba con especial malicia, la suerte de la mujer...»<sup>2</sup>*

Hace diez años, en el verano de 1999, confesaba Manuel Villar Raso el verdadero sentido de África en su producción literaria:

*«En cuanto pisas el desierto una vez, ya nada puede salvarte (...) Quedas atrapado para siempre por África, no solo por sus colores, sino por la inmensidad y por la vida, sobre todo por la vida, la vida elemental, primitiva, básica (...) Poco a poco fui descubriendo el ansia de vida que existe allí, pero también la pobreza, la miseria, el abandono, las condiciones extremas.»<sup>3</sup>*

Esta sensación de permanecer se hace esencia y casi manifiesto en unas declaraciones que hacía a la prensa decía que sobre África ha practicado la literatura de los pobres. África inspira sin querer y es

1 Villar Raso, M.: "El fracaso de África" en *Ideal de Granada*, 28 de febrero de 2003.

2 Villar Raso, M.: Sin título, en *Mundo Negro*, noviembre 2001.

3 Arias, J.: "África en las venas" en *El Ideal de Granada*, verano 1999.



Cuadro de Jesús Conde

arte comprometido y sin escrúpulos. África cura las heridas propias y ajenas. Y tiene historia, su historia, aunque sus gentes vivan al margen de la historia.

A lo largo de estos años ha llevado a cabo muchas declaraciones en la prensa a través de diversos artículos, entrevistas... en las que explicaba esa proyección de África en la obra de escritores españoles como Javier Reverte, Juan Goytisolo, Arturo Barea o Ramón J. Sender, que se interesaron por el norte de África; sin embargo, África era vista más bien como algo exótico, como libro de viajes. Sin embargo, denunciaba que pocos se habían interesado por <otra África>, una África recóndita, subterránea:

«El África que yo conocía de niño tenía como Biblia la obra de Conrad y por ella se habían interesado Gide y Hemingway, había tentado a artistas, no pequeños, como Rimbaud, Flaubert, T.H. Lawrence, Bowles, Miquel Barceló, nuestro pintor, y se me ocurre que la razón no era otra que el mito de la inocencia perdida en nuestra cultura burguesa que todavía es posible en una África donde la aventura está condenada a desaparecer. No obstante, los que

la amamos, las conciencias humanitarias y soñadoras, jamás podremos olvidar ni las hambrunas que en ella se ceban con especial malicia, ni la muerte tan patética en toda ella, los baobabs, los destierros y los grandes ríos de una tierra, madre de misterios, que todavía llena de magia nuestra imaginación.<sup>4</sup>»

“África es como es (...) y aquí no hay esperanza en varias generaciones y es mejor no hablar de ello”. Tan contundente se muestra el doctor José María (o José Mari) Domingo en *Donde ríen las arenas* (1994). Y en otro momento, Michel Román, el secretario de la embajada en Bamako, le hace la siguiente confidencia al doctor: “Si estás libre de vicios, te pronostico un mes en África (...) Éste es el jardín del Paraíso y resulta inevitable morder la manzana”. Son términos que nos permiten establecer una imagen. Pero el secreto de África no son sus símbolos, sus luces y sus sombras, su pereza o su vitalidad sino su multiplicidad, su capacidad creativa, su proyección hacia el futuro y la consideración del desconcierto como horma para el desconocimiento que siempre ha supuesto el acercarse a ella.

4 Villar Raso, M.: “Palabras previas” en *La mujer de Burkina*, Ediciones KRK, Oviedo, 2001, p. 10

## MAESTROS Y APRENDICES

José Vicente Pascual

La última novela que leí de Manuel Villar Raso fue *Las señoras del Paraná*. Cierta que unos meses después de publicada esta obra, me envió el manuscrito de un nuevo libro que acababa de concluir y aún estaba, según sus palabras, “por pulir”: *La Soria de los sueños rotos*. Reconozco que no he leído ese manuscrito, por dos razones. Primero, porque las urgencias que siempre aplazan lo importante, en esta ocasión relacionadas con la publicación y promoción de mi última novela, me privaron del recogimiento que merece el manuscrito de un amigo. Y más tarde, la noticia del fallecimiento de Manuel, para mí absolutamente inesperada, un nublo amargo que me costó varios días aceptar y que me apartó del manuscrito por un sencillo sentido del pudor. Manuel me pasó aquellas páginas para que las leyese cuando tuviera tiempo y le diera, como siempre, mi sincera opinión. La ecuación es simple: no voy a husmear en un texto privado del amigo al que ya no puedo trasladar mis impresiones al respecto. Puede que al lector de estas líneas le resulte algo extravagante, o caprichosa, esta actitud mía; mas no puedo evitarlo: leer en detalle (y en manuscrito, inédito) *La Soria de los sueños rotos*, me parecería faltar a la palabra con un amigo difunto. Una falta de respeto y el uso de una herencia literaria que no es mía.

Sí escribí en su día sobre *Las señoras del Paraná*, una novela soberbia, mayúscula, que me confirmó, una vez más, la maestría alcanzada por Manuel Villar Raso en este difícil arte, al cabo de toda una vida, tan fructífera, tan admirable, dedicada a la literatura, la docencia y el no menos difícil arte de viajar, en el que Manuel era igualmente un maestro. Si, como decía Juan Ramón Jiménez, “al escritor joven hay que ayudarle, al consagrado exigirle y al viejo comprenderle”, *Las señoras del Paraná* son una sin-

fónica demostración de que comprender a algunos “viejos” también significa asumir, con todo el gozo del mundo, que en la novela siempre ha habido y siempre habrá maestros y aprendices.

Dicho lo cual y anterior, y para no andarme con otros circunloquios prescindibles, les transmito las impresiones de lectura sobre la última obra publicada por Manuel Villar Raso. La que en su momento me hizo disfrutar, una vez más, de su enorme, afable, cercano talento.

### LAS SEÑORAS DEL PARANÁ

Los universales son femeninos. La existencia y la realidad, la pasión y la verdad. La vida. La libertad y la muerte. La vida otra vez. O sea, que esto es una manera estupenda de empezar un artículo sobre una novela concebida en cada una de sus páginas, personajes, situaciones y argumento, su alfa y su omega, en torno al universal de los universales: el eterno femenino.

Gabriela Oliveira está dispuesta a “fundar ella sola un país”. Este propósito, literariamente expresado, entona muy bien con lo más sabroso del realismo mágico y su discurso novelístico, pero se queda corto ante la realidad-real. El femenino, que es el único género posible y en verdad existente, se encuentra en el origen no de un país, sino de TODO. No hay creación del mundo, ni humanidad, ni paraíso ni distopía sin un origen enraizado al sentido-hembra del ser. La violencia (la otra gran razón de la voluntad en la historia), llega después. Masculina como sujeto agente. Pero antes de alzar la quijada de asno contra el prójimo, necesitamos una Eva que traiga al mundo a los contendientes. Sin Eva no hay Caín ni Abel. Ni Adán. Adán sin Eva es un berzotas alelado en el nar-



cótico de la ignorancia original. La humanidad como atributo, virtud y pecado, es ella. La-Humanidad. Femenino.

Manuel Villar Raso no es femenino. De hecho (con perdón por el anglicismo), es uno de los escritores menos femeninos que conozco. La gente de Ólvega (Soria, su pueblo natal, allá por 1936), suele ser rotunda y de suyo tradicional en estos asuntos. Sin embargo, la desfeminización personal se invierte en progresión geométrica en sus novelas. He leído a pocos autores que sean tan sutiles, tan bisturí sin anestesia, precisos y tan elegantes a la hora de recrear el mundo de las mujeres y las sociedades donde ellas se instituyen como causa y efecto, encienden la primera hoguera en el primer hogar y entierran al último de la estirpe, de la tribu, del país y del imperio. Ya lo hizo con "La Pastora...", "La larga noche de Ángela", "La mujer de Burkina", "Desnuda en lo real"... Y vuelve a demostrar en **Las señoras de Paraná** que el ámbito natural de casi toda su producción literaria se encuentra siempre, pero siempre, cercano al latido del corazón y el pulso inacabable del alma de las mujeres. O "de la mujer"; para el caso, el concepto viene a ser el mismo.

En *Las señoras de Paraná*, cuatro mujeres relatan y entremezclan sus vidas en una auténtica vorágine de efectos argumentales, situaciones dramáticas, sentimientos, pasiones, traiciones, esperanzas y desengaños. Gabriela, primera de ellas, hija del atrabiliario y un poco desafortunado Pedro de Oliveira,

aparte de la primera es la encargada, por así decirlo, de iniciar los mitos fundacionales. La siguen Eliana, Marcela y Rossana. Cuatro generaciones de mujeres que van a conseguir algo más importante que "fundar un país". Edifican un mundo. El mundo entero, el Brasil de finales del XIX y el siglo XX que es un resumen bastante amplio, efervescente, a menudo delirante y en ocasiones genial y valeroso, de ese mundo entero que entre las cuatro son capaces de construir. Las cuatro se ven ligadas sentimentalmente a hombres que no las aman (no como deberían, al menos), y a su vez se enamoran de hombres que no les convienen (no tanto como ellas creen a veces). Esa tensión entre el ser y el deber ser, la realidad y el anhelo (lo que cualquier teórico de otros tiempos llamaría "contradicción dialéctica"), representa con bastante efectividad y justamente el principio de contradicción que determina el avance de las personas y las sociedades. En torno a las señoras y sus vidas bulle una civilización extraordinariamente vital que viaja, comercia, hace la guerra, levanta ciudades, explora territorios desconocidos, abre caminos, dicta leyes, inventa dioses... Y en torno de ellas, siempre, sugerido por una prosa tan segura como delicada, como acostumbra a escribir el autor, se genera lo más valioso de esta novela (desde mi modesto punto de vista): su enorme potencia literaria.

La literatura, ya saben: otro universal femenino. Yo que ustedes no me la perdería: ni la fascinación por la literatura ni la magia de esta novela.

## DE EDITOR A ESCRITOR

---

Manuel Pimentel Siles

Antes de conocerlo lo había leído. Antes de tratarlo, había aprendido de sus viajes por el África profunda, arrojando luz sobre una Tombuctú que yo descubriría poco después. Antes de editarlo, ya sentía una honda admiración por él.

Lo conocí en un acto en Granada, cordial y amable, envuelto en una modestia inusual en profesores y doctores encumbrados. Y a raíz de ese encuentro, surgió la oportunidad de editarle su libro de viajes y reflexiones sobre África, *África en silencio*, obra que me fascinó y que posteriormente saldría en bolsillo en Alianza. De vez en cuando nos encontrábamos y nuestra conversación solía girar en torno a los libros y a la pasión compartida por los vastos desiertos africanos. Algún tiempo después, volvimos a editarle en Almuzara una obra tan interesante como hermosa, *La Pastora*, que narraba las increíbles peripecias del maquis hermafrodita. Ambas obras aún figuran, luminosas, en nuestro catálogo.

Dicen que una persona no muere del todo mientras alguien le recuerde. Manuel Villar Raso sigue vivo en la memoria de cuántos le trataron, quisieron, leyeron o admiraron. Pero, sobre todo, su

presencia sigue latiendo en su obra, en sus libros, tan intensos y personales. Leyéndolos, entramos en su mundo, compartimos charla y reflexiones con él, abrimos nuestra mente a los espacios infinitos que habitó.

La relación entre autores y editores, que oscila entre el amor y el odio y que tanta literatura ha generado, siempre tiene un elemento común: la admiración por la buena literatura. Al editor de raza le interesa, con frecuencia, más la obra que la persona, más el talento que el contacto. Tras grandes libros se pueden encontrar escritores mezquinos, tras obras mediocres, excelentes personas. Con Manuel Villar Raso pude disfrutar de una de las intersecciones áureas que en tan contadas ocasiones editores y escritores pueden encontrarse. Detrás de su excelente escritura, de sus libros maravillosos, descubrí a un hombre bueno, cálido, inteligente y observador. Su calidad humana igualaba el nivel excelente de su obra literaria. Por eso lo aprecié tanto, por eso, mi admiración y cariño siguen tan vivas como cuando viajaba por las soledades africanas con sus libros entre mis manos.



*Manuel Villar Raso y su mujer y Pilar Argaiz, su mujer, en las playas de Almería, verano 2014*

## MANUEL VILLAR RASO, UNO DE LOS NUESTROS

---

Antonio Ruiz Vega

*A* Manuel le heredé como amigo de mi padre, circunstancia que se ha venido dando con otras personas, como Juan García Atienza, José Pellicer, Dámaso Santos Rafael Alberti y otros. Y digo que era “de los nuestros” porque su sombra protectora siempre estaba allí, en la lejanía geográfica pero en la cálida cercanía de su solidaria amistad. Esperando que le pidiéramos cualquier colaboración para las sucesivas Causas Perdidas en las que esta Pequeña Provincia se ha visto embarcada en los últimos 40 años.

Sí, Manuel estaba allí, en su granadino barrio del Serrallo (Calle Zorahida, no se me olvidará nunca). Y todos los años rendía visita a Soria camino sin duda de su Ólvega natal. Hace unos años, recuerdo, hablé a los bachilleres de la ciudad del Moncayo de la huella literaria que había dejado y, como no pude menos de hacer, cité ampliamente a Manuel y sus obras, que en este caso más que en ningún otro son amores.

Con el paso de los años (ya no cumplo los sesenta y el segundo nieto viene de camino) el escribir necrológicas lleva camino de convertirse en hábito, aunque tengo la buena costumbre de hacerlo sólo bajo petición. Como digo, Villar Raso (su sorianía llegaba hasta el punto de formar con sus dos apellidos un topónimo de la Antesierra), estaba siempre allí y al día de hoy sólo se me ocurre compararle, por su

modestia y bonhomía con el gran investigador de lo esotérico, Juan García Atienza.

Hace ya bastantes años, creo que corría 1998 o 99, fue uno de los invitados a un programa de “Negro sobre Blanco”, en TVE-2, del cuál fui asesor literario. Versaba aquel programa sobre la Literatura Soriana (si es que tal cosa existe) y me tiembla el pulso al pensar que por lo menos la mitad de los que participaron ya no están entre nosotros. Juan José Peracho Soria nos dejó no hace mucho y algunos años atrás le precedió Avelino Hernández Lucas. Y, como asevera Woody Allen, yo mismo no me siento muy católico...

Recuerdo que Peracho y Villar Raso estuvieron hospedados durante la grabación en el mismo Hotel Plaza de la madrileña Plaza del Conde del Valle de Suchil, enfrente de una de las librerías de Marcial Pons. Mantuvimos alguna que otra tertulia en los veladores de la plaza. De las dos pasiones de Manuel yo compartía sólo una, su anglofilia. La otra era África, y esa era común a Peracho, gran viajero por el Sáhara. Recuerdo que en aquellas conversaciones yo no pintaba mucho, pues el Continente Negro, la verdad sea dicha, no está entre mis prioridades culturales. Más arrimé la oreja cuando Manuel nos hablaba de sus peripecias con el mundillo editorial, confidencias que resultaron abracadabrantas. A Vi-

llar Raso le pasó lo mismo que a Carmen Formosa con su novela "Carmen, Carmela, Carmiña": en 1999 abrió "La Cruz de San Andrés", flamante premio Planeta del luego Nobel, Camilo José Cela y descubrió, no sin pasmo, que era casi idéntica a la suya, presentada al Planeta en su día y no premiada. A Manuel le sucedió lo mismito, aunque algunos años antes. No vamos a decir el pecador, es decir, a quien se apropió del manuscrito y lo publicó con su nombre llevándose de paso el premio de marras. Pero es bastante conocido. Soy una tumba... No diremos el pecador, pero ya hemos dicho el pecado. Qué hizo Manuel? Como es lógico pleiteó, pero, como nos contaba desolado, la poderosa editorial "compró" a varios letrados, que abandonaron rápidamente la querrela. Por fin recibió una llamada del mismísimo José Manuel Lara Hernández. Y allá que se fue nuestro hombre, a ver qué pasaba. Por lo que nos contó a Peracho y a mí, Lara admitió el pecado desde el principio. Loó la novela, pero, le confesó: *con tu nombre no se hubiera vendido*. Y admitido el pecado negoció una solución que, a aquellas alturas, no hubo más remedio que aceptar. Tal y como las gastaba el *capo* Lara el paso siguiente hubiera sido encontrarse una cabeza de caballo entre las sábanas...

Esto quiere decir que Villar Raso cuenta entre sus galardones el Premio Planeta, aunque sea por persona interpuesta...

Una de las obras que más me llamó la atención de entre las suyas fue *Las Españas Perdidas* donde se glosaba la insólita epopeya del morisco almeriense Djuder Pachá (*né* Diego de Guevara) contra los guerreros songhay de Tombocú. Por cierto que a Djuder, o Yuder, le llamaban así porque blasfemaba fuerte y en castellano. En la batalla de la planicie de Tondibi, Djuder venció gracias a los arcabuces y cañones, desconocidos para los heroicos songhay, que recurrieron –sin éxito– a azucar rebaños de bueyes contra los invasores.

En 2001 tuve el alto honor de publicar en la colección *Cosas de Soria* (número 9) *La casa del corazón*, de temática soriana, u olveguesa por más precisar, para lo que pedí un prólogo a Avelino Hernández Lucas (otro de *los nuestros*), que lo redactó en forma de entrañable carta personal a Manuel. En ella se señalaban los no pocos paralelismos entre ellos, no siendo el menor el haber ambos cursado estudios eclesiásticos y haberlos abandonado después de un tiempo. También la proximidad geográfica ya que Valdegeña y Ólvega no distan, en línea recta más que unos pocos kilómetros. Da idea de la desintegración de nuestro mundillo cultural soriano (que no ha

hecho más que agudizarse desde entonces), que por esa época ambos no se conocieran personalmente. A ello proponía poner remedio Avelino invitándole a visitar su Valdegeña natal y degustar una caña de cerveza en compañía. El prólogo, como digo, era muy cariñoso y encomiástico. Por aquel entonces ambos eran figuras conocidas siendo algo más joven Avelino (quién iba a decirnos entonces que moriría sólo un par de años después).

De *La casa del corazón* habíamos ido publicando como primicia algunos capítulos en la revista Abanco/Cosas de Soria y, como ya he dicho, venía a asentar el estatus literario de la villa de Ólvega, aparte de colmar con creces su deber filial para con ella.

Aunque Manuel Villar Raso no recibió (como corresponde y es admitido) el reconocimiento de su provincia, sí que lo obtuvo –y clamoroso– de su patria chica olveguesa. Todavía recuerdo la multitudinaria presentación de su libro en la Plaza Mayor, atestada de conciudadanos. Así era Manuel, entrañado en su tierra, recibiendo sus efluvios y su fuerza geológica.

Pero su –relativa– lejanía en Granada, amén del cosmopolitismo de sus inquietudes intelectuales y geográficas, le evitó el conocer demasiado el mefítico ambiente cultural soriano. Permaneció un poco al margen, a esa necesaria distancia que conviene tomar, y no cabildó ni rindió pleitesías que no fueran las de la amistad desinteresada.

Le casaba como un guante el famoso monólogo del Cyrano de Rostand, *No gracias*.

Ni adulaba, ni cambiaba de camisa para obtener posición. No, no era un loro, ni le quitaba el sueño *ver su nombre escrito en letras de oro*.

*No gracias!*

Más bien: *sólo al que vale reconocía los méritos, no pagaba jamás por favores pretéritos, renunció para siempre a cadenas y protocolo. Posiblemente no consiguió volar muy alto, pero solo*.

Me parece un buen epitafio.

Por otra parte si alguna ventaja tenemos los escritores en esta sociedad que nos detesta cordialmente por inoportunos y quisquillosos es el derecho a la relativa inmortalidad que nos otorga nuestra obra.

Manuel la tiene asegurada.

Soria, La Rubia, Valle del Kas, Septiembre 2016

## LA CASA DE NUESTRO CORAZÓN

---

Álvaro Salvador

*A*l poco de aparecer el libro publicado por el periódico Ideal y la editorial Dauro, Manuel Villar me regaló un ejemplar de *La casa del corazón*. No sé por qué razón, quizá por estar fuera de Granada, no me enteré de la publicación del libro y hablando un día con Manolo en la Facultad de Letras le comenté que estaba escribiendo un texto sobre mi infancia en mi pueblo, en Cúllar, centrado en un episodio de crueldad infantil que yo relacionaba con los rescoldos de la Guerra Civil. Manolo me pidió que le acompañase a su despacho y me regaló un ejemplar de su reciente obra. No fue ese, ni mucho menos, el único libro que me obsequió a lo largo de una relación de amistad y compañerismo que duró más de treinta años, pero sí el que más me impresionó, el que más hondamente caló en mí por las razones que voy a exponer a continuación.

Lo primero que sorprende en este libro es su originalidad, su resistencia a ser incluido en algún género o subgénero conocido. ¿Se trata de una novela? ¿De unas memorias? ¿De una autobiografía novelada? En realidad, *La casa del corazón* es un libro que tiene algo de cada una de las anteriores caracterizaciones, pero no se identifica totalmente con ninguna de ellas. Es un texto híbrido, mitad novela, mitad memorias, mitad autobiografía, mitad crónica, mitad relato de ficción, mitad prosa, mitad poesía.

El estilo, incluso –del que hablaremos más adelante con detenimiento– no mantiene una unidad estructural a lo largo del relato, sino que va adaptándose en cada fragmento a las necesidades de lo narrado.

En una especie de prólogo titulado “Nada como tu olor me place”, Manuel Villar explicaba la génesis y el desarrollo de la escritura del libro con la imagen esotérica y mística de un tercer ojo surgido para hacer posible la redacción de la obra: “Me di cuenta entonces de que ficción solo sobrevive cuando se abandona la realidad y decidí escribir su historia (la del pueblo de Ólvega y la del niño que vive en él en los años cuarenta) de inmediato, pero no como era sino como lo veía desde este tercer ojo azul, con sus geniecillos alados, casas decrepitas, campos yermos...” La imagen del tercer ojo es sin duda una imagen fuerte, muy poderosa y profunda, pero pienso que en realidad, más que con un tercer ojo, es decir, más que con una capacidad visual, con lo que Manuel Villar escribió finalmente este libro fue con una poderosa capacidad carnal, con una fuerza que le salía de las entrañas, como ocurre con los libros que nos atañen íntimamente y que quieren hablar de las cosas que nos son más queridas y cercanas.

El libro, finalmente, se estructuró en dos partes, cada una de ellas constituida por una serie de

fragmentos –más que capítulos–, titulados los unos “Viñetas de mi infancia”, de las que llegan a totalizarse hasta quince, y los demás con diferentes títulos que en la mayoría de las ocasiones tienen que ver con el argumento de lo narrado. La razón para dividir los fragmentos en “viñetas” y capítulos de otra índole no está muy clara. Me da la impresión, pero no siempre es así, de que las viñetas contienen relatos más poéticos, más ficcionales, más estrictamente “literarios” (aunque en muchos casos se basen también en testimonios reales o en recuerdos extraídos de la realidad) o literaturizados, mientras que los de libre calificación se refieren más a los recuerdos reales del personaje principal, el niño Manuel, aunque tampoco es siempre así. Hay cierta arbitrariedad en esa división que quizá se deba al desarrollo en la composición de la obra. No obstante, conviene aclarar, que esos paratextos no le restan en absoluto ni unidad ni coherencia al resultado final del texto.

Otro de los grandes hallazgos del libro es el tono. El autor consigue el tono más adecuado para reproducir la voz de un niño que, en ocasiones, habla desde su infancia y en otras desde el adulto que recuerda su infancia, pero deslizándose desde una posición a la otra con una fluidez y una naturalidad admirables. Del mismo modo, la voz del niño se desplaza desde la descripción de la realidad que le rodea hacia la necesidad de una realidad más amable, a través de las ensoñaciones, los delirios, los deseos y la literatura, siempre un modo natural para el lector. Existe otro desdoblamiento más de la voz narrativa que funciona como núcleo significativo de la ficción: los materiales que proporcionan las distintas manifestaciones de lo que podríamos llamar los “relatos populares” (supersticiones, leyendas, creencias, tradiciones) que el autor introduce también de manera muy natural a través de la voz del niño. El tono se sostiene, sin decaer ni un solo párrafo, desde el principio hasta el final del libro: “Mis padres nunca salieron de Ólvega, mi pueblo natal. Allí nacieron, se casaron y murieron. De los ocho hijos que tuvieron, hoy sólo quedamos cuatro. A uno se lo llevó la hambruna, a otro el tifus en el seminario de Tarazona; otro murió en la mina, alcanzado por una piedra, y al cuarto se lo llevó una máquina.”

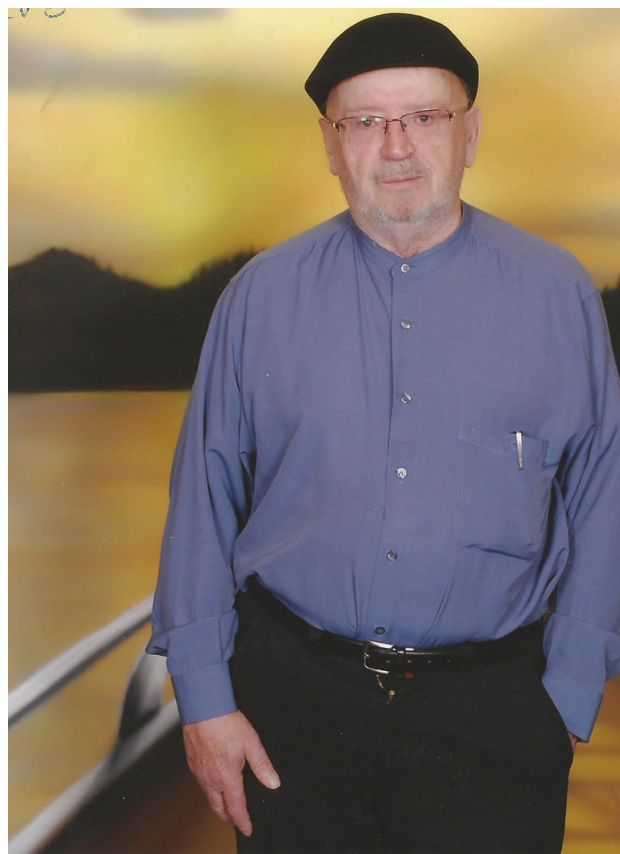
Desde aquí, el libro va narrando una serie de recuerdos, en apariencia dispersos, elaborados por la memoria de la voz narrativa, la voz del niño Manuel, alter ego del autor, Manuel Villar Raso. Memoria, realidad y ficción, se mezclan a lo largo de más de ciento cincuenta páginas en las que en torno a dos figuras principales: el héroe, David, el hermano mayor del protagonista y el antihéroe, don Tiburcio, el maestro violento y maltratador, símbolo del terror y el autoritarismo de la época. En la construcción de este personaje reside otro de los aciertos mayores de la obra, porque no se trata de una construcción lineal ni demagógica, no describe a un falangista, a

un personaje afecto al régimen, sino al contrario, se trata de un represaliado, antiguo republicano, condenado a pagar parte de sus culpas políticas en el destierro de ese pueblo. Un personaje ambiguo, a ratos fiera terrible y a ratos el único capaz de ayudar a los mineros y a los jornaleros del pueblo en sus reivindicaciones. Un personaje que representa el peor modo tradicional de educar (“La letra con sangre entra”) y que, sin embargo, representa también una de las pocas vías, de las pocas posibilidades para escapar de aquel mundo de atraso y de miseria. En torno al héroe y al antihéroe, la voz de Manolillo va tejiendo una serie de episodios en los que se describe y caracteriza a la familia, familia de un pueblo humilde en los años cuarenta del pasado siglo, a los amigos del protagonista con sus juegos y sus travesuras, a veces muy violentas también, la vida en la escuela, la vida del campo en contacto con la naturaleza y con los animales, el despertar sexual. etc. Todo ello, narrado de tal modo que desde muy pronto la narración va trazando una contextualización social en la que quedan muy presentes las taras de la época. El hambre y la miseria en primer lugar: “Cuando vuelvo la vista hacia mi niñez, me pregunto cómo pudimos sobrevivir sin más recursos que unos terruños, hoy pasto de los cardos y la aliaga.” Y en segundo lugar, pero con un protagonismo muy determinante, las secuelas de la guerra: el antiguo alcalde republicano Fuentes, que salvó a un grupo de derechistas de ser fusilados, y que sin embargo se veía perseguido, condenado a esconderse, a emparedarse en la cabaña del ganado en la montaña, a disimularse como un fantasma. Y que provoca la condena y la prisión del padre de Manolillo por haberle ayudado a esconderse. A la pregunta de Manolillo sobre el porqué su padre no fue a la guerra, la respuesta de este es contundente y resume admirablemente las dos pandemias de la época: “Porque no entiendo de guerras. El hambre ha sido mi única guerra.”

Desde esa contextualización de un mundo presidido por la autocracia y la represión, por el hambre y la falta de posibilidades para la mayoría de la población, la política aparece también con su dosis de oscurantismo y contradicciones, al desarrollarse siempre de modo fantasmal en la clandestinidad. David, el hermano preferido y querido del protagonista, supone el eje en torno al cual el discurso político se desarrolla, alcanzando a don Tiburcio y explicando las apariciones fantasmales de los maquis, huidos en la sierra, de los fugitivos de la represión franquista y de los detentadores del nuevo poder, como, por ejemplo, el Pimpollo, cazador y sanguinario, el cura o el antiguo cacique, don Evaristo. Personajes que, por otra parte, se construyen magistralmente: “Su sonrisa viciosa y sus puros daban mala espina. En el pueblo nada pasaba sin su permiso y a su hija no la dejaba salir ni a sol ni a sombra a la puerta de la calle.”

A partir de ese tejido de personajes y situaciones, de anécdotas y recuerdos, se va construyendo la historia del protagonista y el argumento fundamental de la obra: la frustración que en el niño va creciendo a medida que toma conciencia de la falta de posibilidades que el pueblo ofrece para el desarrollo de sus capacidades, de sus anhelos y sus sueños. En muchos momentos, esta obra me recuerda a *Mi infancia y juventud* de Santiago Ramón y Cajal, porque en ambas obras el protagonista se identifica con la vida natural del campo, con los animales, con la vida al aire libre, y rechaza la educación y el conocimiento de la disciplina escolar. Manolillo se reserva, como un escape, la lectura de sus "cuentos", Santiago, la pasión por el dibujo y la pintura en general. El mundo animal, con su belleza, su crueldad, sus reglas, su dureza y su bondad, es perfectamente descrito por Manuel Villar en distintos pasajes del libro: "Azuleaban los montes a mi alrededor y sobre mi cabeza los vencejos viraban, se revolcaban y zambullían en el cielo tras los mosquitos con la rapidez de los murciélagos. El cernícalo y la alondra aleteaban sin avanzar, como si flotasen en el aire. Los jilgueros y verderones volaban a golpes erráticos de remo y caían al suelo sobre las flores de los cardos y los troncos de los olmos, por los que trepaban como ardillas... En la poza grande había ranas de todos los tamaños, que la cruzaban en un solo resoplido, y en las amarillentas hierbas gusanos, grillos y saltamontes con los que me identificaba y a los que hacía míos, seguro de haber sido rana, insecto o verderón en otro tiempo... Nada era feo aun lo más repugnante y con todo me identificaba y todo era mío..." Incluso con los insectos más impopulares acaba identificándose, tal y cómo nos cuenta en el pasaje dedicado a las cucarachas: "... y el hallazgo más importante fue descubrir la perfección de su hechura. Parecía imposible no sentir admiración por las líneas de su abdomen, por sus formas perfectas, placas brillantes o por la precisión geométrica de sus ojos, y dejé de tenerles miedo."

El miedo es otro de los protagonistas del relato. Miedo al maestro, miedo a las noches de pastoreo en la cabaña de la montaña, miedo al padre, miedo al Cristo sangrante de la iglesia, al cura, miedo a la ausencia del hermano, etc. En un momento dado, la voz narradora cambia de posición y, pasando de la tercera persona a la primera, increpa al lector: "Y no estoy inventando el miedo, amigos. En aquella España de los años 40, los niños no teníamos voz y nos estaba prohibido el llanto, incluso en nuestras casas." Para vencer el miedo y para exorcizarlo el autor recurre a otro espacio muy presente y determinante en el imaginario infantil: el mundo de los sueños. Tanto en sus ensoñaciones placenteras, evocando la figura de su amiga Carmencita, desaparecida físicamente, pero que como un hada lo visita cada noche al ser evocada, o bien añorando al hermano ausen-



Manuel Villar Raso Grand voyeur en un crucero en 2012

te, o como en los delirios de pesadilla tras la palizas de don Tiburcio, los miedos al fantasma de la cabaña o los momentos trágicos, Manolillo recurre a los sueños, a la evasión ensoñadora que pueda restaurarle las conexiones con la realidad dañada que le rodea.

En el texto, esas ensoñaciones son elaboradas por el autor, lector de Rulfo, de García Márquez, de Faulkner, en una especie de mezcla con la realidad que nos acerca al tono de un posible realismo mágico a la española, con el que suaviza tiernamente, como corresponde a una voz infantil, el duro realismo de la tradición más carpetovetónica, conocida también por el autor, lector de Baroja, de Cela o de Delibes. Esto es evidente en fragmentos como el dedicado a la visita con el abuelo al cementerio, en la Viñeta V, en el que el eco de Rulfo resuena por doquier, pero no tanto porque haya una influencia directa, sino porque tanto la tradición de Rulfo como la de Manuel Villar arrancan de un tronco común, o los siguientes párrafos que tanto nos recuerdan al gran maestro colombiano: "De madrugada el pueblo se conmovió por un sinfín de augurios que hacían presagiar la tragedia: la tierra quedó sobrecogida por un frío sin medida y la fuente El Suso, que nunca se helaba, apareció con los caños convertidos en gigantes chorizos; sonaron solas las campanas, ladraron los perros sin descanso y cantaron los gallos antes del alba." No es de extrañar que este mundo



maravilloso pueda surgir de una región en la que los lugares se llaman Ólvega, Moncayo, Toranzo, Arnaviana, Matalebreras, Pozalmuro, Noviercas, Boboria, etc., y los personajes Tiburcio, Cagancho, Antonio Juanes, Prudencio, Erendina..., en el que la buela Antonina es una bruja y el abuelo Manuel habla con los muertos. El mismo lenguaje, la misma tierra, los produce.

En general, las narraciones que se centran en el mundo infantil de un personaje suelen girar en torno al conflicto interior que se desencadena, llegado un momento de madurez, entre la relación que el protagonista viene sosteniendo con sus padres y su familia y el reto que supone, en cuanto decisiones y renunciadas, la elección de un porvenir, de un determinado futuro. En nuestra obra, la relación de Manolillo con la familia es conflictiva desde el comienzo, las alusiones a la incompreensión, incluso a la falta de cariño de los padres, es frecuente y temprana: "... (mi madre) me mira silenciosa y caigo en la cuenta de que nunca hemos cruzado una palabra afectuosa. A veces tengo la sensación de que no sé su nombre y me despierto llorando..." Y más adelante: "Mi padre quería hacerme un hombre a los 8 años y, como había decretado que fuera pastor o trabajara en el campo, los libros le envenenaban la sangre." El protagonista oscila constantemente entre su terror a la escuela y su amor por los libros, entre su pasión por sus animales y su tierra y las nulas posibilidades de progreso y realización en ella. Sus hermanos son un claro ejemplo, obligados a tener que emigrar si quieren vivir con una cierta holgura. David, el hermano conciencia, el ídolo de Manolillo, el querido y admirado a quien toda la familia respeta a pesar de no ser el mayor, es quien actúa constantemente como acicate, como inductor hacia la educación y el progreso intelectual del protagonista. La vida se encargará de enrarecer las contradicciones y de llevar de la mano al niño hasta su madurez como persona.

Hay un momento central en la novela ciertamente inquietante: el segundo fragmento de la segunda parte, la Viñeta X, en la que, en un discurso que no sabemos bien si es soñado o experimentado por el protagonista, se nos hacen ambiguas revelaciones respecto a uno de los crímenes que más miedo provocaban –según propia confesión– en Manolillo, el de

las tres niñas de Malosdineros. El niño oye la conversación de unos mozos, entre los que se encuentra su hermano mayor, Teófilo. Hablan de las niñas, de que "cómo pudimos", de que "la culpa fue de la guerra", de que "ninguno queríamos hacerlo". Aquella revelación causa uno de los tremendos delirios de Manolillo y en el capítulo siguiente, dedicado a Erendina, la mujer enajenada del cacique, vemos aplicado magistralmente otro de los modernos recursos literarios con los que el autor nos obsequia: el de la anticipación, anticipación parcial de los hechos, cuando el narrador dice: "Varios años después de la muerte de mi hermano me encontré con la loca por casualidad..."

Eros y tánatos. La presencia constante de la muerte ("sorprendía no obstante la rapidez con que se iba la gente mayor") y la compulsión erótica casi obsesiva, si tenemos en cuenta que se trata de un niño de ocho y nueve años, se van alternando a lo largo de todo el relato.

No obstante, todo ese mundo adulto al que se ve abocado el protagonista, incluido el mundo del trabajo, obligado por las circunstancias, hace que muy pronto reflexione sobre temas y preocupaciones de una indudable madurez: "Había algo más allá de mi padre y del maestro que tenía que descubrir por mí mismo. Había algo lejos, que tenía que encontrar por mi cuenta..." La tragedia final hace que ese proceso de maduración culmine en la decisión de escoger el camino trazado por el hermano conciencia, el hermano héroe. Ese camino no será otro que el de la educación y los libros, con la consiguiente salida del pueblo. Las heridas afectivas no se solucionarán del todo: la madre, con su cariño egoísta hacia los hijos, no entenderá la marcha de Manuel y éste nunca entenderá el modo de amar a sus hijos de la madre, pero de algún modo la decisión de marchar hacia el seminario como coartada, como proyección hacia otros destinos más laicos, es fruto de ese terremoto emocional que se ha desencadenado en el muchacho. Los párrafos finales nos hablan del consuelo, bajo el peso de la tradición más noble: "Por primera vez en mucho tiempo me sentí ligero de equipaje y a gusto con mi padre, cabalgando a sus espaldas, lejos de casa y del pueblo, sin el peso del dolor y de los gritos, de los cantos en las suelas de las sandalias, de la tierra y de los amigos."

---

# LA PRIMERA Y LA ÚLTIMA NOVELA DE MANUEL VILLAR (IN MEMORIAM)

---

Aquilino Sánchez  
Universidad de Murcia

Antualmente, el 6 de enero de 1975, acompañábamos mi mujer y yo a Manuel Villar y a su mujer, Pilar, en la cena de concesión del premio finalista Eugenio Nadal (un clásico de Barcelona), que se otorgó precisamente a Manuel Villar, por su novela *Mar ligeramente sur*. En ese mismo año, el premio Nadal recayó en Francisco Umbral (*Las Ninfas*).

Fue la primera experiencia literaria oficial que compartí con un amigo que había conocido recientemente en la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB). Y digo oficial, porque algunas de sus páginas desechadas las había encontrado ya algún tiempo atrás en el cajón de la mesa que Manuel Villar ocupaba en la UAB, mesa que yo compartí durante unos meses, cuando en 1973 inicié mi vida académica en esa misma universidad.

Pocos años después, Manuel Villar y familia se trasladaron a Granada, pero su producción literaria continuó, ahora ligado a la Universidad de Granada... Y lo que continuó durante toda la vida fue nuestra amistad, cultivada en frecuentes encuentros, en viajes conjuntos y en largas estancias compartidas en los EE. UU.

Cuando surgió la posibilidad de colaborar en una obra homenaje a Manuel Villar, pensé en esos largos años de amistad compartida y me pregunté si sus novelas habrían sido también tan sólidas como nuestra amistad. Y de ahí nació la idea de comparar dos de sus novelas, la primera –*Mar ligeramente sur*,

1975- y la última –*Las Señoras de Paraná*- que me envió puntualmente –como siempre hacía- en Enero de 2014.

Como muy bien sabía Manuel Villar, nuestras respectivas aproximaciones a las obras literarias eran muy diferentes, como también lo eran nuestros ámbitos de trabajo profesional: la suya creativa, sin ataduras ni corsés, en la que predominaba la imaginación; la mía de carácter analítico, centrada en las evidencias derivadas del tipo de lenguaje y formas lingüísticas utilizadas por cada autor. Pero sé que escuchaba con atención la fría disección léxica que hice de alguna de sus obras en un par de congresos y reuniones científicas. En su honor hay que admitir también que los datos extraídos y sistematizados no cambiaban su hábito de trabajo ni su quehacer literario, aunque quizás le hicieron reflexionar más de una vez sobre la cuidadosa selección de las palabras que finalmente estampaba en sus obras.

La comparación entre dos novelas alejadas en casi 40 años la una de la otra, puede hacerse de varias maneras, o desde varias perspectivas, todas ellas legítimas. La mía no se centrará en comentarios y opiniones personales, a manera de glosas superpuestas a lo expresado por el autor. Por “deformación profesional”, me he habituado a fundamentar mis juicios más en datos objetivables que en opiniones subjetivas, aunque estas sean o puedan ser tam-

bién acertadas y convincentes. En los últimos años he venido trabajando en el análisis de grandes compilaciones de texto procesadas por ordenadores. El resultado de tal procesamiento genera datos reales, extraídos de los textos analizados. La sistematización de tales datos permite determinar qué rasgos distinguen o diferencian unas obras de otras.

El refrán español *De la abundancia del corazón habla la boca* sintetiza adecuada y gráficamente lo que subyace en esta metodología de análisis. Viene a afirmar que es posible conocer a una persona (o sus obras) reparando en el lenguaje que utiliza. Y así es en realidad:

(i) Si alguien tiene una idea predominante en su mente, la exterioriza mediante las palabras que usa, sobre todo por la abundancia y frecuencia de las palabras relacionadas con el tema objeto de preocupación.

(ii) Si alguien quiere convencer de algo, abundará también en el uso de las palabras que hagan referencia a ello.

(iii) Si alguien insiste en una idea, lo expresará incrementando la frecuencia de términos relacionados con esa idea.

(iv) Si alguien “es directo y va al grano”, preferirá las palabras y frases cortas, más que las frases alambicadas y largas.

(v) Si alguien quiere impresionar en su discurso, abundará en oraciones muy elaboradas y en palabras poco frecuentes, más largas, etc.

(vi) Si alguien expone pocas ideas diferentes en su comunicación, se valdrá de pocas palabras diferentes,

(vii) Por el contrario, quien abunda en muchas ideas diferentes, necesariamente tendrá que valerse de más palabras diferentes.

Y así sucesivamente...

En definitiva: las palabras usadas por un hablante son fiel reflejo de su persona, de sus cuitas, de sus preocupaciones, de sus gustos y temores, etc.

## 1. EL MÉTODO DE ANÁLISIS

Actualmente abundan los estudios e investigaciones de obras literarias y no literarias fundamentadas en datos cuantitativos. Una de las áreas más cultivadas es la referida a la **identidad** del autor. De esta manera, por ejemplo, cabe la posibilidad de identificar los plagios o diferenciar escritos auténticos de escritos no auténticos. Pues bien, al menos algunos de los utensilios y herramientas usados en este tipo de estudios, sirven también para diferenciar las obras de un mismo autor. Y a ello me aplicaré a continuación, con perdón de mi entrañable amigo,

que no se extrañaría de ver su obra diseccionada por mí de esta manera, porque no es la primera vez que hago esto, incluso estando él mismo presente.

La lectura de la primera y última novela de Manuel Villar lleva sin duda al lector a la constatación de que existen notables diferencias en cuanto a la temática y la trama.

La primera, *Mar ligeramente sur*, como reza en la solapa de la primera edición, es “imaginación, un estilo especial que invita a compararla con la música. Está tan cerca del poema como de la novela”. Su lectura no es fácil para el lector que busca intriga, o acción en la que involucrarse o a la que “engancharse”. Contada en primera persona, invita a la reflexión, al sueño difuso y no concreto, a la aventura imaginaria, a la ensoñación.... La segunda, *Las señoras de Paraná*, se define en la solapa como “una obra de naturaleza épica, con manejo del suspense narrativo, fértil en estímulos sensoriales, erotismo, sabores, aromas colores y paraísos perdidos”. Aunque es verdad que no hay por qué tomar al pie de la letra lo que se escribe en las solapas, ambas leyendas son bastante acertadas. Yo añadiría incluso que parte de lo que se dice de *Las Señoras de Paraná* (LSP) es también aplicable a *Mar ligeramente sur* (MLS): ambas son “fértils en estímulos sensoriales, erotismo y colores”.

Para comenzar y hacer creíbles mis conclusiones, especialmente para quienes no estén habituados a este tipo de estudios, me ha parecido ilustrativo y útil mostrar lo que resulta de la aplicación de un programa informático de “atribución de autoría” diseñado para la identificación o autenticación de autores (AICBT, *free online software*, disponible en: <http://www.aicbt.com/authorship-attribution/online-software/>,). Este programa mide algunos de los parámetros que utilizaré más adelante y con mayor detalle. En esta prueba suministré al programa, de una parte, los textos completos de cada una de las dos novelas comparadas (MLS/Autor 1 y LSP/Autor 2), y de otra parte, un extracto de LSP (Autor 2). El extracto de LSP lo utilicé de “cebo” para comprobar si el programa detectaba eficazmente el grado de afinidad con la novela de la que procedía, en contraste con MLS.

Los resultados de este análisis exploratorio, que se cifra en tres componentes (palabras funcionales, léxico y signos de puntuación), fueron los siguientes:

a) En cuanto a las palabras funcionales (conjunctiones, preposiciones, artículos...), consideradas muy significativas porque son las que aglutinan o articulan el discurso, el análisis pone de manifiesto la fuente de la cual procede (LSP/Autor 2) con un grado muy alto de probabilidad (Fig. 1, con el marcador casi en la cota más alta):

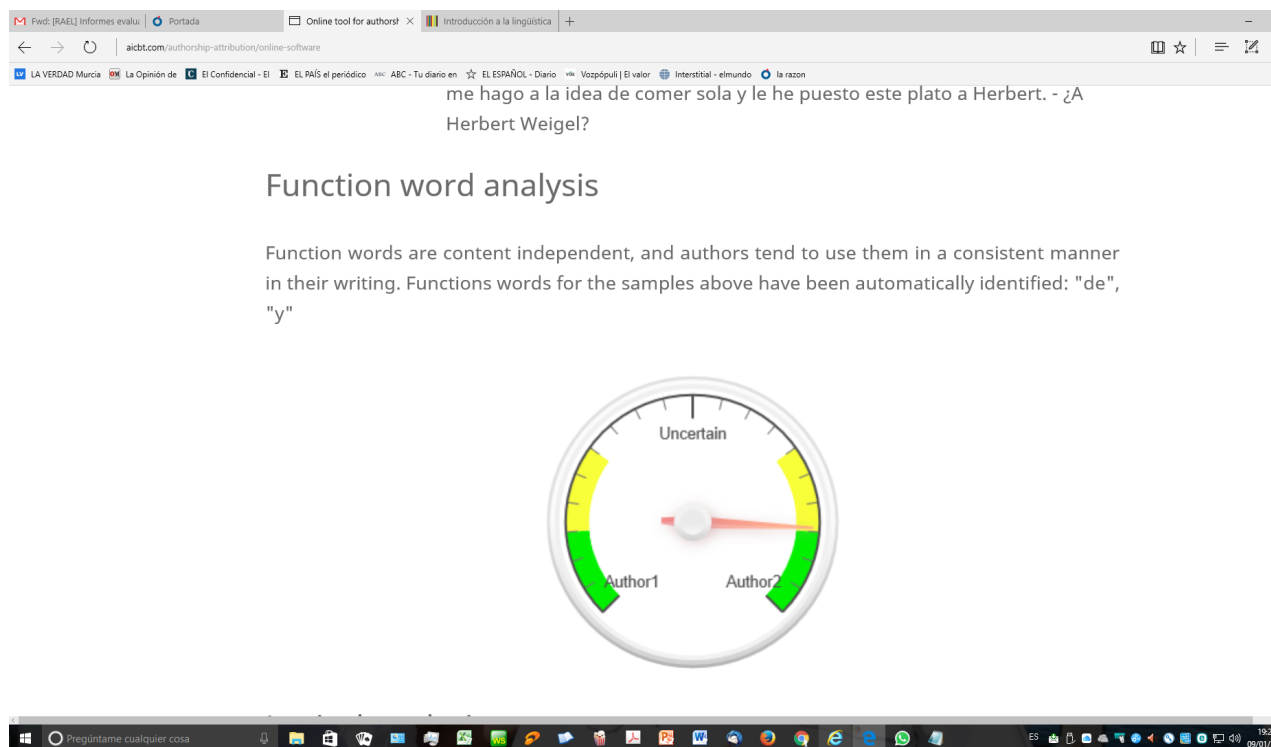


Fig. 1: Resultados del análisis de palabras funcionales

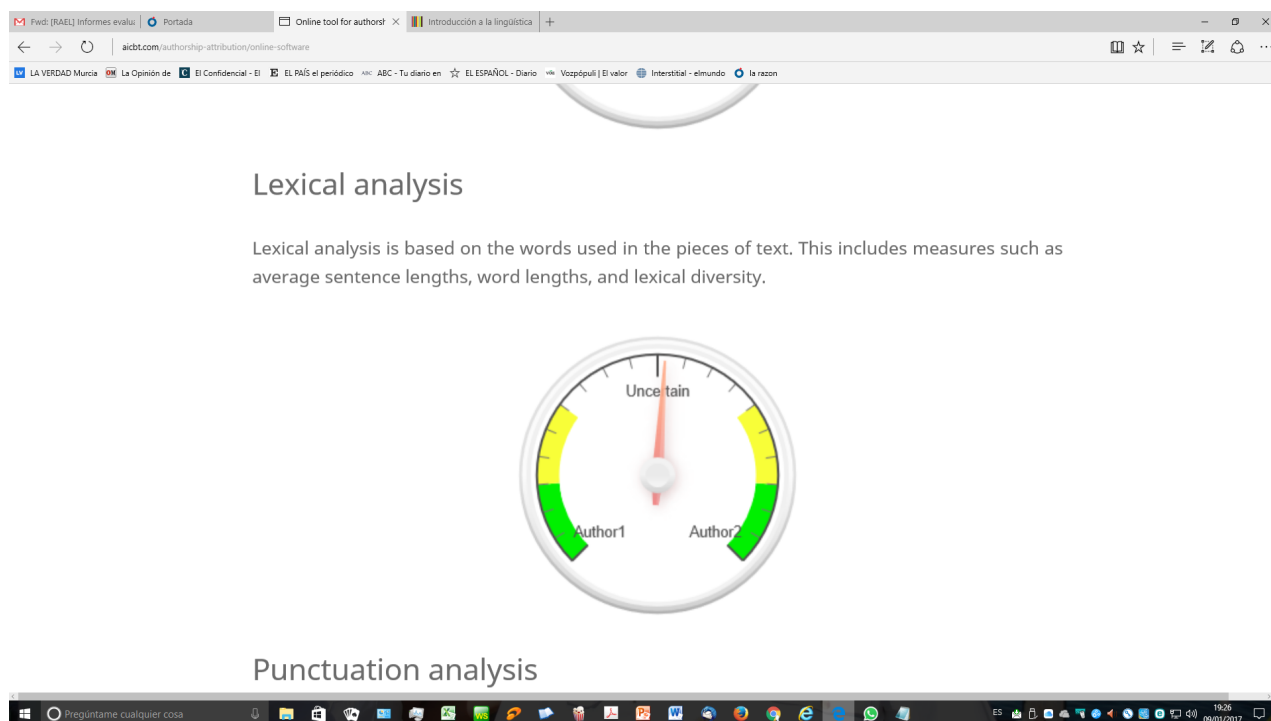


Fig. 2: Resultado del análisis léxico

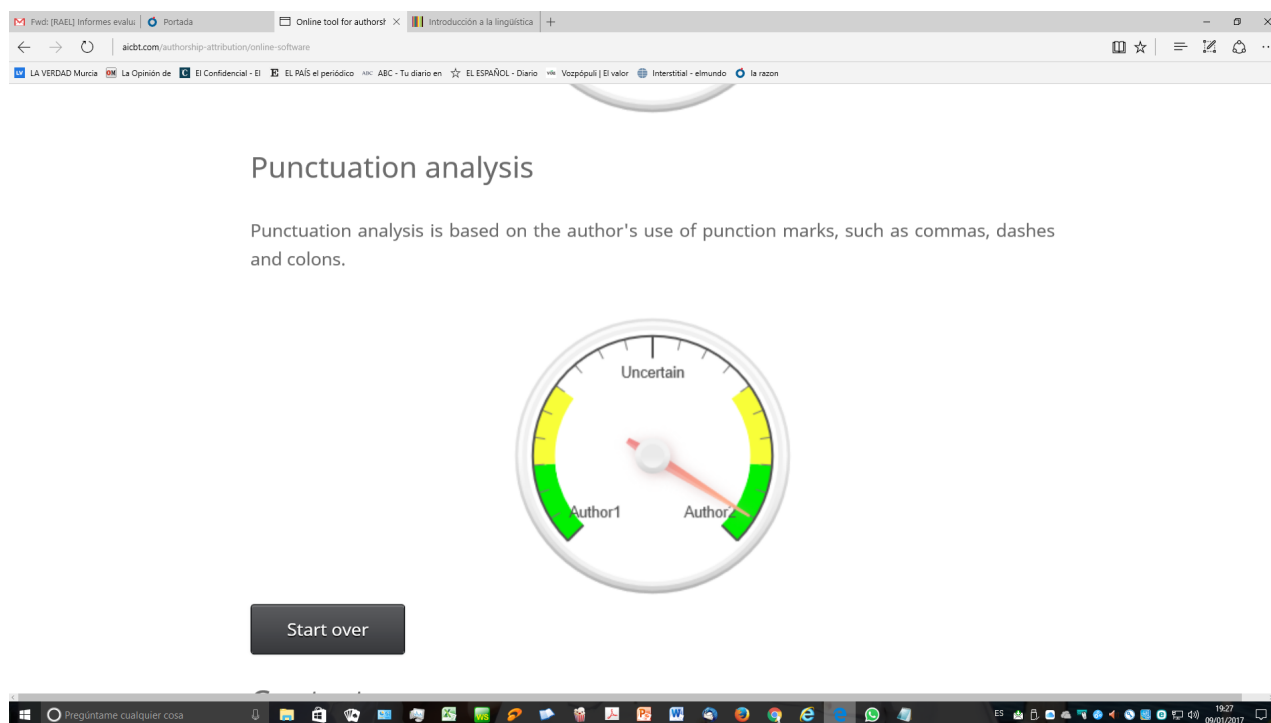


Fig. 3: Resultado del Análisis léxico (arriba) y puntuación (abajo)

b) En cuanto al análisis léxico (longitud de las frases, de las palabras, diversidad de palabras...), no hay un resultado contundente: el componente léxico apenas se diferencia (Fig. 2). Como veremos más adelante, este resultado no se hermana bien con el parámetro de riqueza léxica, pero sí puede ajustarse a otros parámetros léxicos (longitud de las palabras y de las oraciones, por ejemplo):.

También es meridianamente clara la autoría a favor de LSP (Autor 2) en lo referente a los signos de puntuación (Fig 3):

Como puede observarse, los resultados ponen de relieve la fiabilidad, no absoluta, pero sí relativa, de los instrumentos usados en la identificación o diferenciación de ambas novelas. Veamos con mayor detalle los resultados de la comparación aplicando un análisis más detallado de componentes o rasgos definitorios, en cada una de las novelas.

## 2. RESULTADOS DEL ANÁLISIS

### 2.1. Palabras clave

Las palabras clave son aquellas que el autor utiliza con una frecuencia media superior a la habitual en el lenguaje general. Por tal motivo, las palabras clave constituyen el mejor escaparate en el que se reflejan los conceptos y temas que sobresalen en la obra. Su identificación se lleva a cabo mediante la comparación (estadísticamente significativa) de las palabras usadas en una obra y la frecuencia de esas

mismas palabras en el uso general del español. Si los resultados de la comparación son estadísticamente significativos, es decir, si la frecuencia de ciertos términos en el autor es significativamente mayor que la habitual en el uso del lenguaje general, en tal caso se habla de "palabras clave". En el presente caso, los datos referidos al uso general del español se basan en el Corpus *Cumbre*, una recopilación de 20 millones de palabras extraídas de textos representativos del uso contemporáneo en España e Hispanoamérica (Sánchez, 1995b). Las palabras clave identificadas en cada una de las dos novelas revelan claramente que ambas versan sobre temas bien diferenciados y perfectamente acotados. De hecho ambas novelas tienen muy pocas palabras clave en común, como puede apreciarse en la Tab. 1:

<i>Palabras clave en MLS</i>	<i>Palabras clave en LSP</i>
acercaba	abuela
agua	abuelita
bahía	abuelo
barca	amazonía
barco	amor
barquilla	ático
barrotes	bahía
bella	cabaña
bocana	cabeza
cabeza	cafetería
celda	cama

césped	casa
chalet	cocina
chorlitos	dientes
cielo	enamorado
club	esclava
desconocido	establos
desnuda	flores
embarcadero	gritos
emparrados	habitación
encantos	hermosa
estiaje	hija
estrecho	hijita
faro	hongos
gris	huerta
hombrecillo	isla
inmensa	jardín
jardín	mamá
lejanía	mel
llenaba	niña
lluvia	noche
luna	odiaba
manos	ojos
mar	orquídeas
mujer	papá
muro	pasteles
muslos	plantas
noche	porche
ojos	pozo
Ola, olas	profesor
oscuridad	regresar
palmones	rostro
pared	sastrería
paz	silencio
pechos	sonrisa
pesar	sueños
pesca	vecinas
playa	vida
porches	
proa	
quilla	

Tabla 1: Palabras clave en MLS y en LSP

En MLS sobresalen los términos: *agua, barco, chalet, bahía, club, cielo, embarcadero, lluvia, mar, pesca, silencio, sueños, ...* Todas ellas claramente definitivas del tema de la novela. En LSP destacan, sin embargo: *abuela, Amazonía, amor, bahía, cabaña, cafetería, cama, casa, cocina, enamorado, esclava, mamá ... etc.*, que son también fiel reflejo de la temática.

Así pues, este componente confirma lo que cualquier lector puede observar con facilidad: am-

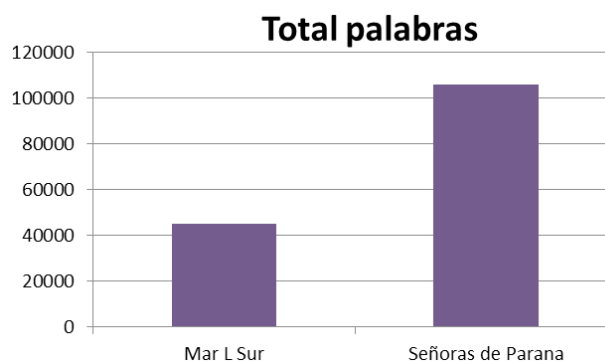
bas novelas se diferencian meridianamente la una de la otra en cuanto al tema tratado, y el hecho queda perfectamente reflejado en las palabras clave de cada novela.

## 2.2. Riqueza léxica

La extensión de ambas novelas es notoriamente diferente: la última dobla en extensión a la primera. Mientras MLS consta de 45.085 palabras, LSP contiene 106.136. Pero este dato por sí solo no es muy relevante: solamente nos confirma que una novela es más extensa que la otra (Fig. 4).

Fig. 4: Extensión de cada novela

Lo que sí es significativo es comparar la cantidad de palabras diferentes en ambas obras, así como la relación entre el total de palabras diferentes y el



total de palabras (diferentes o no) que conforman la obra. Si una obra se vale, proporcionalmente, de mayor número de términos léxicos diferentes, esto significa que la capacidad expresiva es mayor, o, como suele decirse, es mayor su *riqueza léxica*. De ahí que el denominado *índice estandarizado de riqueza léxica* sea relevante (obsérvese que el índice es válido solamente si resulta de cifras *estandarizadas*, ya que, en caso contrario, la obra más extensa tendería necesariamente a contener más variedad léxica). El índice resultante es revelador: 48,16 es el índice de MLS, mientras que LSP alcanza un índice de 53,21. Una diferencia de 5 puntos, equivalente a un 10% aproximadamente (Fig. 5):

## S TTR

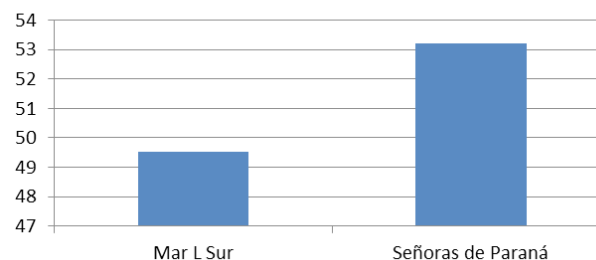


Fig. 5: Índices estandarizados de riqueza léxica

Cabe destacar, pues, que aunque la primera novela es más descriptiva, más poética y de esmerado lenguaje, es inferior a la última en riqueza léxica.

LSP se asienta sobre una trama narrativa que implica acción, variedad de situaciones y de personajes, hechos diferenciados.... Si la primera novela pretende precisamente poner de relieve valores genuinamente literarios mediante el uso virtuoso del lenguaje, envuelto en una cierta nebulosa expresamente buscada y alimentada mediante un léxico vaporoso y una sintaxis menos convencional, la segunda se construye sobre una historia narrativa en la que importa mantener personajes, secuencias y hechos con una cierta claridad, para que el lector no pierda el hilo del argumento. Este hecho obliga a ciertas restricciones en el uso del léxico y en la sintaxis. Sin embargo, y a pesar de ello, la última novela incrementa de manera nada desdeñable la variedad de términos utilizados en la narración. Cabe concluir, pues, que el autor ha sido capaz de mejorar su expresión literaria, a pesar de que ha incrementado la facilidad lectora y se ha sometido al imperio de una trama que impone restricciones léxicas. Sin lugar a duda, este hecho refleja la madurez de un escritor en permanente estado de renovación y mejora.

### 2.3. Parámetros léxicos

En la definición de la identidad de un autor se ha universalizado, por su eficacia discriminante, el uso de algunos parámetros aparentemente inocuos, especialmente en las obras literarias. Estos parámetros son:

a) *el uso de palabras que aparecen solamente una vez (hápx legomena).*

b) *el uso de palabras de 10 o más letras.*

c) *La longitud media de letras por palabra.*

d) *La cantidad media de palabras en la oración.*

A pesar de la aparente inocuidad de los elementos mencionados, la realidad lingüística no es así. Quizás conviene ser cautos y no utilizar aisladamente cada uno de esos medidores. Pero tomados en su conjunto son decisivos en la identificación de un autor. Y por tanto, también lo son a la hora de identificar diferencias en las obras de un mismo autor.

#### 2.3.1. Palabras de una sílaba y de más de 10 sílabas.

Las palabras que aparecen una sola vez en un texto son muchas. Como media, suelen oscilar entre el 40 y el 60% de todas las que constituyen un texto cualquiera o una muestra de expresión oral, como ya predijo Zipf (Zipf 1935), en la década de los 20, del siglo pasado. Además, la variedad temática suele contribuir a una mayor presencia de palabras únicas, al igual que la búsqueda de una mayor precisión léxica

también suele implicar mayor variedad terminológica. En el caso que nos ocupa, y traducido a porcentajes para homogeneizar los datos, MLS contiene un 60,38% de palabras de uso único, mientras que LSP se queda en el 53,55% (Fig. 6).

### Hapax Legomena

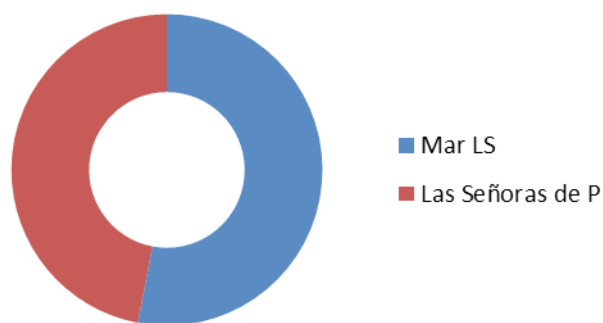


Fig. 6: Palabras únicas

Se da una ligera diferencia entre ambas novelas, a favor de MLS. La interpretación de este hecho confirma el mayor esfuerzo del autor de MLS en la búsqueda de matices significativos, que requieren el uso de palabras nuevas y/o diferentes.

Por el contrario, en la última novela, LSP, el autor se vale de más palabras diferentes, pero de menos palabras con frecuencia única. Este hecho parece una contradicción, pero no lo es: el autor maduro de la última novela saca más provecho del potencial significativo de las palabras usándolas en más de una ocasión en sus diferentes significados, mientras que en MLS ofrece mayor unicidad léxica y, en consecuencia, explota o se aprovecha menos de la riqueza significativa de las palabras que utiliza. Sin lugar a duda, la madurez del autor ha incrementado en LSP el dominio del léxico. Por eso el STTR (índice de riqueza léxica) es también mayor.

#### 2.3.2. El uso de palabras con 10 o más letras (5 o más sílabas).

En el uso general de la lengua, el uso de palabras largas no es lo más habitual, y desde luego es menos habitual que el uso de palabras de menor longitud. De hecho, el mayor número de palabras usadas tiene entre dos y ocho letras, y constituye en torno al 80/85% de todo el caudal léxico usado en un texto. De ahí que las variaciones en este parámetro sean también significativas para identificar el estilo y tipo de lenguaje de un autor. En este apartado, LSP cuenta con un 4,64% de palabras con 10 o más letras, mientras MLS contiene el 5,86% de las mismas (Fig. 7).

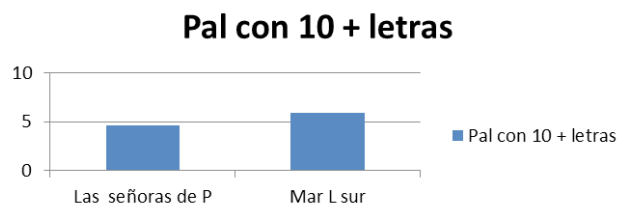


Fig. 7: Palabras con 10 o más letras

Dado que el lenguaje de MLS es más elaborado y rebuscado, resulta lógico que el porcentaje de palabras más largas sea proporcionalmente superior al encontrado en LSP. Y ello constituye también un rasgo diferenciador entre ambas novelas. Este parámetro revela justo lo que ya comenté al inicio: MLS es una obra en la que el autor pretende ser más innovador, más atrevido y más vanguardista en el uso de la lengua. De ahí que el lenguaje sea también más “propio” y rebuscado. Una de las consecuencias es la abundancia de términos con más número de letras.

### 2.3.3. Longitud media de las palabras y cantidad media de palabras en las oraciones

La longitud media de las palabras (número de letras por palabra) y la cantidad media de palabras

por oración constituyen también dos parámetros significativos en la identificación de autoría. La comparación de estos parámetros con la media esperada en cada uno de ellos, es decir, la desviación respecto a la media que puede detectarse en un escrito, es susceptible de contrastar a un autor frente a otro u otros. Estos son los datos de ambas novelas respecto a ambos indicadores (fig. 8):

Las diferencias entre la primera y última novela son poco significativas. Mientras la longitud media de las palabras es casi idéntica en ambas obras, la extensión media de las oraciones se decanta ligeramente a favor de LSP, reflejando quizás un ligero incremento o ganancia en el uso de un lenguaje más elaborado en la sintaxis.

Todos los parámetros analizados anteriormente se recogen en el gráfico siguiente (Fig. 9) y dan una imagen de conjunto de las semejanzas y diferencias entre MLS y LSP:

Puede observarse que de los cinco parámetros analizados, tres de ellos son más altos en LSP, uno es superior en MLS y un quinto es prácticamente idéntico en las dos novelas. La conclusión es que las diferencias entre la primera y última novela son poco

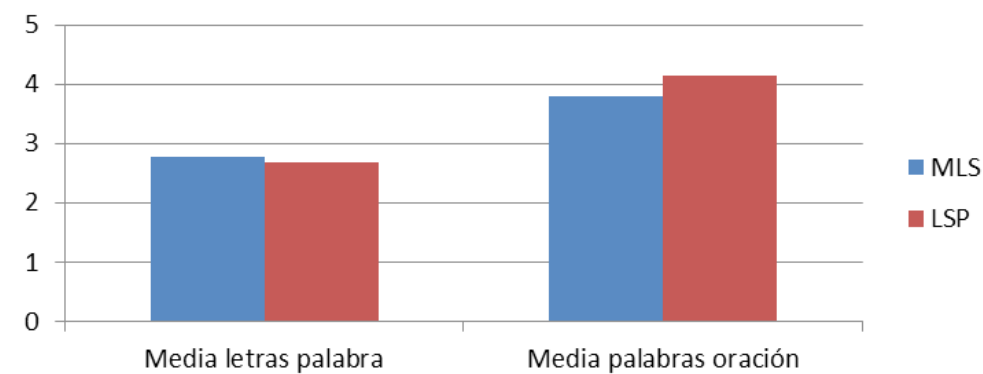


Fig. 8: Longitud media de palabras y oraciones

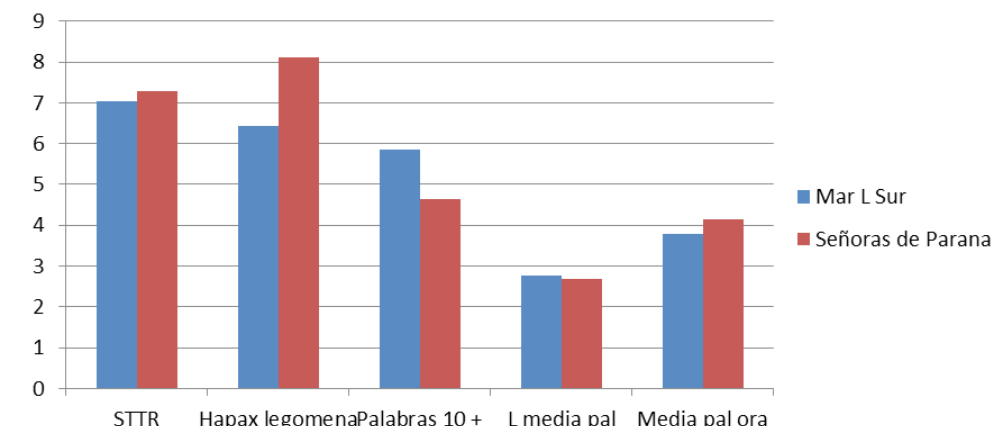


Fig. 9: Comparativa de 5 parámetros



acentuadas, si bien cabe interpretar los tres parámetros que diferencian LSP de MLS como fruto de la madurez del escritor en el uso del lenguaje.

La conclusión más relevante apunta hacia la constatación de que Manuel Villar maneja el lenguaje de sus novelas de manera bastante similar en sus aspectos estructurales, a pesar de que administra las palabras en la primera y última novela con algunos cambios constatables, probablemente atribuibles a su experiencia como escritor y a su madurez en el uso de la lengua. Los cambios más significativos se perciben en otros ámbitos, especialmente en el temático y en la selección del léxico, como refleja la idiosincrasia significativa de las palabras usadas.

#### 2.4. Tipo de léxico y su frecuencia

El análisis comparativo de las 100 palabras más frecuentes, que también suelen tomarse como un indicador de autoría, constituye en este caso un notable factor diferenciador.

Solamente cuatro palabras de las 100 más frecuentes en cada novela están presentes en el mismo orden de frecuencia. El hecho señala ya con claridad que ambas novelas presentan diferencias significativas en la distribución del léxico y en la aglutinación del discurso. Llama particularmente la atención que la palabra más frecuente del español general, *DE*, y a gran distancia de la siguiente en frecuencia, no es tal en LSP; en esta novela *DE* es sustituida en el ranking por *Y* (Tabla 2):

<i>Mar ligeramente sur</i>			<i>Las señoras de Paraná</i>			<i>Español general (frecuencia según el Corpus Cumbre, de 20 mill. de palabras)</i>	
1	DE	2405	1	Y	5420	De	1216593
2	QUE	1775	2	DE	5327	La	770656
3	LA	1613	3	LA	4058	Que	673494
4	Y	1463	4	QUE	3218	Y	563139
5	EL	1154	5	A	2817	El	557608
6	A	1123	6	EN	2673	En	522624
7	EN	1065	7	EL	2189	A	429826
8	CON	754	8	CON	1548	Los	327038
9	SE	630	9	LOS	1489	Se	265864
10	UN	595	10	SU	1480	No	233880
11	SU	570	11	NO	1291	Un	222746
12	NO	563	12	UN	1259	Las	215618
13	LOS	537	13	SE	1258	Del	211604
14	POR	525	14	LE	1230	Por	202115
15	ME	417	15	LAS	1150	Con	183781
16	UNA	412	16	UNA	986	Una	181191
17	LAS	380	17	POR	950	Es	176187
18	AL	378	18	ME	850	Lo	137537
19	LE	361	19	AL	813	Para	135083
20	COMO	360	20	LO	788	Su	127901
21	DEL	343	21	HABÍA	775	Al	113580
22	LO	338	22	COMO	566	Como	102577
23	HABÍA	285	23	PARA	564	Más	93074
24	ERA	282	24	SUS	539	O	82455
25	SUS	253	25	DEL	528	Pero	72694

Tabla 2: Las 100 palabras más frecuentes en MLS, LSP y el español general (Corpus Cumbre)

<i>Mar ligeramente sur</i>			<i>Las señoras de Paraná</i>			<i>Español general (frecuencia según el Corpus Cumbre, de 20 mill. de palabras)</i>	
26	O	240	26	MÁS	495	Me	69189
27	ELLA	216	27	MI	484	Le	61247
28	PARA	214	28	ERA	464	Ha	55331
29	SIN	207	29	ELIANA	442	Sus	54089
30	MI	177	30	SIN	415	Si	53544
31	ÉL	176	31	PERO	412	Yo	47042
32	MÁS	166	32	ELLA	334	Ya	45649
33	SI	152	33	SI	328	Este	42028
34	MAR	140	34	ÉL	307	Porque	38804
35	EVA	133	35	CUANDO	275	Muy	38398
36	TENÍA	130	36	TE	267	Todo	38351
37	GADES	129	37	NI	265	Cuando	37518
38	CUANDO	120	38	ES	262	Qué	37472
39	QUÉ	117	39	MAMÁ	252	Sin	36372
40	TAN	114	40	CASA	251	Son	36067
41	PODÍA	104	41	TAN	250	Sobre	35467
42	YO	101	42	VIDA	221	Está	34596
43	DONDE	95	43	DOS	219	También	33752
44	VEZ	91	44	YO	217	Esta	33333
45	TODO	89	45	CÉSARE	213	Hay	33141
46	ESTABA	88	46	TENÍA	213	Sí	33067
47	ES	84	47	MARCELA	211	Entre	31747
48	NI	83	48	GABRIELA	207	Ser	31317
49	HACIA	82	49	SIEMPRE	206	Era	31293
50	MIENTRAS	72	50	QUÉ	200	Mi	30871
51	HASTA	70	51	PORQUE	188	Dos	29334
52	NADA	69	52	O	181	Había	28013
53	PUES	69	53	LUEGO	179	Nos	27671
54	YA	69	54	FUE	178	Años	27604
55	MAS	68	55	ESTABA	176	Tiene	26605
56	NOCHE	68	56	MIENTRAS	161	Hasta	26062
57	MUJER	67	57	HASTA	157	Desde	25753
58	PORQUE	67	58	DIJO	154	Te	25473
59	SER	67	59	DÍA	152	Eso	25374
60	OJOS	66	60	NUNCA	147	Fue	24739
61	DESDE	64	61	DON	146	Todos	24580
62	HACÍA	63	62	#	143	Puede	23953
63	TAMBIÉN	62	63	SER	142	Pues	23722

**Tabla 2:** Las 100 palabras más frecuentes en MLS, LSP y el español general (Corpus Cumbre)

<i>Mar ligeramente sur</i>			<i>Las señoras de Paraná</i>			<i>Español general (frecuencia según el Corpus Cumbre, de 20 mill. de palabras)</i>	
64	PERO	61	64	AÑOS	141	Han	23513
65	ENTRE	60	65	YA	141	Así	23160
66	SÓLO	60	66	NOCHE	140	Bien	23031
67	TIEMPO	60	67	TIEMPO	136	Vez	21350
68	DOS	56	68	DONDE	135	Ni	21134
69	TODOS	56	69	SOBRE	135	Sólo	20690
70	CABEZA	55	70	E	134	Ahora	20130
71	TRAS	55	71	VEZ	134	Él	19975
72	CASA	54	72	OJOS	131	Uno	19047
73	FUE	54	73	TODO	129	Parte	18868
74	QUERÍA	54	74	NADA	128	Ese	18736
75	VER	54	75	AMOR	127	Tiempo	18128
76	TAL	53	76	CABEZA	126	Vida	18086
77	ALGO	52	77	DA	125	Mismo	17886
78	PARECÍA	52	78	ABUELA	124	Otro	17405
79	DIJO	51	79	JOÃO	124	Día	17357
80	E	51	80	DESDE	123	Cada	17225
81	FORMA	51	81	MIS	120	Hacer	17146
82	MIS	51	82	TU	119	Siempre	17000
83	DÍA	50	83	CURITIBA	118	Entonces	16891
84	LUEGO	50	84	MUJER	116	Nada	16844
85	MOMENTO	50	85	PAPÁ	116	Donde	16768
86	AGUA	49	86	MUY	112	Esa	16764
87	FUERA	49	87	NOS	111	Hace	16658
88	MÍ	49	88	HACER	109	Bueno	16574
89	BAJO	47	89	HACIA	109	Decir	16543
90	AQUELLA	46	90	OLIVEIRA	107	Tan	16504
91	SOBRE	45	91	SÓLO	104	Otra	16485
92	PAZ	43	92	TODOS	103	Esto	16388
93	ERAN	41	93	AUNQUE	102	Después	15823
94	ANTES	40	94	PODÍA	102	Ella	15733
95	MANOS	40	95	HERBERT	101	Menos	15282
96	AQUEL	39	96	ISLA	101	Tanto	15269
97	DECÍA	39	97	ESE	97	Otros	15232
98	HECHO	39	98	ANTES	95	Mundo	15203
99	OTRA	39	99	DESPUÉS	95	Aquí	15182
100	TANTO	39	100	MÍ	95	Va	15163

**Tabla 2:** Las 100 palabras más frecuentes en MLS, LSP y el español general (Corpus Cumbre)

De las 100 palabras más frecuentes, 66 aparecen en ambas novelas (2/3 aproximadamente), pero en distinto orden de frecuencia. Y 54 no son compartidas.

Las palabras compartidas son en su mayoría palabras *funcionales*, si bien con un orden de frecuencia poco coincidente entre sí y en comparación con el listado del español general. De ahí que las palabras funcionales, aglutinantes del discurso, revelen que ambas novelas presentan diferencias en su conformación final (véase Fig. 1, sobre atribución de autoría).

Las palabras no compartidas son mayoritariamente sustantivos y verbos, relativas al tema o a los protagonistas de cada una de las novelas, como cabría esperar (Tabla 3):

### 3. CONCLUSIONES

A raíz del análisis y comparación de la primera y última novela de Manuel Villar, la conclusión más importante es que no se detectan entre ambas diferencias de gran calado. Me atrevería a sintetizar lo observado en los siguientes puntos:

a) Destacan con nitidez las diferencias temáticas entre ambas novelas. Y este hecho queda claramente reflejado en el léxico utilizado.

b) El autor parece cuidar con esmero el lenguaje, tanto en la primera como en la última novela. El índice de riqueza léxica, avala tal afirmación. Y ese esmero por el uso lingüístico no solo no desaparece, sino que mejora y madura en la última de sus novelas. Tanto el incremento en la variedad significativa de las palabras, como la riqueza léxica o los parámetros formales más sobresalientes avalan esta conclusión.

c) Por lo tanto, la constancia por mantener la calidad, la profesionalidad, la búsqueda de la excelencia expresiva y un extraordinario cuidado en el uso de la herramienta básica de todo escritor, el lenguaje, son vínculos compartidos por la primera y última novela de Manuel Villar. En ese afán permanente por la excelencia expresiva, LSP supera moderadamente a MLS. La madurez del escritor es sin lugar a duda la causa de tal mejora.

Términos compartidos (de los 100 más frecuentes)	Términos no compartidos (de los 100 más frecuentes)
a	abuela
al	agua
antes	algo
cabeza	amor
casa	años
como	aquel
con	aquella
cuando	aunque
de	bajo
del	Césare
desde	Curitiba
día	da
dijo	decía
donde	después
dos	don
e	Eliana
el	entre
él	ese
ella	Eva
en	forma
es	fuera
estaba	Gabriela
fue	Gades
había	hacer
hacia	hacía
hasta	hecho
la	Herbert
las	isla
le	João
lo	mamá
los	manos
luego	mar
más	Marcela
me	mas
mi	momento
mí	muy
mientras	nos
mis	nunca
mujer	Oliveira
nada	otra
ni	papá
no	parecía
noche	paz
o	pues
ojos	siempre
para	tal
pero	también
podía	tanto
por	te
porque	tras
que	tu
se	ver
ser	vida
si	
sin	
sobre	
sólo	
su	
tan	
tiempo	
todo	
un	
una	
vez	
y	
ya	

Tabla 3: Palabras compartidas y no compartidas en MLS y LSP (100 veces más frecuentes).

**REFERENCIAS Y BIBLIOGRAFÍA FUNDAMENTAL RELEVANTE**

- AICBT, (free online software), (9 de enero de 2017). en: <http://www.aicbt.com/authorship-attribution/online-software/>
- Church, K.W., Gale, W., Hanks, P. Hindle, D. (1991). Using Statistics in Lexical Analysis. Ed. U. Zernik. *Lexical Acquisition: Exploiting On-line Resources to Build a Lexicon*. Hillsdale, NJ: Lawrence Erlbaum Associates. 115-164.
- Francis, W.N. & H. Kucera, (1982). *Frequency Analysis of English Usage*. Boston:Houghton Mifflin Company
- Sánchez, A. et al. (1995a). *Cumbre. Corpus lingüístico del español contemporáneo. Fundamentos, metodología y aplicaciones*. Madrid: Sociedad General Española de Librería.
- Sánchez, A. (Director) (1995b). *Cumbre. Corpus lingüísticos del español contemporáneo*. Madrid: SGEL s.a.
- Sánchez, A., & P. Cantos (1997). 'Predictability of Word Forms (Types) and Lemmas in Linguistic Corpora. A Case Study Based on the Analysis of the CUMBRE Corpus: An 8-Million-Word Corpus of Contemporary Spanish'. *International Journal of Corpus Linguistics* 2(2): 259-280.
- Sánchez, A., & P. Cantos (1998). 'El ritmo incremental de palabras nuevas en los repertorios de textos. Estudio experimental y comparativo basado en dos corpus lingüísticos equivalentes de cuatro millones de palabras, de las lenguas inglesa y española y en cinco autores de ambas lenguas'. *ATLANTIS* XIX(2): 205-223.
- Villar, M. (1976). *Mar ligeramente sur*. Barcelona: Ediciones Destino
- Villar, M. (2013). *Las señoras de Paraná*. Granada: Autores Premiados Novela
- Zipf, G. (1935). *The Psycho-Biology of Language*. Boston: Houghton Mifflin.

## VIDAS CRUZADAS

---

Fernando Sánchez Dragó

Esese a que Manuel Villar Raso era soriano de pura cepa, natural de Ólvega, no fue en Soria donde lo conocí. Nuestros caminos se cruzaron en Gao (Mali), en los confines del Sahel. Corría el año 1970. Manuel, que había sido pastor en las serranías celtibéricas, pasó por el seminario para ser pastor de hombres, donde estuvo hasta que la fe le aguantó, y había cursado estudios universitarios en Madrid. Tampoco en esa ciudad nos conocimos, aunque yo, por las mismas fechas, estudiaba en ella.

Manuel y yo éramos de la misma quinta: la del 36. En 1970 él ya andaba recorriendo mundo e impartiendo clases en Inglaterra, Canadá y Estados Unidos. Yo lo había hecho, lo hacía aún y lo seguiría haciendo en Italia, en Japón, en Senegal, en Marruecos, en Jordania, en Kenia... Nuestras vidas corrían paralelas, a su modo, y cumplidoras, por lo tanto, de la geometría euclidiana, aunque no de la que dice, en contra de Aristóteles y de su lógica, que esas líneas convergen en el infinito. Nunca se habían cruzado. Y no lo harían hasta ocho años más tarde, en el enclave sahariano y saheliano de Gao, ciudad a la sazón desconocida por mí y supongo que también por él, donde casi se rozaron.

Yo había llegado a la ciudad con un Land Rover desde Niamey, capital de Níger. Para entrar en Mali y, sobre todo, para moverse por ese país era necesario solicitar un visado, vía télex, en Bamako. Lo hice y el trámite tardó quince días en dar fruto. Estuve dos semanas tirado en aquella frontera polvorienta. Un amigo italiano, Alberto Porta, que años después se convertiría en personaje de mi novela *El camino del corazón*, me acompañaba. Gao era entonces una ciudad tranquila. Ahora ya no lo es: el yihadismo ha llegado a ella. Aún permanecía en pie, como un peñón homérico, el Hotel de l'Atlantide, en una de cuyas paredes campeaba una epístola de Pierre Benoit, que había ambientado allí su célebre novela sobre el continente perdido.

Yo había llegado a tan remoto paraje siguiendo la pista de la tribu negra de los *armas*, cuyos orígenes se remontan a la diáspora andaluza del siglo XVI, cuando una expedición de moriscos andaluces, capitaneados por el almeriense Yuder Pachá, cruzó el Sáhara con armas de fuego "nadie lo había hecho hasta entonces (de ahí el nombre de la tribu)", entró a sangre y fuego en la ciudad, la convirtió en feudataria del sultanato de Marrakech, y se aposentó allí,

amancebándose con las indígenas y achocolatándose poco a poco, de generación en generación.

En Gao sigue milagrosamente en pie uno de los escasos monumentos de estilo sudanés y adobe atravesado por troncos que aún existen en el África negra: la tumba de los Askia, levantada a finales del siglo XV, donde yacen los restos del legendario Askia Mohammed I, primer emperador de los Songhai. Se trata del túmulo primigenio cuya arquitectura se expandiría más tarde por la zona y que adquirió su máximo esplendor en Tombuctú. El enclave de los Askia fue prácticamente el único imperio negro en esa zona de África.

Esa historia me llamó poderosamente la atención, y durante aquellas dos semanas de *dolce far niente*, tumbado frente a la tumba de los Askia, concebí la idea de escribir una novela ambientada en aquellos parajes y en aquellos tiempos. Nunca llegaría a escribirla. *Gárgoris y Habidis* terminó cruzándose en mi camino y me condujo por otros derroteros.

Confiaba yo en disponer de todo el tiempo del mundo para escribir aquella novela. A fin de cuentas, ¿quién iba a hacer ese camino y llegar hasta un enclave tan remoto como Gao para robarme la idea? Y así lo fui posponiendo y posponiendo y posponiendo, hasta que un tal Manuel Villar Raso, al que, como he dicho, yo no conocía pese a ser coetáneos por edad y geografía, se me adelantó y escribió no sólo una novela sobre el asunto, sino un libro de distinta índole y más genérico al que puso por título *Las Españas perdidas*. Un título que hoy, aplicado a este país ue se despieza, parece premonitorio.

Ocho años después, ya en 1978, recién publicado *Gárgoris y Habidis*, conocí por fin al hombre cuyo trato me había negado el capricho de la Providencia y, como dos compañeros del alma que se

reencuentran, nos hicimos amigos. Yo, siempre, a la menor oportunidad, le decía: «Coño, Manolo, te me has adelantado. La idea de lo de Gao se me ocurrió a mí primero». Y él se reía, claro, porque era verdad. Pero sabido es que quien da primero...

En alguna ocasión lo llevé a *Encuentros con las letras*, el programa que presentaba en TVE, para hablar de su obra. Él vivía ya en Granada, yo zascandileaba todavía por universidades extranjeras y de vez en cuando nos encontrábamos en Soria. Manolo dedicó buena parte de su vida a organizar desde su atalaya de la universidad de Granada expediciones culturales cuyo único objeto era el rescate de lo que en Gao y Tombuctú quedaba de aquellas Españas perdidas y por él literariamente reencontradas

La última vez que vi a Manolo fue en el otoño de 2005. Estaba yo escribiendo *Muertes paralelas*. Se presentó a las doce del mediodía, sin avisar, en Castilfrío de la Sierra, el villorrio de las Tierras Altas de Soria donde hace ya mucho planté mi jaima de nómada irredento. Andaba yo en aquel instante completamente absorbido por la brega de la novela, que lo era de alto voltaje y lomo muy grueso. Mi intención era presentarla al premio Fernando Lara, cosa que en efecto hice. El plazo estaba a punto de cerrarse. Lo gané, por cierto.

Le dije a Manuel, de escritor a escritor, que no podía atenderlo como merecía, lo entendió, hablé con él un rato en uno de los divanes de mi estudio diván y la persona que entonces me ayudaba, también soriano y amigo suyo, le enseñó la casa. Cuando terminaron, me disculpé con Manuel, pero él ya conocía de sobra las servidumbres de la escritura. Luego se marchó y nunca más volví a verlo. Es una espina que desde entonces llevó clavada.

Ve con Dios, Manolo, si es que existe. Y si no, también. El cielo nunca se pierde.

---

# INTERVENCIÓN EN EL INGRESO DE MANUEL VILLAR EN LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

---

Antonio Sánchez Trigueros

Después del discurso vibrante, valiente y crítico de Manuel Villar que acabamos de oír, quizás la contestación más adecuada consista en mantener unos minutos de silencio que nunca querrían significar una respuesta en el vacío sino la actitud más elocuente para subrayar sus ejemplares argumentos. Ha sido un discurso que demuestra hasta qué punto se honra esta Academia al recibir a Manuel Villar Raso en su seno.

Conozco a Manuel Villar desde hace cerca de treinta años, desde que se incorporó al claustro de profesores de nuestra universidad, a la que ha enriquecido con su dedicada labor docente, sobre todo en el campo de los estudios norteamericanos, y con una valiosa escritura narrativa largamente ejercida; en ella siempre he admirado su permanente ejercicio de libertad, su pulso mantenido de corredor de fondo y su pasión contagiosa por la búsqueda de nuevos temas, nuevos horizontes y nuevos compromisos que den respuesta clara a los problemas de nuestro tiempo y a las crueldades contemporáneas.

En mi discurso de ingreso, pronunciado en esta Academia en la sesión pública anterior, planteé que desde la autoconsciencia del carácter no unitario sino plural del ser humano, se ha ido instalando en el horizonte intelectual y crítico de nuestro tiempo una escritura claramente disidente con respecto

a la ideología dominante en las sociedades liberales, una disidencia que ha ido construyendo un auténtico contradiscurso fragmentario de disolución, desconstrucción y deformación de los pilares ideológicos y estéticos en los que se asienta la sociedad liberal-burguesa. Y decía, entre otras cosas, que ese contradiscurso ha consistido en distintas maneras de representar la ausencia de un único centro explicativo en el proceso histórico y en los textos; y citaba, como ejemplo de escritura disidente, la drástica revisión que, desde hace unos lustros, se está proponiendo de las imágenes de otros pueblos ofrecidas durante siglos por el colonianismo eurocéntrico; una visión colonial que creó unas imágenes de los pueblos conquistados que no eran sino el producto distorsionado e interesado de una mirada que nunca contemplaba al Otro sino que se miraba a sí misma.

Ya Rousseau denunció que a través de los múltiples relatos de diversos países del mundo, debidos a numerosos viajeros europeos, no se llegaba a conocer a otros hombres que a los propios europeos. Es lo que fabula Italo Calvino en aquella escena en que el Gran Khan, después de haber oído las descripciones que le hacía Marco Polo del sinfín de ciudades que había conocido hasta encontrarse con él, le pregunta por qué no le cuenta nada de su tierra, a lo que responde el viajero que de qué creía que le



estaba hablando sino de su Venecia. Son ejemplos que recuerda uno de los maestros de la semiótica española, Jorge Urrutia, en un libro que viene aquí muy al caso, *Lectura de lo oscuro. Una semiótica de África* (2000), donde desvela luminosamente las bases a partir de las cuales ese inmenso continente sigue siendo “el reino de la incomprensión y de la crueldad. O, mejor, de la crueldad de la incomprensión. El África que Europa ofreció a la modernidad era una construcción cultural creada para el mayor engrandecimiento y la autosatisfacción de las naciones coloniales. Es el África de nuestra infancia. De todas las infancias occidentales”.

Pues bien en esa tradición de disidencia, a la que he aludido, y muy referida precisamente a África, se sitúan buena parte de los trabajos de Manuel Villar de los que nos ha ofrecido hoy una nueva muestra, fruto de sus experiencias personales, que han tenido una repercusión valiosa y ejemplar en su propia dedicación a la literatura y en sus miles de lectores, en los que ha ido provocando una nueva mirada sobre un mundo realmente ignorado en su terrible existencia. A este propósito, se me figura que existe un cierto paralelismo entre su trayectoria y actitud y la de Washington Irving, que vino a Granada a seguir las huellas colombinas y a conocer los monumentos árabes, y acabó depositando también su mirada y su interés en la vida contemporánea y en los que llamó “los hijos de la Alhambra”, los seres reales que la habitaban y que tanta importancia iban a tener en sus *Cuentos*.

Manuel Villar, por su parte, en su primera aventura por Marruecos descubre en la plaza de Xemal-el-Fna, de Marrakech, el relato de los moriscos españoles expulsados que a fines del siglo XVI conquistaron un país al sur del Sahara; y a partir de esa aventura literaria de recuperación histórica empieza su pasión ininterrumpida por el África real y contemporánea, a la que ha dedicado todo su poder de asombro y toda la fuerza de su sensibilidad de artista, que con los cinco sentidos absolutamente abiertos ha sabido encontrar, y ganar para la literatura, en los lugares más profundos de ese continente, sus tremendos contrastes, los infinitos matices de sus colores diurnos y nocturnos, los ritmos de su naturaleza dura y agreste, sus olores penetrantes e insólitos, sus sabores difíciles y sorprendentes, sus sensaciones corporales suaves y ásperas, sus inspiradas culturas, sus religiones liberadoras o esclavizantes y el terrible problema humano, la tragedia de la persistente hambruna que asola sus poblaciones y el drama de la mujer irremediamente sojuzgada por una violencia cotidiana, ritual y aceptada.

En este sentido, hasta ahora la aventura personal y literaria de Manuel Villar ha tenido mucho de descenso a los infiernos, pero el conocimiento que surge de esa experiencia está sabiendo proyectarlo a un sinnúmero de lectores, que, gracias a él, crecemos significativamente en conciencia responsable sobre el mundo que nos rodea. Bienvenido a la Academia de Buenas Letras de Granada, mi queridísimo Manuel Villar Raso.

# INFANCIA Y POESÍA EN LA VIDA DE MANUEL VILLAR RASO REFLEXIONES EN TORNO A DOS DE SUS LIBROS

---

Ayes Tortosa

Recuerdo con absoluta añoranza las reuniones que tuve una vez al año, durante una etapa anterior de mi vida, con motivo del Certamen de Narraciones Breves del Periódico Ideal, en el que colaboré.

Nos reuníamos el jurado para almorzar. A la sobremesa deliberábamos sobre las narraciones para elegir la ganadora. Y luego la conversación: la literatura y la vida, sobre todo la vida. ¡Ah! “El placer de hablar por el sabor que las palabras dejan en la boca”. Conversar, un verdadero deleite cuando encontramos buenos “contrincantes”. Y aquel dialéctico y humano regalo, que se me presentaba todos los años, no había que desaprovecharlo. Porque allí, en la batalla, había buenos contendientes. Entre ellos estaba ¡nada menos que Manuel Villar Raso!, ¡Qué lujo de tertulio! Yo lo admiraba ya antes de conocerlo personalmente. Había leído artículos suyos y algunas de sus novelas (“Las Españas perdidas”, “El color de los sueños”, “La mujer de Burkina”). Me encantaba su vigor narrativo, el lirismo y la sobriedad de su prosa. (Cualidades que debe de imprimir la tierra de Soria. “¡Campos de Soria/ donde parece que las rocas sueñan,/ ¡Oh sí! Conmigo vais campos de Soria / “Me habéis llegado al alma, / ¿o acaso estabais en el fondo de ella?”, que escribió Antonio Machado).

Era todo un lujo para mí ver a Manuel Villar Raso sentado frente a frente, con su fuerte personalidad y su decir sincero y frontal. (En alguna parte he leído que hablamos como escribimos, y escribimos como hablamos. Él era un buen ejemplo). Siempre lo he considerado uno de esos pocos escritores de raza con los que una ha tenido la fortuna de cruzarse en la vida. Lo digo con la misma sinceridad que le caracterizaba. Y agradezco al destino que hubiera recabado, desde sus larga andaduras por tan diversos lugares (Soria, Madrid, Inglaterra, Canadá, Nueva York, Barcelona ) en mi Granada natal. Ciudad de la que habló con su habitual pasión, en varios de sus artículos. Sí, eran (y son) unos artículos claros y profundos, a un tiempo, (binomio que no es incompatible y en el que creo que era un maestro). Recuerdo ahora, particularmente, algunos de los artículos que escribió sobre África. (Continente que tanto amó, que visitó con frecuencia y del que surgieron varias de sus novelas). Al escribir estas palabras, me viene con toda nitidez a la memoria uno de ellos, trataba de la música actual africana. Al leerlo casi me pareció escuchar aquellos ritmos auténticos, tan cercanos y tan lejanos. Tal es la atmósfera envolvente que se recrea en sus escritos.

Y al hablar de estas atmósferas, que con tanta fuerza y personalidad recrea, pienso en un libro de Manuel Villar especialmente querido para mí (y que reseñé en su momento) me refiero a *“La casa del Corazón”* (Dauro, 2001), una evocación de su infancia y adolescencia en su Ólvega natal.

Conocedor de mi dedicación a la literatura infantil y juvenil, me hizo partícipe del libro que acababa de publicar: “Se trata de una recreación de mis vivencias, de niño y adolescente, en el pueblo donde nací, en la provincia de Soria. Es una crónica muy personal y descarnada, diferente al resto de mis novelas”.

Al leer *“La casa del corazón”*, ratifiqué sus palabras. Su libro me emocionó hondamente, pues Villar Raso mezcla en él, ese mundo irracional, extremo y disparatado, de miedos sobrecogedores “casi inhumanos- con exquisitas e insospechadas ternuras, patrimonio casi exclusivo de los niños. Cuántos terrores e incluso angustias existenciales, atraviesan las mentes de los niños (con frecuencia más atormentadas de lo que pensamos). “Don Tiburcio”, escribe Manuel, “llegó al pueblo un domingo de verano y al día siguiente era invierno”, refiriéndose a la llegada a Ólvega de aquel maestro vengativo, excombatiente en la guerra civil, que les llenaría de hielo las entrañas a los más pequeños. Pero también irrumpen en la historia personajes alados y hermosos, por bondadosos, igual que en los cuentos de hadas, como aquella niña “Carmencita”, primer y sensible amor del pequeño Manuel, o su hermano David que moriría en la mina, y tenía tal poder y vigor, que era capaz de alejar los escarchados y grises inviernos de la vida de aquel niño. “El único mojón limpio en el paisaje”, escribe en su novela, “era David, y yo veía por sus ojos, respiraba por su boca y reconocía como un sabueso sus pasos antes de abrir la puerta. Oía la palabra Dios y en mi cabeza eran la misma cosa”.

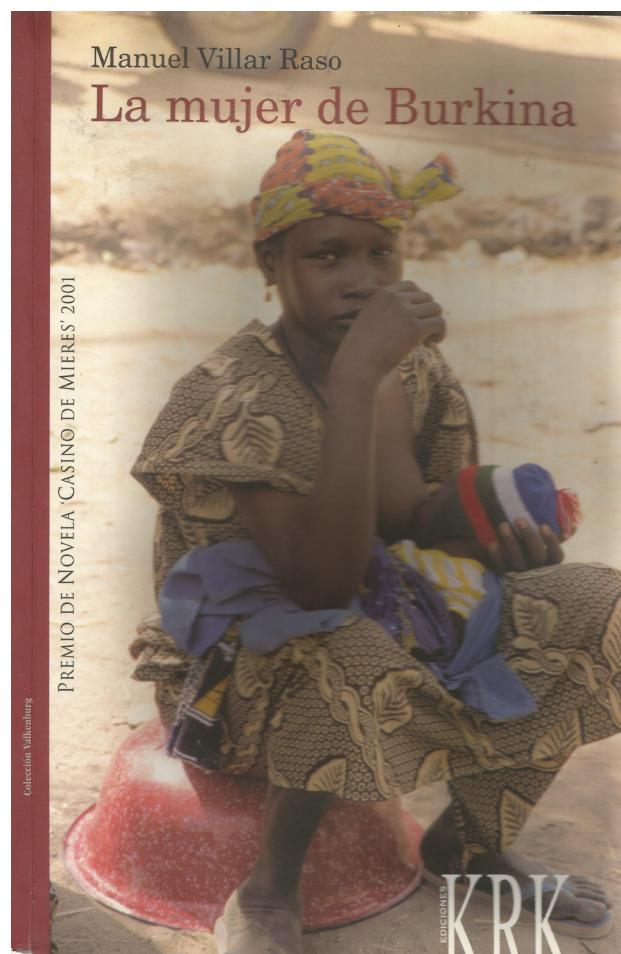
Lenguaje alto y poético el de *“La casa del corazón”*, crónica dolorosa de una España de los cuarenta, pero también recreación de ese mundo poderoso que gravita en torno al encuentro con la escuela, con los maestros, con los primeros amigos, con el descubrimiento de la sexualidad, del amor... Hallazgos cruciales para el resto de la existencia, en que los avatares de la vida van restringiendo ese sentido de lo mágico, de lo trascendente, que heredamos al nacer, pero que Villar Raso rescata de ese modo poderoso, en su novela. “Mal harán quienes lean el libro en identificar autor, anécdotas y personajes con hechos reales”, aclara el autor, “porque este Ólvega del que escribo, es sólo un sueño”.

En la portada del libro se ven los cinco hermanos (aún no había nacido Manuel) posando serios para el fotógrafo, intento adivinar cuál de ellos es David, busco la mirada noble de aquel héroe y

consejero que un día le dijo a su hermano menor: “Te marcharás de casa y permanecerás fuera hasta que hayas probado todas las mieles del mundo, y no sientas los pies, las espinas, zarzas y malezas de la casa del padre, hasta que quieras estar solo y tener un lugar tranquilo, limpio y sin tristeza, libros que leer e historias que contar” Fue también aquel hermano mayor quien le alentaba: “Voy a trazarte el camino para que un días vuelvas y todo el mundo te mire con orgullo. Te marcharás de casa”. David no se equivocó, Manuel se marchó de allí, y encontró libros que leer e historias que contar.

Hay un Lirismo desgarrado en la prosa de “La casa del corazón”. Poesía en la prosa de Manuel Villar Raso. Sensibilidad poética que le ha llevado también a estudiar y a profundizar en la obra de numerosos poetas, muchos de ellos norteamericanos (No en vano se doctoró en literatura norteamericana). Sensibilidad poética que lo convirtió en un magnífico traductor de poetas como Walt Whitman y Emily Dickinson.

Fue en otra de nuestras reuniones anuales, cuando estuvimos hablando, a los postres, de los



“La mujer de Burkina”

versos enigmáticos y sutiles de la poeta norteamericana Emily Dickinson. (“Esa Santa Teresa laica, presumida y coqueta de alma”, como la definiera Juan Ramón Jiménez). Me contó del libro que acababa de publicar, *“Crónica de plata”* (Hiperión, 2001), una selección y traducción de los poemas de la escritora norteamericana, realizada por él, en edición bilingüe. “Es una poeta de una actualidad increíble”, me dijo, “sus versos a pesar de estar escritos en el siglo XIX, resultan absolutamente intemporales”. Y como ejemplo me citó uno que le gustaba en particular: “Sé Alguien” ¡Qué aburrido!/ Cómo una rana -¡Qué vulgar-!/ Pasarte Junio entero diciéndole tu nombre/ ¡A la primera charca que te admire!”.

Al leer el libro (que, con su gentil dedicatoria, guardo como un tesoro) comprendí que sólo otro poeta podría haber empatizado con los versos de Emily Dickinson, y haberlos traducido como él lo hizo. Poseo otras traducciones que había adquirido con anterioridad, pero al comparar, encuentro en la traducción de Villar Raso un especial respeto por la esencia de los poemas de Emily Dickinson: por su personalísimo tratamiento del lenguaje, por su peculiar cartografía, y por su concentración de pensamiento y fino humor. Son a destacar también en *“Crónica de Plata”*, las palabras introductorias. En ellas, Manuel Villar, con su decir claro y ameno, muy alejado de esas florituras personalistas al uso, que tanto confunden, sintetiza la compleja personalidad de la poeta y su obra. Y analiza el mundo y la época en la que se desarrolló, haciendo un magnífico estudio comparativo con otros escritores y poetas contemporáneos a la autora. “Poe y Whitman”, concluye en su prólogo, “son poetas para el mercado y la galería, mientras que Dickinson se limita a explorar su yo interior una y otra vez”

El pasado año se estrenó: “Historia de una pasión”, una película inspirada en la vida y en la obra de la poeta norteamericana. Fui a verla y me acordé

mucho de Manuel, deseé de todo corazón haber podido hablar con él, tenerlo de nuevo sentado frente a frente. Estoy segura de que también habría ido, motivado por la curiosidad, a ver la película sobre su admirada poeta. ¿Qué le habría parecido? ¿Le habría decepcionado, igual que a mí, el tratamiento sesgado y sórdido que se hacía de la vida y la obra de Emily Dickinson? (Reducido casi a un panfleto feminista y a un planteamiento centrado, me temo que en exceso, en su obsesión por la muerte). Creo que le faltaba ese aliento y esa recreación en la totalidad de su poesía. En sus otras reflexiones, sobre la naturaleza, el amor, la fama... Facetas que con tanto acierto analiza Villar Raso en su libro.

¡Ah! ¡Cómo me hubiera gustado intercambiar estos pensamientos con Manuel! ¡Haber seguido hablando con él de todas esas cosas!: de la poesía, de los recuerdos de la infancia, de África, de sus viajes, de la literatura en general, de la vida. Sobre todo de la vida. Igual que en nuestras tertulias de antaño.

“Hay un sencillo poema de Emily Dickinson”, comenta en el prólogo de *Crónica de plata*, “que me impresionó fuertemente al leerlo”. Se refiere al poema que comienza:

I shall know why – when time is over...  
“Sabré por qué” cuando finalice el tiempo  
Y haya dejado de preguntarme por qué.  
Cristo me explicará cada angustia por separado,  
En la hermosa aula del cielo”.

Yo también tengo la esperanza de sentarme alguna vez con ellos dos, con Emily y con Manuel, en la hermosa aula del cielo. ¡Menudos contertulios!

Enero, 2017



*“La mezquita de Djenné”*

## EN EL CORAZÓN DE ÁFRICA

Eloy Villar Argáiz

En memoria de mi padre Manuel Villar Raso

El libro de Manuel Villar Raso *Donde ríen las arenas* que se publicó en 1994 inauguró la nueva serie "Algaida Narrativa" o colección de narrativa andaluza. En un artículo publicado en Europa Sur Alejandro López Andrada (1995:1) dice que "Donde ríen las arenas" es "un libro de aliento romántico y exótico desarrollado en la África olvidada: una intensa novela para degustar en sorbos lentísimos".

Cuando leí *Donde ríen las arenas* por primera vez, me enganchó inmediatamente. Me di cuenta de que no se trataba de una novela como las que había leído anteriormente. No era un libro de aventuras con una serie de incidentes sin importancia. Había un drama personal. ¿De quién? De una muchacha dogón. ¿Y quién era esa muchacha dogón? Naturalmente Assiata. Assiata es la creación de un narrador omnipresente que nos cuenta lo que hace Assiata y lo que piensa, a quién describe con estas palabras:

*Descubrió a Assiata al poco de llegar a Bamako y la idea de morir se le borró de la cabeza* (Villar Raso, 1994:14).

*Se preguntaba por este amor inexplicable y se agarraba sin más al tablón, como el que está a punto de ahogarse, a la magia, a la juventud de Assiata. En*

*esta parte de África tan solo las wolof y algunas toucouleur tienen rasgos europeos, pero ella había venido del África profunda, de las rocallas de Bandiagara y Sanga, donde viven los dogón que no son una raza particularmente atractiva, y Assiata era una muñeca* (Villar Raso, 1994:15).

*No se parecía a ninguna de las negras con las que había estado* (Villar Raso, 1994:16). *Apareció Assiata con un bubú espectacular, color canela, un peinado estrambótico, de esos que sólo se ven en esta parte del mundo, que le agrandaba la cabeza dos o tres veces de tamaño y, al decirle ella que esperaba al doctor, se hizo al fin luz en su cabeza* (Villar Raso, 1994:33).

*Con Assiata al lado, aquel mundo sonreía y era hermoso. Ése era el misterio al que se enfrentaba.* (Villar Raso, 1994:183).

Assiata es una de esas grandes mujeres anónimas que hacen progresar la historia de la humanidad. Sorprende su nobleza, fortaleza y afán de lucha por la justicia y contra la opresión y degradación total de las mujeres de su pueblo. Sufre el desgarramiento y la mutilación del clítoris. Sorprende como su alma permanece incorrupta después del largo horror sufrido



Manuel Villar Raso y Eloy Villar en las Cataratas de Iguazu, Brasil

junto a su cruel marido, la agonía en las alcantarillas, las vejaciones y abusos del mundo de la prostitución o la injusta violación de sus legítimos derechos más esenciales cuando, junto a otras mujeres es secuestrada para una noche de orgía militar. Repudia su situación. Empieza a tener conciencia de sí misma y a valorarse como persona y se embarca en un camino de formación y aprendizaje. Sin embargo, su historia es la que sirve al autor para expresar nítidamente la posibilidad o no de una redención para África y para la mujer negra en particular. Assiata se convierte en el símbolo de toda mujer maliense, portavoz de la UNFM o Unión Nacional de Mujeres del Malí y de la causa feminista. No renuncia en su exasperado anhelo de libertad por llevar el mensaje de su vida a su pueblo. Detrás de ella hay todo un mundo de mujeres libres, no necesariamente malienses, si africanas y negras, que buscan la salvación.

El segundo protagonista de la historia es José María Domingo, un médico que huye de Granada a África. "Le rondaba la muerte y vivía huyendo" (Villar Raso, 1994:13). En esa huida desesperada y alocada conoce a Assiata. Su amor es verdadero y puro: la

quiere feliz y sabe que eso implica "ser libre". Assiata responde con un amor igual de intenso "si pudiera hacer mía tu blanca sonrisa" (Villar Raso, 1994:314). Busca su identidad y la halla en el amor del doctor y ambos salen fortalecidos mutuamente.

El tercer protagonista es el diplomático Michel Román-amigo íntimo del doctor- personaje tan interesante como iluso, prepotente y machista. Trabaja en la embajada francesa y tiene conocimientos de la historia del país, de los *armas*, de los secretos de Tombuctú y de Yuder Pachá. Por las noches se dedica a recorrer los clubs nocturnos de la ciudad y allí rescata a Assiata de una de las alcantarillas.

Tal es la atracción del autor por África, un continente que "lo atraía y lo aterraba" (Villar Raso, 1994:19) que se transforma en protagonista del libro. Son muchos aspectos de la vida en el Malí que aquí se nos pintan, como los bubús multicolores de las mujeres, el mundo misterioso dogón y muchas las alusiones literarias y cinematográficas – expediciones de la universidad de Granada, documentales, viajeros como René Caillais, Barth, Livingstone, arquitectos como Es-Saheli, profesores en busca de

conexiones históricas entre el Sahel y Al-Andalus. Se ve, con sus múltiples alusiones, que es un escritor instruido y hábil, ya que dichas alusiones casi siempre vienen al caso.

No solo habla Villar Raso de las bellezas del país, de Tombuctú, Gao, de Mopti, y de Yenné, la Venecia africana, y de los altares inmaculados de Sanga, aunque estas imágenes acaben dominando. Nos aproxima también al sufrimiento de unos niños agonizando en Walata de “cuerpos y rostros enjutos”, (Villar Raso, 1994:28) y de mujeres con “sudores de parto” (Villar Raso, 1994:30). Para este autor dichas imágenes poseen una revulsión tremenda y ofensiva, precisamente porque ocurren en un lugar que el autor define “como uno de los países africanos más sorprendentes y hermosos del África subsahariana (Villar Raso: 2007:26).

Termina el libro cuando el doctor –quién muy poco interfiere personalmente en la vida de Assiata (pero si lo hace de vez en cuando) presagia en sueños la muerte de la misma a manos de sus verdugos y es asesinada cruelmente. Assiata no ha pasado en balde, José ha salido fortalecido de su vida con ella y es capaz de afrontar el futuro “con los ojos abiertos e incluso desafiarlo”. (Villar Raso, 1994:273).

Villar Raso ha viajado a África para traernos sus rincones y sus gentes. Bamako es un bullicio desde el amanecer, un derroche de sonidos, el claxon de motos y coches, la música rápida y occidental del *Village*, olores y ritmos y multitudes, la contemplación serena de sus ríos y de sus poblados de pescadores. Nos transporta a lo más ignoto de un continente, a esa África auténtica y real, y queda la esperanza, la voz de Assiata, la “voz de la negritud” (Villar Raso, 1994:311).

José Heras Sánchez (2011:6-7) en una conferencia que dio en Almería nos da algunas de las claves del estilo del autor: “Concluida su lectura, lo primero que pondero es claridad y sencillez, incrementadas con la riqueza léxica que contribuyen a la perfecta comprensión de su contenido por cualquier lector. En segundo lugar, la variedad léxica a la que antes me he referido y en tercer lugar, la exquisita precisión en la elección de palabras más exactas y adecuadas al concepto que el autor pretende comunicar”. El lenguaje del autor es de fácil lectura. Sabe pintar imágenes claras y bellas, a veces duras, en el que brilla la fuerza evocadora de un lenguaje descriptivo que apunta como saetas al corazón. “El dorado de las crestas lejanas empezó a insinuarse en los desparramados baobabs y en los pinos, sacando la planicie de las sombras” (Villar Raso, 1994:45). Es un libro escrito para hacer pensar, además de hacer sentir. Como la buena literatura, al estilo de los mejores autores clásicos españoles.

Es fácil apreciar el clamor de la crítica cuando salió a la luz. Antonio Enrique (1995:33) destacó en Cuaderno del Sur “el clima inusual de fascinación y repulsión a un tiempo” y Jorge Aranguren (1995:19) en Igandegin Luburuak la presencia de la “turbadora protagonista que lleva África sobre sus espaldas”.

Por eso que me gusta el libro. Si el objeto del autor es mostrar África, lo logró. Si su objeto es hablar de una vida solitaria, diferente y exótica, también lo logró. En mi opinión, el éxito de un libro no depende de lo extenso del vocabulario de un autor, sino de su manejo de dicho vocabulario de tal forma que interese al lector y lo haga compartir horas gratas en el mundo imaginario que se le ha presentado y esto lo hace Villar Raso con creces en todas sus novelas.



**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Aranguren, Jorge. (1995). Amemos a Assiata. *Igandegin Liburuak*. pág. 19

Enrique, Antonio. (1995). La regeneración de un continente. *Cuadernos del Sur*, pág. VII/33.

Heras Sánchez, José. (2011). Presentación de la novela *Las Españas Perdidas* de Manuel Villar Raso. Salón de plenos del Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora.

López Andrada, Alejandro. (1995). La novela andaluza. *Europa Sur*. pág.1

Villar Raso, M. (1994). *Donde ríen las arenas*. Sevilla: Algaida.

Villar Raso, M. (2007). *África en silencio*. Madrid: Alianza.

